

JESÚS DE ANTA ROCA

FUENTES
POZOS Y LAVADEROS
DE LA PROVINCIA DE
VALLADOLID

HISTORIA, CULTURA Y ARQUITECTURA DEL AGUA



Fundación Joaquín Díaz • 2024
Publicaciones Digitales
funjdiaz.net

FUENTES POZOS Y LAVADEROS DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID

HISTORIA, CULTURA Y ARQUITECTURA DEL AGUA

JESÚS DE ANTA ROCA

© de los textos: Jesús de Anta Roca

Imágenes de Jesús de Anta Roca, salvo mención expresa

© de la edición: Fundación Joaquín Díaz 2024

Diseño y maquetación: Luis Vincent 2024

ISBN: 978-84-126425-7-5

Fundación Joaquín Díaz • 2024
Publicaciones Digitales
funjdiaz.net



ÍNDICE

Prólogo.....	4	¡El agua es del pueblo! Gritó la gente de Medina de Rioseco	91
Antes de empezar	6	Los nombres de las fuentes.....	93
El agua.....	11	Y también los pozos	96
Los afanes para disponer de agua	14	Acarreo: agua y cántaro	108
Fuentes y manantiales.....	17	Había que ir todos los días.....	111
Donde brota el agua	20	El cántaro roto.....	115
Geomorfología de Valladolid.....	24	Los aguadores	116
Apostura y nobleza es mantener las fuentes.....	26	Frotar y tender al sol	118
Arquitectura sin arquitectos.....	28	El jabón	125
El espacio de las mujeres	30	Polvo de cenizas.....	126
Un lugar idealizado	34	Lavanderas de leyenda: pedrajeras y mingueleras.....	127
Fuentes antiguas	36	Algunos lavaderos.....	131
Fuentes encañadas: captaciones y conducciones	41	Misteriosas damas.....	139
Fuentes de la Ilustración	57	Fuentes minerales	148
Las fuentes de la higiene.....	64	Unas cuantas imágenes.....	150
Posguerra: el agua empieza a llegar a las casas.....	75	Epílogo en verso	170
La incuria del tiempo.....	82	Vocabulario.....	172
Fuentes romanas, unas pocas referencias	86	Informantes	184
Competencia e interés municipal.....	88	Bibliografía	185
		Archivos consultados.....	188

PRÓLOGO

¿Es el agua ese líquido incoloro, inodoro e insípido al que se referían nuestros libros de texto colegiales? Creemos que no. El agua —las aguas, ya que múltiples son sus formas y sus variantes— se cambia de un color a otro para no ser menos que los cielos o porque la tierra que lo acompaña se tiñó con el sudor y la sangre de los hombres... También el agua se contagia del aroma de los prados cuya verdura besa, del polen de las flores a las que nutre o del olor tierno que cada primavera reside en los brotes de los árboles... Por otra parte el agua sabe a poesía; su composición está en la mente de músicos y poetas que cantan con hermosas palabras al mar, a los ríos, a las fuentes, a los pozos, al rocío, a la lluvia... El ser humano, que se compone básicamente de agua, sabe que gracias a ella vive y con ella comparte imperfecciones y virtudes: como los amantes clásicos, se envenenan al unísono y quedan indisolublemente unidos para admiración y aprendizaje de las generaciones que vienen y vendrán...

De la antigua costumbre hispánica de venerar las aguas y rendir culto a los númenes que las habitaban, ya habló Don Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, aludiendo al paso del panteísmo al politeísmo: las fuentes poseían un poder y había que buscar un Dios que lo personalizara. Ese antiguo poder del agua como generador de vida y misterioso símbolo de lo animado vino a confirmarse en expresiones populares y romances como «La flor del agua», de apariencia cristiana y fondo precristiano. La Iglesia, cubriendo

con su manto determinadas celebraciones paganas, confirmó la exaltación de algunos ritos, como los de medio verano, en los que agua y fuego cumplían funciones tan importantes. Muchos folkloristas han descrito la creencia, común sobre todo en la parte septentrional de España, de que en la mañana de San Juan (advocación a la que se dedica el paso de la mitad del año) aparecía sobre la superficie de ríos, estanques, fuentes y lagos la llamada «flor del agua», extraña maravilla que hacía feliz a quien tuviera la suerte o la previsión de cogerla. Muchachas casaderas acudían con el alba a cortar esa flor que, además de transmitirles su poder lustral —muchas se bañaban desnudas a medianoche para no tener enfermedad ninguna durante los doce meses siguientes—, las introduciría dentro de la lógica mántica, permitiéndoles conocer si contraerían matrimonio en el curso del año. Naturalmente todos esos poderes eran conferidos por las hadas, ninfas o señoras de las aguas cuyo sortilegio, transmitido con el simple acto de bañarse o lavarse, acumulaba en determinadas fechas del año propiedades mágicas sobre las superficies hídricas. La Virgen vino a sustituir, en los pueblos de tradición cristiana, a aquellos espíritus, convirtiéndose en vivificadora del prodigio y permitiendo, en este caso a la hija del rey, conocer el futuro que la aguarda: se casará y tendrá tres hijos, el último de los cuales —una hembra— le causará la muerte tras el parto. El hecho de que el agua sea, para muchos estudiosos del alma humana, uno de los símbolos del inconsciente (y de género femenino), nos incita a reflexionar sobre el dato curioso de que los personajes del romance sean femeninos y

de que la profetizada desaparición de la infanta se haya de producir, precisamente, tras ser sustituida cíclicamente por otra mujer. La antigua creencia de que el agua, como elemento primordial, estaba relacionada con todos los elementos del cosmos (cielo y nubes / tierra y ríos o lagos / subsuelo y fuentes subterráneas, etc.) se ve de este modo unida a descubrimientos y estudios más recientes cuyo valor científico sería dudoso pero que aportan hipótesis atractivas al proceso del conocimiento humano; así, por ejemplo, la teoría de que el imprescindible culto al agua proviene de un recuerdo inconsciente del líquido amniótico que protege al feto. De modo similar se intenta explicar también la facultad de los saludadores para andar sobre hierro candente o tocarse la lengua con una plancha ardiendo, ya que aquel líquido que estuvo en contacto con el amnios seguirá protegiendo de por vida a este tipo de curanderos. En cualquier caso, siempre se le atribuyó al agua un poder fecundador; recuérdense las fuentes o pozos convertidos por la tradición en el remedio eficaz contra la soltería o la esterilidad.

Cuando Fermín Caballero recordaba en su *Fomento de la población rural* (Madrid, Imprenta Nacional, 1864) los obstáculos que se oponían al desarrollo de la población en terreno rústico, hablaba de impedimentos físicos, legales y económicos, y entre aquellos, el principal, la falta de agua. Hoy día sabemos que las causas de despoblación han sido múltiples y diversas a lo largo de la historia (pestes, peligros de invasión, falta de productividad en las

tierras...) pero hasta nuestros días han llegado innumerables creencias ligadas al uso y abuso de las aguas que hacen de éstas un motivo de observación y un campo obligatorio para el investigador curioso.

Jesús de Anta Roca es uno de esos investigadores incansables y rigurosos que cada cierto tiempo ofrece el resultado de sus pesquisas en forma de cuaderno de campo con anotaciones complementarias. De ese modo, a las notas tomadas sobre el terreno de boca de sus habitantes, va añadiendo sus propios y autorizados comentarios que dan a sus trabajos precisión y amenidad. Así sucede con esta impresionante colección documental que nos descubre multitud de emplazamientos que en otras épocas fueron lugar de encuentro y hontanar de cultura.

ANTES DE EMPEZAR

*En el prado del Marqués,
al mismo pie de la fuente,
han llegado las mozuelas
y se han sentado en el verde.*

Blas Pajarero en
«Retazos de Torozos»

*Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.*

*Di, ¿por qué, acequia escondida,
a qué vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?*

Antonio Machado en
«Anoche, cuando dormía»

Todo trabajo de investigación que abarca una temática como la que este libro aborda, corre el riesgo, asumido como no puede ser de otra manera, de evidenciar clamorosas omisiones. Pero traigo en mi descargo, y de paso ya apunto la magnitud de lo que aquí pretendo, la enorme cantidad de fuentes, pozos, lavaderos y manantiales que tienen o han tenido alguna importancia en la historia (y las historias) de los municipios de la provincia de Valladolid y en los afanes de sus habitantes.

No es, ni lo pretende, un inventario exhaustivo y detallado, pues nos hallamos ante una relación de cientos de referencias. Por eso, seguramente el lector o lectora podrá echar en falta la no inclusión de algún caso que pudiera tener cierto interés histórico, arquitectónico o social. Mas, esas ausencias no obedecen a un premeditado silencio. Este trabajo aspira a ser un testimonio de la riqueza cultural, arquitectónica, etnográfica y antropológica que encierra el mundo del agua, y que se manifiesta a través de fuentes, manantiales y manaderos, y de los pozos y los lavaderos, de ahí el título.

Pedida la anticipada clemencia del lector o lectora, quiero decir que en este libro se hallará un intento de dejar constancia de la importancia que tuvieron las fuentes en la vida de nuestros antepasados (y en la de cualquier persona que aún haya conocido los pueblos, villas y ciudades en los años 50, 60 y 70 del siglo xx), y que las mismas, al igual que los más importantes monumentos de cada localidad, forman parte de la memoria colectiva que contribuye al arraigo

e identificación de las personas con su entorno, cargado de recuerdos y emociones en el caso de los más mayores, y de curiosidad, respeto e interés en el caso de los más jóvenes que no llegaron a conocer la importancia que en su día tuvieron las fuentes.

Este libro pone especial énfasis en aquellas que han servido para abastecer a la población y atender las necesidades domésticas. Aunque no se ignoran las demás, pues también es necesaria una aproximación a los pozos, fuentes y manantiales del campo que ayudan a entender la importancia del agua y su captación, así como la necesidad perentoria de que las más variadas actividades humanas dispongan de alguna cercana surgencia.

Una dificultad añadida para realizar este estudio es la falta de datación de muchísimas fuentes que, aunque a veces aparezcan sus referencias en archivos o en libros, en realidad se desconoce su época de construcción... y no di-

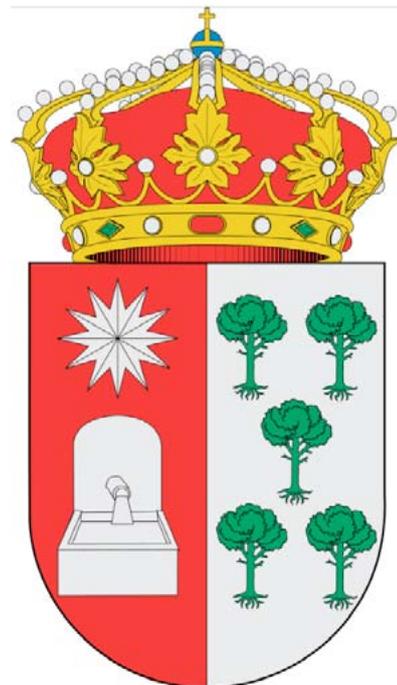
gamos si nos enredamos en el siempre polémico tema del origen romano atribuido a un buen puñado de fuentes.

La fuente en algunos casos es una de las obras civiles más señeras que se conocen o han conocido en la localidad. De la importancia de las fuentes, pozos, manantiales y sus construcciones auxiliares como conducciones, pilones, lavaderos y abrevaderos, dan testimonio los escudos de algunos municipios vallisoletanos: Bahabón exhibe la fuente Grande, en los de Fuente el Sol y Lomoviejo se dibujan sendas fuentes con su pilón, y el de Pozal de Gallinas incluye una fuente o pozo.

Y otros municipios deben su nombre a algún toponímico relacionado con el agua manante: Aguasal, Fombellida, Fompedraza, Foncastín, Fontihouelo, Fuensaldaña, Honcalada, Honquilana, Fuente Olmedo, Matapozuelos, Matilla de los Caños, Pozaldez, Pozuelo de la Orden...



Escudo de Lomoviejo



Escudo de Pozal de Gallinas

Tanta importancia se dio a la fuente en ocasiones, que en Medina de Rioseco, la fuente de Castilviejo se inauguró el 23 de enero de 1878 en acto solemne previsto a la misma hora (12:00) en la que se casaban Alfonso XII y María de las Mercedes.

Incluso bien entrado el siglo xx se siguió considerando la fuente como un bien de interés especial, cosa que se pone de manifiesto, por

ejemplo, en Piñel de Abajo, que el 20 de julio de 1956 se inauguró la fuente nueva en conmemoración del «Glorioso Alzamiento Nacional» con asistencia de las principales autoridades de la provincia. Y ya que hablamos de Piñel diremos que en 1884 se levantó una fuente de la que solo se conservan los caños reubicados en la fuente del Cura Viejo, a las afueras de la población y lugar apropiado para sobrellevar las calurosas tardes de verano.



Fuente de Piñel de Abajo, inaugurada en 1956 en conmemoración del Glorioso Alzamiento Nacional

La necesidad de disponer de agua potable ha requerido de enormes sumas de dinero de las arcas públicas. Esto dio como resultado algunas construcciones de estimable valor ingenieril (especialmente las conducciones).

Las fuentes, además, han servido para tejer relaciones: a la taberna no iban las mujeres ni los niños; en la iglesia hombres y mujeres se ponían por separado (aunque los atrios de los templos eran lugares de encuentro a la entrada o salida de los actos litúrgicos); al campo iban

principalmente los varones, aunque las mujeres participaban en determinadas labores imprescindibles, como la siega o la vendimia; al mercado prácticamente iban solo las mujeres, y al mercado de ganados, solo los hombres. Pero en la fuente terminaban por encontrarse y charlar mujeres, hombres, niños y niñas, jóvenes y mayores, pastores y labradores, hidalgos y plebeyos, personas a pie y jinetes a caballo, militares... aunque la principal protagonista era la mujer.



El Caño, Tudela de Duero hacia 1955

Fueron las fuentes, por tanto, lugares importantes de socialización, de transmisión de noticias, de propagación de rumores, de referencias para citarse los novios o las personas para emprender algún trabajo, viaje o negocio... como «la radio del pueblo» la han calificado muchas de las personas con los que me he entrevistado a lo largo de los años.

Las fuentes, manantiales, y no digamos los pozos, son escenarios de leyendas, fantasías, ritos y creencias religiosas, de ahí una extensa literatura que recoge el cancionero popular.

A medida que el agua se fue introduciendo en las casas mediante la construcción del servi-

cio público de abastecimiento, las fuentes, los pozos y los lavaderos entraron en desuso para fines domiciliarios. Muchas fuentes se dejaron perder, comidas por la maleza o el barro, e incluso otras se destruyeron premeditadamente. Mas, pasado el tiempo, tanto la sociedad como los ayuntamientos, comenzaron a rescatarlas y ponerlas en valor como un patrimonio y lugar de la memoria. Algunos municipios incluso las han dado una nueva vida trazando itinerarios para recorrerlas tanto las del interior del casco urbano como las del campo. Por ejemplo citaremos los casos de Castronuño, Mucientes, Tierra, Villagarcía de Campos, Villalón de Campos y el Valle del Cuco.



Villalón de Campos tiene unas cuantas fuentes en su término municipal, como esta, del Rosario, del siglo XIX. Junto a ella una de las señales que marcan un itinerario de fuentes. En la foto, Javier González (que fue alcalde del municipio)



La fuente Grande forma parte de un recorrido de las fuentes históricas de Mucientes. Junto a la fuente, Jesús de Anta

Desde el principio quise que este trabajo de investigación no se quedara en la fuente como mero elemento arquitectónico, sino que

reflejara con igual o mayor intensidad los usos, costumbres y rituales en torno al agua que he recogido en Valladolid.

EL AGUA

¿Qué es la fuente sino el lugar por donde mana el agua? Será necesario, por tanto, escribir algunas notas sobre la importancia del agua.

La necesidad de disponer de agua dulce, imprescindible para la higiene y la alimentación, hace que de tiempo inmemorial las comunidades humanas buscasen la manera de suministrarse de agua buena y abundante, lo que explica la ancestral búsqueda de fuentes, manantiales, excavación de pozos o asentamiento de poblaciones en las orillas de ríos y lagos.

El empleo del agua con finalidad terapéutica ha sido una de las prácticas medicinales más antiguas que se conocen en la humanidad, tanto en forma de ingesta como tomada en baños de aguas termales. De hecho, en el año 360 a.C. los griegos construyeron el templo de Asclepio (Esculapio para los romanos), dios de la Medicina, en cuyo punto central estaba situada una

f fuente cuya agua se consideraba milagrosa y con la que se trataba a los enfermos. Es decir, desde muy antiguo se tuvo muy claro la importancia del agua para la conservación, o recuperación, de la salud.

El agua, por tanto, ha tenido un papel central en la concepción de la felicidad y del bienestar que, más modernamente, se traduce en una función higiénico—sanitaria de primer orden: sin agua no es posible una buena salud individual y colectiva. De ahí los numerosos testimonios que hablan de reyes y nobles preocupados por coger agua de fuentes reputadas como salutíferas y mineromedicinales. No es por tanto tan raro que en algunos episodios más o menos verídicos se sitúe a algún noble personaje bebiendo aguas de alguna fuente que se tenía por saludable: a la reina Isabel la Católica se la menciona refrescándose en las aguas de la Samaritana, en Medina de Rioseco, o de la Mora, en Sieteiglesias de Trabancos.



Fuente de la Mora, en Sieteiglesias de Trabancos, antes de su restauración



Fuente de la Mora, después de su restauración



Zeus y Hera en la escultura de Palas Atenea, Viena

Aunque pueda parecer sabido, no debemos dejar de insistir en el valor del agua dulce: tomando los datos de diversos estudios sobre el agua que existe en el planeta, se anota que la dulce representa solo entre el 2,5 y el 4 % (el resto es agua salada). Del total de agua dulce, entre el 70 y 80 % está congelada en glaciares y en los polos terráqueos. Y llegados a este escaso porcentaje de agua dulce que queda corriente, por cada litro que vemos en lagos y ríos o manantiales, hay 10 litros de agua subterránea considerada de difícil acceso.

No resulta extraño, por tanto, que las fuentes y manantiales hayan sido uno de los valores de la tierra más apreciados por la humanidad a lo largo de toda la historia.

La dependencia del ser humano del agua ha sido, y es, motivo de numerosos ritos y cultos en torno a las fuentes y los ríos, pues no en vano agua, vida, salud y fertilidad van asociados en la mayoría de las culturas. El agua ha llegado a ser tan sagrada que la filosofía antigua esta-

bleció que para la vida humana eran dos los elementos fundamentales: el agua y el fuego. Y bajo esa dicotomía tan marcada, el fuego se asoció al hombre, al varón, y el agua a la mujer: creación (el agua fuente de toda vida), fertilidad, virginidad... Hera, esposa de Zeus, volvía a ser virgen cada año al bañarse en la fuente de Kanathos (también escrito Canathus). Y eso ha venido ocurriendo en prácticamente todas las culturas y religiones.

¿Qué es la costumbre de arrojar una moneda al interior de una fuente o al fondo de un pozo, sino una reminiscencia de las ofrendas y agradecimientos por la salud recuperada que se practicaba en torno a las fuentes termales?; ¿de dónde viene, si no, la fiesta de San Juan junto al agua y las fuentes?; ¿por qué la presencia y aparición en fuentes de misteriosas damas (ninfas, moras o vírgenes)?; ¿por qué sino los romanos construían sus templos junto a las fuentes?; ¿por qué los principales textos sagrados sitúan pasajes en una fuente, un pozo o un

río? : «...Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo... vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: dame de beber...»; ¿por qué el que el cristianismo adopta el bautismo como el acto de pertenencia a la comunidad? ; ¿y el hinduismo no considera que los baños en el río Ganjes son purificadores de los pecados? En definitiva, el ser humano, ha divinizado lo que le procuraba un inmenso bien, cual es el agua, pues sin ella no se puede vivir

De la importancia del agua en las poblaciones da fe la Memoria del Ayuntamiento de Medina del Campo correspondiente al año 1927, elaborada por el secretario de la Corporación. Aquel año, siendo alcalde José Junquera, se había aprobado el presupuesto para la construcción y explotación del abastecimiento de aguas y del alcantarillado. La obra se adjudicó a la Compañía Madrileña de Contratas. Aquellas importantes obras hidráulicas llevaron al secretario municipal, Millán Miguel, a escribir lo siguiente:

[...] es evidente que el agua es el primordial, único e indispensable elemento de aquella preeminente política vital, porque: sin agua, no puede existir en los pueblos buena pavimentación, ni tampoco higiene y limpieza en el individuo ni en la colectividad; sin agua no se dispone de abundantes fuentes, servicio de extinción de incendios y de los tan útiles y convenientes de riego de calles, plazas, paseos y jardines públicos; sin agua, se encuentran desatendidas las necesidades domésticas para la bebida, el condimento de la alimentación, lavado de ropas y enseres, ornato y aseo de la vivienda, y las industrias que lo precisen para su desarrollo; y en los Municipios carentes de agua abundante, la generalidad de los moradores no pueden disfrutar de la satisfacción íntima que produce la completa sanidad corporal, y cuya posesión es

predisponente para que ulteriormente el individuo sienta el posterior deseo de dedicar sus actividades a procurarse la instrucción y cultura, que en el orden de las necesidades le son después ya importantemente complementarias.

Y remata su informe de esta manera:

Por tan ponderables y excelentes razones figura el agua en la cúspide de las necesidades de los pueblos, y cuando se dispone y se goza de abundancia de la misma, sólo entonces se disfruta del primer derecho natural del hombre, que es la vida, cumpliéndose así el aforismo «SALUX POPULIX, SUPREMA LEX EST».

LOS AFANES PARA DISPONER DE AGUA

La necesidad de traer el agua al interior de las poblaciones ha producido en España algunas de las obras de ingeniería más relevantes de la historia. Como, por ejemplo el acueducto de Segovia (en torno al siglo I), el de Noáin, en Pamplona, y el de San Telmo, de Málaga (ambos del siglo XVIII y el primero obra de Ventura Rodríguez); sin olvidar la conducción de las Arcas Reales de Valladolid (siglos XVI-XVII),

considerada una de las obras civiles más notorias del Renacimiento español. Pero no solo estas conducciones se acometieron en las que ahora son poblaciones principales, sino que, como más adelante veremos, en varios municipios de la provincia hay ejemplos de notables e importantes conducciones: son los casos de Alaejos, Cuenca de Campos, Matallana, Villagarcía de Campos... por apuntar algunas.



Arca madre, de Alaejos. Al fondo, las dos torres de las iglesias del municipio

Con estas conducciones se conseguía que el agua manara por los caños de fuentes en calles y plazas públicas. Un esfuerzo, que sobre todo en el Renacimiento cobró especial impulso. Con ello se alivió el fatigoso trabajo de ir a los ríos o a manantiales alejados de la población. Y, además, encañando el agua hasta las poblaciones se tenía la posibilidad de construir lavaderos y abrevaderos.

También los canales de Castilla y Real de Aragón fueron soberbias demostraciones de la ingeniería de la Ilustración que aunque en algún caso tuviera una prevalencia y larga dedicación a la navegación, como es el caso del canal de Castilla, ambas se concibieron también para el abasto de agua a tierras de cultivo y a las poblaciones. Y ya más recientemente será necesario citar el canal del Duero, que en 1886 comenzó a prestar servicio de abastecimiento a la ciudad de Valladolid.

Más, fue en el siglo XVIII, bajo el impulso de los gobiernos de Carlos III y, más adelante a partir de la segunda mitad del XIX, cuando se produjo en Valladolid, como en otras provincias, una espectacular proliferación de fuentes urbanas. Las necesidades higiénicas y el interés por el ornato público contribuyeron a la construcción de fuentes en el interior de las poblaciones, cosa que siempre fue muy agradecida por la ciudadanía: en mayo de 1914 se inauguró una fuente pública en la Ronda de Gracia de Medina del Campo, en medio de grandes vivas al alcalde por haber llevado a efecto tan importante mejora que tantos beneficios reportaría a los habitantes de aquel barrio.

De todas formas, siempre pareció un esfuerzo insuficiente, y habrá que esperar hasta bien entrado el siglo XX para que el preciado elemento llegara a correr por las cañerías de las casas en los municipios de la provincia. No obstante, aún en el año 1960 se relacionan únicamente 62 municipios, incluida la capital, con red distribuidora de aguas potables (y no en todos los casos estaban todos los vecinos enganchados o abonados a la red).

En definitiva, al comenzar la década de los 60, todavía 163 municipios de toda la provincia carecían de red abastecedora de agua a los domicilios. Es decir, eran años en los que las fuentes públicas aún tenían importancia capital. Incluso Torrecilla del Valle tuvo que esperar hasta abril de 1997 para que el agua llegara al interior de las casas: fue el último núcleo de población en tener abastecimiento a domicilio.

Paradójicamente, aquellas décadas de 1960 y 1970 coincidieron con un cambio profundo en los municipios: se agudiza el éxodo migratorio hacia las ciudades o hacia el extranjero; se produce una modificación drástica en las actividades rurales tradicionales, al iniciarse la concentración parcelaria y la agricultura intensiva, gracias a la generalización de la maquinaria agrícola y el regadío; la ganadería comienza a estabularse; van desapareciendo los animales de tiro que necesitaban lugares donde beber; se abandonan las granjas y caseríos hasta entonces diseminados por el territorio (70 granjas y caseríos se contabilizaban en la provincia en 1877); y llega a los domicilios el agua corriente. Todo esto supuso un cambio radical en la cultura y los usos tradicionales del agua: desaparecen numerosos manantiales en el campo por las roturaciones y la pérdida de uso por parte de los pastores; ya la gente deja de trasegar por el monte o el campo para recoger leña, frutas o plantas (y por tanto dejan de mantenerse las fuentes); baja el nivel freático por las extracciones de aguas subterráneas para el regadío... Esto influyó incluso en el paisaje, al eliminarse las choperas y otras formaciones de árboles en torno a los manantiales; ya no era necesario el acarreo del agua a las casas, la comodidad de la pila y el fregadero en los domicilios sustituye el duro trabajo del lavado de ropa en los pilones y las orillas de los ríos. En consecuencia, se abandonan y destruyen lavaderos y fuentes, y estos dejan de ser punto de socialización, encuentro y conversaciones y se sustituyen, no siempre, por fuentes más decorativas que prácticas (acaso para matar la sed de la chiquillería o surtir de agua a la población en caso de cortes ocasiona-

les en el suministro domiciliario). En consecuencia, estas construcciones tradicionales y funcionales dejan de tener interés para la generalidad de la población. Interés que, paradójicamente, algo se ha vuelto a despertar en el siglo XXI, en el que los municipios han «desenterrado» las fuentes tapadas por el barro o la maleza y han acondicionado senderos conducentes a los manantiales, como más arriba hemos comentado.

Se podrían poner unos cuantos casos de esta transformación radical del paisaje por la desaparición de fuentes. Raro es el municipio que no haya tenido un abultado censo de manantiales en su término. Nos quedaremos con el ejemplo de Cigales, que llegó a contabilizar hasta 29 fuentes en un momento u otro de su historia, aunque han desaparecido la mayoría de ellas, bien por el capricho de la naturaleza encadenando varios años de escasez de lluvias, o por la sobreexplotación de los acuíferos subterráneos mediante pozos para el regadío, que es la causa más común de pérdida de fuentes en el campo en la mayoría de los municipios.

Hay que decir que la desaparición de fuentes del campo ha supuesto, también, la pérdida de muchos arroyos que corrían por las tierras.

No es nuevo en la historia la pérdida de fuentes y manantiales tradicionales. El ingeniero Cortázar narra que en los años 50 y 60 del siglo XIX se produjeron grandes descuajes en los montes de roble y encina de Valladolid para roturarlos. Aquello fue el resultado de la explotación a la que sometieron a tierras y montes los nuevos propietarios tras la desamortización de bienes eclesiásticos y públicos. Tales descuajes o cortas produjeron la desaparición de numerosas fuentes y manantiales de los que se surtía la población y los agricultores y ganaderos. Aquel sistemático drenaje cercenó, además, el regadío natural de abundantes pastos.

FUENTES Y MANANTIALES

Se irá viendo a lo largo de este libro, que una cosa es de lo que realmente se trata: una fuente, un pozo, o un venero —que para cada cosa tiene definición la Real Academia de la Lengua—, y otra cosa distinta es lo que las gentes de cada lugar llaman al sitio de donde cogen el agua para beber o de donde la sacaban para atender las tareas domésticas, pues a veces lo que llaman fuente es un pozo, y que lo que llaman pozo es un manantial.

Porque, en realidad ¿qué son las famosas fuentes de manivela? sino pozos en la mayoría de los casos. Una manivela para mover los cangilones que eleven el agua desde el fondo hasta el caño.

Por eso es más razonable atenerse a las peculiaridades de cada caso y atender al nombre por el que se conocen los lugares de donde tradicionalmente se ha surtido la gente, sin por ello desatender las precisiones y diferencias imprescindibles.



La Represa, fuente de manivela, Tiedra



Mecanismo interior de la Represa para elevar los cangilones cargados de agua

Es más, ¡cuántas veces hemos preguntado a gentes de los municipios vallisoletanos sobre el lugar donde se encuentra la fuente o el pozo de la localidad, y después de un rato de desconcierto entre el grupo de paisanos que están a la solana o en la barra del bar, alguno de ellos acaba exclamando: «¡Ah, el caño!»... y rápidamente indican el lugar donde está lo que íbamos buscando.

Una aparentemente banal pregunta: ¿qué es una fuente? Nos podemos responder diciendo que es un manantial de agua que brota o surge de la tierra; un aparato o artificio con que se hace salir el agua en los jardines, las casas, calles o plazas para diferentes usos, trayéndola encañada de los manantiales, desde los depósitos o desde los pozos, o un cuerpo de arquitectura hecho de fábrica, piedra, hierro, etc. que sirve para que salga el agua por uno o varios caños dispuestos en él.

Fuente es un manantial de agua, acabamos de decir, pero lo cierto es que manantial y fuente no son necesariamente sinónimos, pues manantial es más bien una corriente subterránea de agua que puede, o no, aparecer en superficie, en cuyo caso se convierte en una fuente. La corriente de agua subterránea que aflora en superficie es una fuente natural, y una fuente artificial es una construcción levantada con el fin de hacer que el agua captada en un manantial alejado salga por unos caños, con el fin de dar servicio a la población o para crear un simple artificio decorativo. También podemos considerar fuente artificial aquel manantial que se hace aflorar por medios mecánicos. Pero a los efectos de lo que en este libro se quiere tratar, salvo que su distinción sea necesaria para explicar alguna singularidad, consideraremos a las fuentes y manantiales como indistintos.

No obstante, sí parece necesario hacer alguna precisión etimológica. Los términos literales de fuente y manantial han ido cambiando con los años. La palabra fuente viene del latín fon-fontis, que hasta el siglo XVI servía para señalar un manantial de agua que brotaba de la tierra. Es decir, que fuente era, en realidad, agua que brotaba de la naturaleza. También el sufijo *hont* es una raíz que hace referencia a lugares donde nacen fuentes, agua que mana. Es decir, que fuente era agua que manaba, agua manante, agua manantial. Fue a partir del siglo XVI o XVII, cuando por fuente empezó a conocerse un aparato o artificio por el que se hace salir el agua en los jardines y en las casas, calles y plazas, trayéndola encañada desde los manantiales o desde unos depósitos. Fueron años en los que se empezó a encauzar el agua para traerla al interior de la población, así que procedieron a levantar construcciones con muros, caños y pilones que decoraban con bolos, pináculos, bronces, escudos, y otros adornos. Y se empezaron a contratar los servicios de maestros de obras especializados o alarifes expertos que se dieron en llamar fontaneros.

El caso es que la palabra manantial comenzó a dejar de ser un adjetivo para convertirse en un sustantivo, de tal manera que fuente, ahora podría servir para denominar a una cosa y manantial a otra, pero la tradición y la sabiduría popular ha mantenido el nombre de fuente o manantial indistintamente para todos los manaderos de agua que prestan servicio a la población.

Otra pregunta: ¿qué es un pozo? Aunque a los pozos le vamos a dedicar un capítulo, a la altura que nos hallamos, al menos definamos lo que se entiende por pozo. Si decimos que un pozo es un hoyo profundo en la tierra abierto en vertical para extraer el agua existente en el fondo, parece que todo queda claro: no es una fuente.... Pero acabemos la definición: «... para extraer el agua existente en el fondo, *procedente de manantiales subterráneos*». O, esta otra: «hoyo que se hace en la tierra *hasta encontrar vena de agua*», o, también, *agua*

freática. Como iremos viendo, muchas fuentes son pozos excavados en forma de galería hasta encontrar el manantial o la vena de agua (venero). En conclusión, nos afanaremos en tratar de forma diferente fuentes, pozos y veneros. Pero siendo conscientes de que, al final, lo que han hecho de inmemorial tiempo los habitantes de cada comarca y población es buscar lugares de donde disponer de agua buena, abundante y permanente, llámense fuentes, manantiales, pozos o veneros.... Y que, en muchos casos, simplemente responden al nombre de «caño».

DONDE BROTA EL AGUA

En el campo y en las inmediaciones de algunos municipios solía haber manantiales muy singulares apreciados por sus buenas aguas que, hasta que llegó la agricultura extensiva caracterizada por la utilización de abundantes productos químicos, eran muy frecuentadas por la gente (incluso hoy día algunos de estos manantiales conservan la fama). No es fácil encontrar el nombre que las defina: remanadizo, manadero, hontanar u hontanarejo (lugar donde nacen manantiales o fuentes), chortal (lagunilla formada por un manantial poco abundante que brota en el fondo de ella).

Estas surgencias, normalmente alimentadas por el freático, adquieren formas especialmente curiosas, como los llamados «ojos de agua» o «goteras», que de estas dos formas me los citaron en distintos municipios, que no son sino una especie de agujeros en medio de los campos por el que ocasionalmente brota el agua: se forman a partir de algún manantial bajo tierra que hinchado de agua no encuentra salida ni cauce por donde correr y, por tanto, acumula aguas que comienzan a reblandecer la tierra circundante. De hecho, este tipo de goteras han terminado por convertirse en pozo para el regadío. Suponen un peligro para los agricultores pues, aunque los suelen tener señalados con piedras, en un descuido un tractor puede quedar completamente atrapado.

Quizá sea el término venero el que más se acerca a una definición más acertada. Venero: manantial de agua; corriente de agua que brota de la tierra; fontana; lugar de donde brota una corriente de agua; un hueco creado en el sue-



Una gotera u ojo de agua en Villanubla

lo que sirve de fuente de agua... Criadero de agua anota el Diccionario Etimológico.

Es el caso que estas surgencias naturales y aparentemente «de toda la vida», también han tenido sus avatares. Muy recientemente ha sido sobre todo la concentración parcelaria y la pérdida de utilidad para el ganado, lo que ha motivado, como ya he comentado anteriormente, la pérdida de muchos manantiales. Pero esto no



Manantial junto a la ermita de la Virgen de Fuenlabradilla, en San Miguel del Arroyo

es precisamente nuevo, pues ya en el siglo XIX se anotan descuajes de montes y terrenos (sobre todo a raíz de la desamortización) que arrasaron con fuentes y manantiales. En 1877, el ingeniero jefe del Cuerpo de Minas, Daniel de Cortázar, escribió lo siguiente:

Un hecho bien comprobado es la disminución general que se nota en los manantiales de la provincia, desde que el descuaje de los montes (...) se ha convertido en un verdadero abuso (...) Por el valle de Jaramiel, donde están situados los pueblos de Villavaquerín y Castrillo Tejeriego corría un arroyo (...) en 1851 comenzó la corta de monte de roble que se extendía a uno y otro lado del arroyo, y éste, en 1860 dejó de correr en la mayor parte del año; y ya en 1863, terminados los descuajes, los manantiales de esta zona desaparecieron por completo...

Y su relato continúa citando casos similares en Aguasal, Bahabón, Bercero, Curiel, Medina de Rioseco, Olmos de Peñafiel, Tordesillas, Torrelabán, Villalba de los Alcores, etc.

A modo de ejemplo destacamos la fuente de las Panaderas, en el término de Castromonte, en el mismo nacimiento del Bajoz e inmediata a la antigua embotelladora de agua Castrovita; fuente el Olmo, en el término de Villaco, que brota de entre peñas; la Jarrubia, en el páramo del municipio de San Llorente, en el valle del Cuco.

A estas, añadimos las llamadas Tres Fuentes, de Villanubla. De ella se dice que su nombre viene porque este chortal tiene en realidad tres ojos, y su especial aprecio por parte de la población se debe a que es, es el punto donde nace el Hontanija. Su agua, muy clara, se utilizaba para beber, regar huertas y atender necesidades de las actividades de su entorno, como los palomares, por ejemplo.

Y las aguas que forman el río Hontanija se van reuniendo en la huerta del monasterio de los Ángeles, un verdadero mar de aguas. En la huerta brotan varias fuentes que recogen las aguas del páramo de Villanubla, que vienen de La Mudarra, y junto a la que aporta la fuente de los Ángeles completan las aguas del nacimiento del río.



La Jarrubia, San Llorente. El agua mana de la ladea que se ve a la izquierda y se ha encauzado a la fuente de la imagen



Fuente de los Ángeles, Villanubla. Junto a ella el artista y empresario Antonio Amens



Fuente de los Ángeles, antes adornada con leones. En la foto, Amiens con sus padres. Foto cedida por Antonio Amiens



Cárcava Grande en Aguasal, tierras llanas con una capa arcillosa que retiene el agua

GEOMORFOLOGÍA DE VALLADOLID

Valladolid, aparentemente tan llana es, sin embargo, rica y abundante en manantiales y en aguas subterráneas: parte de la provincia está sobre el acuífero de los Arenales, una de las mayores bolsas de agua de las que se tiene conocimiento en España.

La riqueza de fuentes y manantiales viene explicada por dos factores: uno, por las calizas de los páramos y las capas arcillosas bajo las mismas; y dos, por los materiales arcillosos y arenosos que caracterizan la superficie de las campiñas. En ocasiones se utiliza el término «greda» para identificar las arcillas arenosas (aunque realmente son dos materiales distintos).

A poco que se observen las características geomorfológicas de Valladolid se verán los páramos calizos, las campiñas, y en tránsito de unos y otras, valles de mayor o menor anchura. Estas características han servido para establecer los espacios en que se puede dividir la provincia: dos grandes llanadas, que se corresponden, con Tierra de Campos, en el norte, y Tierra de Medina, en el sur, donde también son notables los pinares, mientras que los páramos se levantan en el centro y sureste de la provincia: Torozos, el Cerrato, y la zona que se suele conocer como La Parrilla-Campaspero. Y entre páramos y campiñas los valles de los principales ríos.

En todos los casos las arcillas, bajo las calizas, en los páramos y en el subsuelo inmediato de las campiñas, retienen las aguas de lluvia haciéndolas aflorar hacia la superficie.

Cuando las aguas pluviales caen en zonas calizas, descienden a más profundidad, se acu-

mulan y forman grandes caudales subterráneos, lo que produce reservas considerables de agua, que cuando ya no puede contener más, fluyen en forma de manantiales.

Esto explica la existencia de numerosas surgencias de agua en las laderas (que con frecuencia es el comienzo de un arroyo): los subsuelos de los páramos son auténticas esponjas, pues el freático (aguas subterráneas que han penetrado en la tierra por poros y fisuras de la caliza) se encuentra entre la capa en contacto con la superficie, formada por calizas que permiten la infiltración (o percolación) del agua de la lluvia que, sin embargo, encuentra una capa impermeable potente (es decir, homogénea y gruesa) formada por arcillas (ya sean rojas o blancas, tengan yeso o no, o contengan cal —margas— o no) a profundidad variable. Esta agua acumulada, tarde o temprano encuentra un lugar por donde «romper», por lo que no extraña la presencia de fuentes incluso muy próximas al cantil o cornisa del páramo.

Para hacerse una idea más precisa de este fenómeno geológico, algunos informes apuntan a que en Torozos estos embalses naturales oscilan entre 6 y 10 metros de profundidad, pudiendo llegar a alcanzar en determinados lugares los 30 metros, tal como también se dice que tiene el páramo de Campaspero en algún punto.



Fuente el Olmo, en Villaco, el agua brota de entre las peñas



Espacio recreativo que se ha construido en torno a la fuente el Olmo, de Villaco



Fuente en Olmos de Peñafiel, en la ladera del páramo

APOSTURA Y NOBLEZA ES MANTENER LAS FUENTES

Las fuentes y los manantiales siempre fueron importantes. Cuando en la Edad Media se inventariaban los bienes del término de una población, entre los mismos se incluían las fuentes, que eran, en realidad, lo que ahora llamaríamos manantiales. Así, Alfonso X el Sabio cedió en 1255 la aldea de Tudela de Duero al Concejo de Valladolid, y esto se escribió en aquel privilegio:

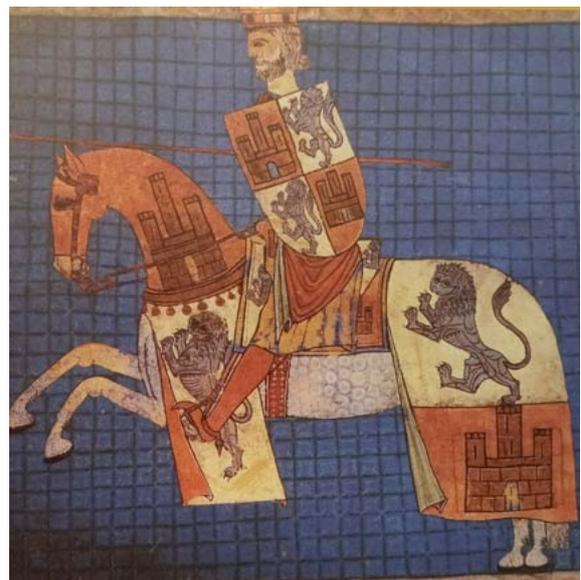
Sea conocido por todos los hombres que esta carta vieren, como yo don Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, y de Jaén (...) por gran voluntad que he hacer bien y merced a (...) todos los pobladores de Valladolid (...) por los servicios que a me hicieron y me harán, les doy y otorgo que tengan por aldea el término de Tudela, la que está en la ribera del río que llaman Duero, y que la hereden por siempre jamás, con todas sus aldeas y con todos sus términos, con montes y con fuentes y con ríos y con pastos...

Es más, aquel rey no dejó de señalar la importancia de las fuentes (manantiales en realidad) cuando redactó el libro de «Las Siete Partidas»:

Apostura e nobleza del regno es mantener los castillos, et los muros de las villas, et las otras fortalezas et calzadas, et los puentes et los caños de las villas, de manera que no se derriben nin se desfagan.

En 1111 (7 de enero), la donación que hace la Reina Doña Urraca de la villa de Santibáñez de Valcorba decía; «totum ab integro cum ómnibus pertinenciis... cum pascuis, fontibus, montibus, riuus, et con ingressibus et regressibus suis...».

En fin, más testimonios similares a estos hay en la historia, pero dejémoslo aquí, no sin antes incidir en que ha sido tanta la importancia de fuentes y manantiales que había personas que se dedicaban profesionalmente a mantener abiertas y libres de maleza las fuentes, manantiales y arroyos del campo. A estas personas, al menos los testimonios que han llegado hasta el siglo xx, se las conocía en muchas localidades vallisoletanas como los «arroyeros», es decir, los que mondaban los lugares por los que manaba



Representación de Alfonso X en el Tumbo de la Catedral de Santiago de Compostela

el agua. Gentes que, por la lejanía de los manantiales respecto de las poblaciones, muchas veces tenían que dormir a la intemperie o en algún chozo para continuar su tarea al día siguiente.

Y también estaban los guardas de campo que, según poblaciones y épocas, entre sus cometidos (vigilar el campo o que las personas no dañen sembrados o viñedos, atender a que no se quebrante el arbolado comunal, etc.) estaba el vigilar que no se desbarataran las fuentes y manantiales del campo.

ARQUITECTURA SIN ARQUITECTOS

La fuente en muchos casos, aunque austera, no carecía de agradable aspecto. Y hemos anotado la palabra austera para calificar las fuentes vallisoletanas porque pocas fuentes públicas veremos que hayan hecho alguna concesión al adorno y al artificio, salvo algunas excepciones, como ocurrió con la afamada fuente Dorada de Valladolid, que ya en el siglo XVII, cuando se levantó, quiso la ciudad que tuviera toda clase de adornos; o el caño Nuevo de Olmedo, un verdadero monumento. Bien es verdad que desde que en el reinado de Carlos III se creara la Academia de San Fernando para velar por el buen hacer de edificios y construcciones, el aspecto de las fuentes ofrecía armonía y cuidada estética.

En definitiva, las fuentes de la provincia de Valladolid atienden a tres criterios básicos: servicio público, utilidad y austeridad, lo que no las hace menos acreedoras de atención.

Hay muchos lugares en los que la erección de una fuente dio lugar a un pequeño complejo de servicios relacionados con el agua: los caños propiamente dichos incrustados en la composición principal, el lavadero (a veces con más de un pilón), y un abrevadero más o menos inmediato. Aquello exigía el cumplimiento de algunas normas escritas o tácitas que facilitarían el uso adecuado de cada elemento: horarios, preferencias y limpieza.

Muchas de las fuentes están ahora protegidas por el planeamiento urbanístico y en su conjunto deben considerarse un patrimonio de la provincia de Valladolid. Generalmente están



Caño Nuevo, Olmedo

construidas con dignidad: en muchas ocasiones introducen elementos constructivos o decorativos cultos, y en otros casos muestran un buscado acomodo a la arquitectura popular.

Y esto nos lleva, siquiera brevemente, a indicar algunos rasgos de lo que se suele conocer por arquitectura popular.

Nos indica Carlos Flores, reconocido experto en esta materia, que se suele caer en el error de reducir el concepto de arquitectura popular a los edificios o casas, cuando en realidad el

sentido técnico de este término incluye también las instalaciones agrícolas anexas, como son aljibes, fuentes, molinos o pajares. Construcciones auxiliares o secundarias que son resueltas por lo general con la misma atención y cuidado que las propias viviendas principales.

Francisco Pedro Roldán, buen conocedor de la arquitectura popular vallisoletana, advierte que probablemente no podamos incluir en un solo término todo lo que supone la arquitectura a la que nos estamos refiriendo, y que está en la base de casi todas las construcciones que nos encontramos cuando visitamos fuentes, pozos, lavaderos, manantiales, conducciones, etc. Por eso se ha de concluir, indica Roldán, que tal vez se deba ampliar el abanico de conceptos e indicar que arquitectura vernácula es cuando se liga con la arquitectura del lugar; arquitectura popular cuando se liga con el pueblo; arquitectura autóctona es cuando queremos definir la ligada con la tierra; arquitectura tradicional cuando nos referimos a las costumbres...

Pero en lo que a las fuentes que nos vamos encontrando por la provincia tal vez debamos acogernos al acertado término de «arquitectura sin arquitectos», por ser muchas anónimas o ejecutadas por albañiles o alarifes no formados académicamente.

EL ESPACIO DE LAS MUJERES

Veamos que escribió un atento y meticoloso viajero que recorrió la España de principios del siglo XIX. Su nombre es Richard Ford:

Las fuentes en España, especialmente en las comarcas más calientes (...) son muy numerosas, y no pueden menos de chocar y agradar al extranjero el verlas en las plazas públicas, en los paseos o en los jardines (...) Las fuentes en España, como en Oriente, son los sitios de reunión y de visita de las mujeres; a ellas acuden jóvenes y viejas, nietas y abuelas, formando un

conjunto que volvería loco a un pintor por lo abigarrado de los colores de los trajes, los grupos que se forman y el alboroto y griterío que se escucha. De cuando en cuando se ve un grupo de mozuelas (...que...) vienen riendo y parloteando, balanceando en la cabeza cántaros de forma antigua, que no envidiarían nada a un jarro de Sevres. Cualquiera se figuraría que el coger agua es alguna operación difícil al ver el tiempo que pasan junto al amado borde de la fuente. Pero que, en realidad, aquel es su paseo, su tertulia; en el momento que están allí descansan



Recreación del ambiente en una fuente pública, aunque no se corresponde con la ciudad de Valladolid

las mujeres de su trabajo continuo y atienden solo al cántaro; aquí sobre todo, después de misa, las jóvenes discurren sobre amores y vestidos; las de mediana edad y madres, de sus casas y de sus hijos; todas hablan y, por lo general a un tiempo, y la chismografía anima a las hijas de Eva...

¿Está idealizada esta observación de un viajero romántico?

Acudamos a ver que cuentan las mujeres que por edad aún conocieron el uso de fuentes para el abastecimiento de sus casas. He escogido, de entre todos, los testimonios de mujeres de Laguna de Duero, Medina del Campo, Mota del Marqués, Morales de Campos, Mucientes, Santibáñez de Valcorba, Torrecárcela y Villafrechós.

Del ambiente del lavadero de Laguna tengo un recuerdo infantil muy agradable: estaba cubierto, era muy grande y con dos piscinas. Para los niños

era como una fiesta en la que lo pasaban muy bien: mucho jaleo, las señoras riéndose, tirándose agua, etc.

El ir a por agua era una diversión y procuraba ir varias veces al día. Y de las tablas para lavar, de vez en cuando mi padre compraba un par de tablas de madera y hacía los canalillos a mano, con una escofina.

Ir a la fuente era un juego para los niños. En Medina del Campo se frecuentaba el caño de la Tericia, de propiedades curativas y aguas muy limpias donde se cogían berros. La chiquillería iba frecuentemente a jugar a esa fuente. Muchas señoras eran tolerantes con el tiempo que sus chicas de servicio echaran para ir a la fuente, pues sabían que era su rato de asueto... Pero cuando ya se tenía novio formal no se ponía tanto interés en ir a la fuente.



Recreación en el lavadero de Villanueva de Duero

En los lavaderos se hablaba de todo, era más bien un lugar de chismorreo (como la radio del pueblo): se criticaba, se comentaba quien se iba y venía de la mili, quien se había quedado en estado, los noviazgos de los jóvenes, etc. Aunque a lavar al río (ni a los lavaderos) no acudían chicos, si pasaban por allí cerca, y si lo hacían se echaban una parrafada o algún requiebro las jóvenes y los muchachos.

Sin embargo, en la fuente era otra cosa: había tertulias con las otras chicas, se llegaba a ennoviar... Se conocía a todo el mundo y nos demorábamos en ella todo el rato que podíamos. Normalmente a coger el agua con los cántaros se iba a primera hora de la mañana y a coger el agua del botijo, por la tarde. Las chicas buscaban siempre una excusa para ir a la fuente, así se veía con las amigas o con el novio.

En el verano, vaciábamos a propósito el botijo para tener un pretexto con el que ir a la fuente y charlar con las amigas. O engañabas a la madre diciendo que el botijo tenía poca agua, o que estaba caliente, todo con tal de ir a la fuente. De todas formas, cuando llegaba el padre del campo, el botijo tenía que estar lleno con agua fresquita...

Las conversaciones al atardecer eran muy agradables. Llenar el botijo era cosa de chicas, a mi padre nunca le vi coger el botijo para ir a la fuente.

Yo no iba sola a la fuente pues me daba miedo el que siempre había alguna culebrilla en el agua que te asustaba. Sí, muchas conocidas de otros pueblos me han comentado lo mismo, todas coinciden en que era muy frecuente la presencia de esa clase de

animales en las fuentes todas coinciden. Además, también era habitual que hubiera peces en el pilón... jugábamos con ellos y los cogíamos con las cazuelas.

En Morales de Campos, el Caño Viejo y lavadero estaban en un lugar apartado, circunstancia que servía de coartada para que los muchachos acompañaran a las muchachas para protegerlas y, de paso, buscar alguna relación, porque el que estuviera apartado, era aprovechado para mantener algún flirteo y caricias discretamente protegidas de la vista de la población. También aparecían algunas disputas entre algunas de las mujeres que allí estaban lavando y que con puyas, y más de algún empujón, dirimían sus diferencias.

La función socializadora de las fuentes se veía reforzada en la época estival, pues en muchos lugares era el sitio de quedar al atardecer, aunque no fuera para coger agua, o para bañarse en el pilón en las horas más calurosas del día. Igualmente, en fiestas señaladas, como la de San Juan o San Isidro era costumbre acudir a pasar el día a alguna fuente: así se hacía en Morales de Campos acudiendo al Caño Viejo, o en Cabezón de Pisuerga caminando hasta la fuente del Pocico.

Y, en general, la fuente era el lugar elegido para el esparcimiento de los días festivos: la fuente de la Salud o la fuente del Sol, en Valladolid; o la del Angelillo y Lagunaverde, en Pozaldez, por traer algún ejemplo, dan testimonio de aquella costumbre.



Fuente de Morales de Campos



El Pocico en un tupido robledal. Cabezón de Pisuerga

UN LUGAR IDEALIZADO

La literatura ha elevado a la fuente y al lavadero a una categoría que trasciende la simple estructura arquitectónica y el espacio inmediato que la circunda, para convertirles en un escenario en el que los amantes expresaban su amor con libertad, a salvo de las miradas de la gente, cuando las fuentes o manantiales estaban alejados de la población. El romancero español tiene numerosos versos que hablan del encuentro de los enamorados junto a la fuente, el lugar donde se expresaba el erotismo, el escenario de encuentros furtivos y proposiciones galantes, el sitio donde las doncellas lavaban la camisa propia o de sus amantes, entendiendo por «lavar la camisa» como una metáfora de limpiar las huellas del acto amoroso, pues quedarse en camisa se consideraba la forma de expresar la máxima desnudez de las personas.

La fuente era el lugar donde los amantes se lavaban mutuamente, entendido como un acto amoroso de alto voltaje erótico.

*En la fuente del rosel,
lavan la niña y el doncel.
En la fuente de agua clara,
con sus manos lavan la cara
el a ella y ella a él:
lavan la niña y el doncel.
En la fuente del rosel,
lavan la niña y el doncel.*

(rosel es rosa)

O esta otra letrilla:

*Un suspiro dio Lucía
ayer estando lavando.
¡Quién fuera tras él volando
por saber dónde le envía.*

¡Vaya si no hay sublimación en esta copla que se ha recogido en Morales de Campos!:

*A tu madre la he visto en el río lavar
Y a mí me ha parecido la sirena del mar
La sirena del mar, la sirena del mar
A tu madre la he visto en el río lavar.*

Y qué decir de esta abierta insinuación:

*No me habléis, conde,
de amor en la calle;
catá que os dirá mal
conde, la mi madre.*

*Mañana iré, conde,
a lavar al río;
allá me tenéis, conde,
A vuestro servicio.*

¡Qué ensoñaciones no habrá tenido el conde esa noche que precedió al encuentro en el río!

Así cantaba una anciana de Simancas (extraído de la Fototeca de la Fundación Joaquín Díaz):

*Caminito de la fuente
van las mozas del lugar
con la cara sonriente
con el ansia de llegar.*

*Son tan lindos sus colores
y brillante su mirar (...)*

*Y al llegar a la fuente
su amante aguarda
espera impaciente
por lo que tarda.*

*Capullito de rosa
y me muero de sed
y al calor de tus labios
apagarla podré.*

En fin, aun con la ansiedad por encontrarse con el novio o alargar la conversación alegre con las amigas, el ir por agua a la fuente no dejaba de ser una tarea rutinaria y casi siempre dura y pesada. Asunto sobre el que volveremos más adelante.

FUENTES ANTIGUAS

No es fácil datar la mayoría de las fuentes antiguas. De las que llamamos «encañadas» suele haber rastro documental en los archivos; y no digamos ya a partir del XVIII, pues en buena parte de ellas incluso figura gravada en su piedra la fecha de construcción o inauguración.

La construcción de fuentes en el interior de las poblaciones no comienza a generalizarse hasta la Edad Moderna. Ciertamente es que en el campo existían fuentes (de modesta y austera construcción) vinculadas a las faenas agrarias y ganaderas y, sobre todo, a la intensa actividad cañariega; y también para coger agua para las casas. Son varias las Cañadas Reales, con innumerables cuerdas y cordeles, las que atravesaban las tierras vallisoletanas. Por cierto, consideraremos territorio de la provincia de Valladolid el que surgió en la reforma de 1833 impulsada por Javier de Burgos.

Las cañadas llegaron a tener un ingente tránsito de ganado, con su correspondiente personal, que requería de seguridad en el abastecimiento de agua, al margen de ríos, lavajos y charcas que, además, estaban muy condicionados por los estiajes. Por ello cabe suponer que los pastores se encargarían de mantener abiertas fuentes y manantiales.

Y si nos retrotraemos más, salvando el vacío que se produce entre el avance sarraceno por la Meseta y la paulatina repoblación de la misma, llegaremos a adentrarnos en los siglos en los que aún había presencia romana en Valladolid, especialmente en torno a sus villas y los

caminos que las unían con el Imperio. Aunque dejo para un capítulo posterior la siempre apasionante discusión sobre si se conservan o no fuentes romanas en Valladolid, lo cierto es que algunas fuentes existieron (se hayan perdido o no).

Significa todo lo dicho anteriormente que, evidentemente, fuentes de gran antigüedad hubo en la provincia. Más volviendo al principio, desgraciadamente no es posible datarlas, aunque no me cabe ninguna duda de que unas cuantas de las que vemos, sobre todo en el campo, a buen seguro tienen su origen en la presencia romana, y en la actividad agrícola y cañariega.

Vamos a arriesgar una selección de fuentes con las que no erraremos mucho si apostamos a que tienen una existencia anterior al XVI (más o menos), aunque actualmente ofrezcan una construcción más moderna. Apuntaré solo algunas a modo de ejemplo, dejando otras (seguramente también antiguas) para otros capítulos posteriores por acomodarse mejor al relato.

ÍSCAR

Tiene el término de Íscar uno de tantos despoblados que caracterizan la provincia de Valladolid: Santibáñez. Se conserva en su emplazamiento la pila de una fuente. Estamos hablando de épocas anteriores al siglo XVII. Y esto lo decimos porque fue en este siglo (año 1652 aproximadamente), cuando se decidió hacer hasta el municipio de Íscar una conducción desde la fuente de Santibáñez. La conducción era



Santibáñez (Íscar), enclavada en un yacimiento arqueológico

mediante cañería de barro con arcas cada 100 pasos. El agua se condujo hasta una huerta situada detrás del Hospital de San Pedro.

LAGUNA DE DUERO

El monasterio franciscano del Abrojo, junto a la Finca Real, fue fundado en 1415, cuya prelatura ostentó San Pedro Regalado a partir de 1422. Hay en los escasos restos de este monasterio una fuente conocida como de San Pedro, en honor al santo vallisoletano. La fecha del convento y la tipología constructiva de la fuen-

te nos lleva a pensar en el siglo xv como fecha probable de su erección.

La fuente, incrustada en el interior de un muro de piedra tiene forma de hornacina.

Y en Laguna de Duero hay también otra fuente histórica que la compró el Concejo en 1561 para que las mujeres del pueblo pudieran lavar la ropa. En la actualidad, recién rescatada de la maleza y el abandono, es una arqueta de hormigón.



Fuente en el antiguo convento del Abrojo, en Laguna de Duero. En la imagen Ángel Arribas, un buen conocedor del municipio



Restos del convento del Abrojo, donde está la fuente

MEDINA DE RIOSECO

El convento franciscano de Nuestra Señora de Valdescopezo fue fundado en 1429. Situado a tres kilómetros de Rioseco y asentado al pie de Torozos, la huerta del convento seguramente ya se regaría con las aguas de una fuente que lleva por nombre Samaritana. La tradición habla de que la temporada que pasó la futura reina Isabel I en Rioseco, venía a refrescarse en sus aguas.

MINGUELA

El lugar de Minguela es ahora un despoblado aún reconocible por los restos de su iglesia, algún murete de piedra y su fuente. Probablemente los albores de este municipio haya que situarlos en el siglo XI, cuando la repoblación

del Duero, pero lo cierto es que mediado el siglo XVII ya estaba abandonado. Su principal característica es que está asentado en el nacimiento del arroyo Valcorba, próximo a Bahabón y Campaspero. A esta fuente han venido a lavar mujeres de Campaspero hasta la década de 1960 al menos (las famosas mingueleras de las que más adelante hablaremos).

TIEDRA

Municipio pionero en la recuperación de sus fuentes de siempre, tiene una, la Pelilla, que probablemente su primera construcción se remonte al siglo XII, pues en ese siglo ya hay noticias de una población en el lugar donde está la fuente.



Fuente del despoblado de Minguela

Las fuentes de Coberteras y Antagüeros es muy probable que tengan también un origen muy antiguo, pues la primera está junto a una calzada romana, y la segunda próxima a la cañada de Vegalén. Lo que no significa que la actual construcción de las tres fuentes sea la original.

El Ayuntamiento en 2007 organizó un sendero que llamó «Ruta de las Fuentes» que recorre las ocho fuentes tradicionales del municipio, entre las que se incluye también la más

monumental de todas, como es la del Tayo, que luce en su frontispicio la fecha de 1899. La ruta comienza en la fuente de San Pedro, dentro del casco urbano.

De Tiedra cabe añadir que tan célebres han sido sus manantiales que cuando este municipio perteneció al Partido de Toro (principios del XIX), se pensó en llevar sus aguas hasta aquella población para alimentar sus fuentes públicas.



Tiedra. Fuente de Antagüeros, situada al borde de la antigua calzada que unía Amalóbriga (Tiedra) y Septimancas (Simancas). En la imagen Isabel Sancho



Fuente Coberteras (Tiedra) de origen romano, nacimiento del arroyo de Coberteras. Su aspecto actual es una reforma del siglo XX



Fuente la Pelilla (Tiedra) en un despoblado del mismo nombre, por lo que su construcción quizá se remonte al siglo XII

VALLADOLID

La fuente de la Salud conserva aún los rasgos de cómo era en el siglo XVI, fecha de la que ya hay noticias: frontón de piedra, remates del murete con algunos adornos de bolas, y seguramente dotado con dos o tres pilones, según épocas: para los cántaros, para beber el ganado y para lavar. El emplazamiento ha tenido siempre atención por parte del Ayuntamiento, pues cuidaba de que fuera lugar fresco y arbolado (dispuso incluso de guarda), dado que se trataba de lugar frecuentado por la población para

pasar los días festivos (como también lo fue el paraje de la fuente del Sol).

A esta breve relación de fuentes podríamos sumar unas cuantas más, pero de las que carecemos de documentación alguna. Nos hace pensar en su antigüedad por razón de su traza y emplazamiento. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a la de Santiago (Ceinos de Campos), Los Villares (Castromembibre), fuente Tejar (Villabrágima), etc. Unas cuantas de probable origen romano. No obstante, muchas irán apareciendo en diversos capítulos del libro.



Fuente la Salud, en el barrio de Pajarillos, Valladolid



Fuente de Santiago, en Ceinos de Campos



Interior de la fuente de Santiago

FUENTES ENCAÑADAS: CAPTACIONES Y CONDUCCIONES

El procedimiento de captación de aguas mediante la excavación de galerías drenantes en acuíferos, así como el almacenamiento en aljibes bajo tierra, tiene una gran antigüedad. Esta técnica en España se conoce como minas o viajes de agua, y se denomina generalmente con el término qanat, que es la manera de canalizar el agua desde manantiales hasta las fuentes. A este respecto hay que anotar que muy probablemente la palabra canalizar sea una evolución latinizada de «qnat», un término antiquísimo que terminó en el latín como «canna» (forma de caña), en definitiva, encañar, canalizar.

La canalización o encañamiento es la forma de hacer llegar el agua desde donde surge de forma natural o donde se capta artifi-

cialmente hasta las fuentes en el interior de las poblaciones.

ALAEJOS

Como a kilómetro y medio del casco urbano, tiene el pueblo una fuente, el Caño, que se surte mediante un interesantísimo sistema de conducción que se conoce como las Arcas. Esta conducción, de unos 500 metros, parte de la llamada Arca Madre que inicia una canalización subterránea compuesta de otras cinco arcas más pequeñas hasta llegar al Caño, un tanto por debajo del nivel de las tierras circundantes. La conducción discurre por un paraje que se caracteriza por la existencia de abundante agua freática, y en concreto, junto al arroyo de la Reguera.



Alaejos, Arca Madre en primer plano, y resto de las arcas, de menor tamaño, que conducen el agua hacia una fuente



Fuente de Alaejos abastecida por la conducción. Cuando se tomó la foto aún estaba sin terminar su rehabilitación

La época de construcción, atribuida al siglo XVIII, está realizada en ladrillo. Su agua se considera de muy buena condición para ablandar la legumbre. Y noticias hay de que en los últimos años que todavía prestó servicio, una señora cuidaba de la conducción y el Caño, a cambio de lo cual cobraba una peseta por cada cántaro que se llenaba.

En 2010 se hizo una profunda obra de recuperación y limpieza, al punto de rescatar el conjunto del muro, y los caños de la fuente que estaban totalmente cubiertos por la tierra.

CASTRILLO TEJERIEGO

Hace algo más de 100 años se decidió traer el agua al pueblo desde Carrapiña, en lo alto del páramo, lugar donde se lavaba y se tomaba el agua para las legumbres. Para ello se construyó una conducción de unos 700 metros que comienza en el páramo. La conducción se hizo como una mina, incluso se tendieron carriles para transportar las vagonetas, y conserva en su interior pequeñas sisas hechas en la pared donde se refugiaban los trabajadores cuando tenían que pasar las vagonetas cargadas de tierra o materiales. La mina va enfoscada por

completo en sus primeros 50 metros y luego va en tierra. Tiene una altura de 180 centímetros y una anchura de 100 centímetros. En su embocadura se pusieron tres caños y un lavadero, y desde este lugar llega la conducción hasta el pueblo por gravedad. Desde que se hizo la nueva traída de aguas ya no se usa para el consumo humano. En el lugar de la bocamina se acondicionó una zona de recreo.

Mas, de Castrillo tenemos que relatar también que en 1885 el ayuntamiento acordó la construcción de una fuente, abrevadero y conducción de agua siguiendo el proyecto que se había redactado en 1877. La cañería debía ser de hierro. La fuente sustituía a otra anterior, con conducción de teja y en estado muy inservible. La construcción de la fuente era perentoria «para evitar males infinitos» a los habitantes, pues en la antigua conducción «se han extraído infinidad de huesos de caballería y de otros animales y diferentes otras materias asquerosas» que estaban provocando el malestar entre la población. La captación se hizo a unos 128 metros de la fuente.

Un par de décadas más tarde fue cuando se construyó el llamado «túnel de Carrapiña».



Túnel de la captación de Castrillo Tejeriego



Fuente y abrevadero de Castrillo Tejeriego en la plaza Vieja

CASTRONUEVO DE ESGUEVA

Es notable la fuente Techa, que ya en el siglo XIX cubría gran parte de las necesidades de agua del pueblo. La fuente, bastante alejada del municipio, se canalizó hasta el casco urbano en 1917 para abastecer una fuente en la

plaza, junto a la iglesia. Para ello fue necesario la construcción de una conducción bajo tierra y un largo túnel de unos 600 metros que salva un monte. La primera conducción se hizo con cañería de barro, que ha ido sustituyéndose por materiales más modernos.



Boca del túnel de 600 metros por el que va la canalización de agua de 1917 para abastecer la fuente Techa de Castronuevo de Esgueva



Interior del túnel de la conducción de Castronuevo de Esgueva. Al fondo se ve la luz de final del túnel

CUENCA DE CAMPOS

Cuenca de Campos tiene una conducción de grandísimo interés arquitectónico. No está fechada con certeza, pero es muy probable que se trate de una obra de la Edad Moderna. Es razonable pensar que se fuera haciendo en diferentes épocas y que la más antigua, y posible origen de la conducción, se deba a la iniciativa y financiación del convento de San Bernardino para abastecerse, pues en la conducción hasta el casco urbano se aprecia claramente una ramificación que apunta hacia el citado convento. En general, la galería se ha construido en forma

de arco de medio punto utilizando el ladrillo como material.

Tiene unos 580 metros de longitud y buena parte transitable a pie. Alimenta una fuente (los Caños) en la plaza del pueblo. Y se abastece de aguas que se recogen en el pago de las Solanas, al noroeste de la villa. La cañería cuenta con 16 registros y está hecha de ladrillo hasta adentrarse en la localidad, pues luego se continúa por una tubería de piedra, y a continuación, por otro de barro hasta los Caños. Esto fue así hasta que las necesidades de reparación aconsejaron sustituir el tramo más urbano por una moderna tubería de cemento.



Túnel de la conducción de Cuenca de Campos. En la imagen se aprecia a Faustino González Miguel, que fue alcalde de la localidad, ya fallecido



Uno de los registros de la conducción de 580 metros de Cuenca de Campos



Los Caños, fuente histórica de Cuenca de Campos

A lo largo de la conducción hay varios registros y pozos perfectamente accesibles. De entre ellos se puede destacar el llamado pozo Airón, de gran belleza constructiva y sobre cuyo enigmático nombre nos detendremos unos capítulos más adelante. Tiene el pozo unos 8 metros de profundidad hasta la lámina de agua, y luego otros tantos de agua. De este pozo cabe destacar los arcos de la bóveda y su fondo, una canaleta de piedra cóncava.

MEDINA DE RIOSECO

Rioseco tiene un formidable y complejo hidráulico que se fue construyendo en función de las necesidades. Canalizaciones construidas en piedra y que tiene sus dos principales puntos de inicio en la fuente de la Samaritana y en la

cuesta de los Coruñeses, que va en paralelo a la Cañada.

La conducción tiene numerosos registros y aljibes: 17 se han localizado en la cuesta de los Coruñeses, 4 en la conducción de la Samaritana, todos ellos al lado derecho de la carretera (en dirección Valladolid-Medina de Rioseco). Y al lado izquierdo otros 4 aljibes en el pago de las Posadas¹.

¹ El número de registros y aljibes que aquí indicamos es producto del trabajo de localización que a requerimiento del autor ha realizado el topógrafo Antonio Torroglosa con la ayuda del buen conocedor del terreno Eduardo Sebastián Marinas. El trabajo no pretende ser exhaustivo y cabe la posibilidad de que pueda haber variaciones por registros no localizados en la inspección realizada sobre el terreno.



Fuente de la Samaritana en Valdescopezo, que une sus aguas de las del valle de los Coruñeses para abastecer una histórica conducción de Medina de Rioseco



Cisterna del valle de los Coruñeses que capta agua para la conducción de Medina de Rioseco. Señalada en el plano con el número 43 (en el lado derecho de la carretera N 601)



Arca primera de la conducción de la Samaritana y Coruñeses situada en el pago de las Posadas en dirección a Medina de Rioseco, al lado izquierdo de la carretera. En el plano está señalada con el número 45. En la foto, Antonio Torroglosa



Segunda arca, número 46



Arca tercera, número 47



Cuarta arca, número 48



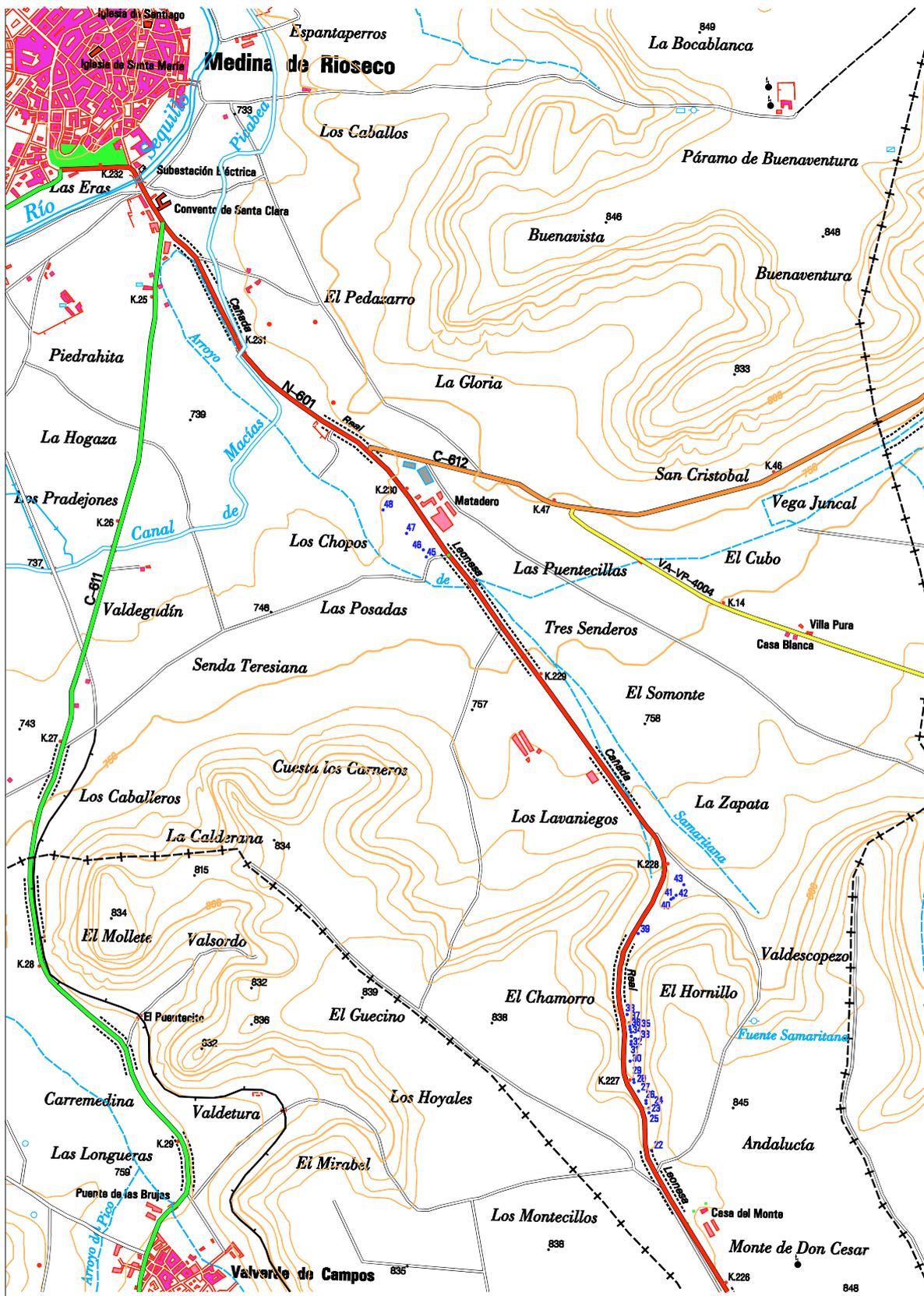
Detalle de uno de los numerosos registros a lo largo de toda la conducción. En el plano están señalados en azul en el lado derecho de la N 601



Otro de los registros. En la imagen, Eduardo Sebastián, buen conocedor de la conducción



Panorámica de las arcas del pago de las Posadas. Al fondo, Medina de Rioseco



Plano con indicación de los registros y arcas localizados. Están numerados en color azul

La fuente de la Samaritana, en el valle del Valdescopez, fue utilizada por los monjes franciscanos del Convento de Nuestra Señora de la Esperanza de Valdescopez, en la falda de Monte Torozos, y distante media legua de la ciudad riosecana. Los monjes se establecieron en este lugar a partir de 1429. La Samaritana tiene una larga galería y sus aguas seguramente servirían para regar la huerta del monasterio que tenía «buenos y abundantes frutales», tal como describe Ponz en su *Viaje de España*.

Las aguas de la Samaritana terminaron uniéndose a las de la conducción de Coruñeses, que se trata de una excepcional atajea de la primera mitad del siglo XVI, en piedra, de unos 30x30 centímetros, con numerosos registros y al menos 3 cisternas.

La conducción está asociada a la construcción del monasterio de Santa Clara. En 1517 se fijan las condiciones con que se ha de hacer el Monasterio y en 1525 se data la carta de cesión que hace Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, de huertas para ensanchar el monasterio.

Más tarde, la traída de Coruñeses sirvió para abastecer a la población: el abastecimiento de la primera fuente de Rioseco se nutrió de diversas captaciones y conducciones: la de la fuente de la Samaritana, la de Coruñeses y la del arroyo de Vega Juncal. Este último unía sus aguas en una pequeña alberca sita muy próxima al caño del Príncipe (que luego se desmontaría e instalaría en la calzada de San Miguel). Esta alberca, cuyos restos aún son visibles, está a la altura del registro número 23, en las Puentecillas (o Fuentecillas, como también se las cita en algún caso), justo antes de atravesar la carretera hacia las últimas arcas, ya muy próximas al municipio.

La conducción de Coruñeses estuvo en uso hasta el siglo XX.

Relata la leyenda, ya contada, de que a la fuente de la Samaritana venía la que años después sería reina de Castilla, Isabel la Católica, a beber de sus aguas en la época que, recién casada, vivió en Rioseco.



Fuente y abrevadero junto a la puerta de San Sebastián, en Medina de Rioseco

Tanto en el casco urbano, como en los caminos exteriores, Medina de Rioseco tiene varias fuentes de gran interés histórico y arquitectónico, como la de la puerta de San Sebastián, la del Corro del Asado, en cuyo frontispicio se

anota la fecha de 1860, la de la ermita de Castilviejo o la fuentecilla del Carmen. Estas fuentes y algunas más están protegidas por el Plan General de Ordenación Urbana.



La fuentecilla del Carmen, fechada en 1852, en el carretera hacia la ermita de Castilviejo (Medina de Rioseco)



Artística fuente en el Corro del Asado, en Rioseco. Al fondo un antiguo almacén de grano y luego hospicio

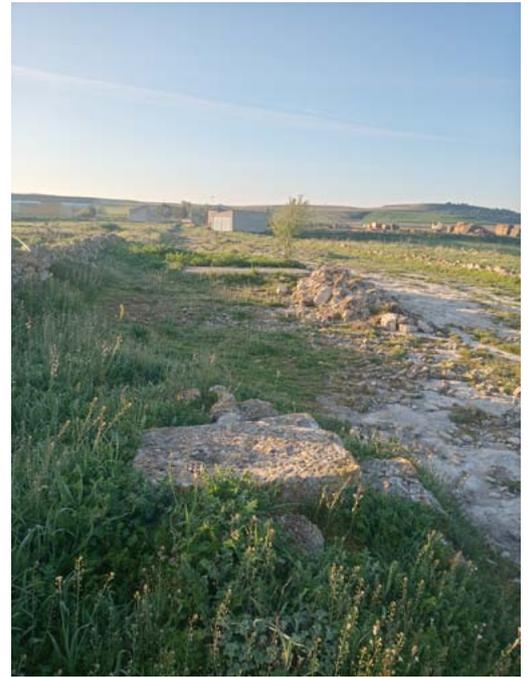
MONTEALEGRE DE CAMPOS

Tiene este municipio enclavado al borde de los Montes de Torozos una potente conducción subterránea apenas estudiada. El testimonio de un anciano del municipio habla de una sección que permitiría recorrerla a pie unos cuantos

metros. Sus registros, perfectamente visibles, respuntean el exterior de la conducción hasta la fuente por donde brota, junto a la vieja alberca. Las características de la obra, apenas visitable pues el agua en muchos tramos cubre por completo la sección, hace pensar en un origen romano.



Fuente al fondo y alberca de Montealegre de Campos



Uno de los registros de la conducción encañada hacia la fuente de Montealegre de Campos

NAVA DEL REY

Tiene la ciudad de Nava del Rey (además de Nava, ostentan el título de ciudad Medina de Rioseco y Valladolid), dos interesantes fuentes en su término: las llamadas fuente María y fuente Pascua. Ambas cuentan con gran aprecio popular, incluidas las gentes de otros municipios del entorno, pues se encuentran en el campo e históricamente han sido muy útiles como abrevaderos para todo tipo de animales, amén del uso por las personas para llevar agua a casa.

La fuente María, que en realidad es una especie de aljibe, se alimenta por unas conducciones que se hacen visibles en cuatro troneras que arrancan de una de sus paredes.

La fuente Pascua llena su alberca mediante dos conducciones laterales de cierta longitud.

Se trata, en definitiva, de sendas construcciones de gran interés constructivo pero que es completamente imposible apreciarlo desde el exterior².

² A requerimiento del autor, y con la imprescindible colaboración del Ayuntamiento de Nava de Rey, la exploración y captación de imágenes la han llevado a cabo Julio García Añíbarro y Ángel Luis Muñoz Prieto, dos expertos espeleólogos de Castilla y León, que contaron con Manuel Merino para hacer el levantamiento planimétrico. Son los autores de las fotos de ambas fuentes, a excepción la vista general y de detalle de la fuente María.



Fuente María, en Nava del Rey



Detalle de lo angosto de la chimenea de acceso al aljibe. En la imagen, el espeleólogo Julio García



Aljibe de la fuente María. A los lados se observan troneras para captar el agua freática



Exterior de la fuente Pascua, en Nava del Rey



Los espeleólogos Julio García y Ángel Luis Muñoz accediendo al interior de fuente Pascua



Galería derecha de fuente Pascua, a la que hay que acceder prácticamente reptando



Galería izquierda de fuente Pascua

OLMEDO

La villa de Olmedo tiene una de las fuentes más monumentales de la provincia, el Caño Nuevo, de la que se habla con más detalle en el próximo capítulo.

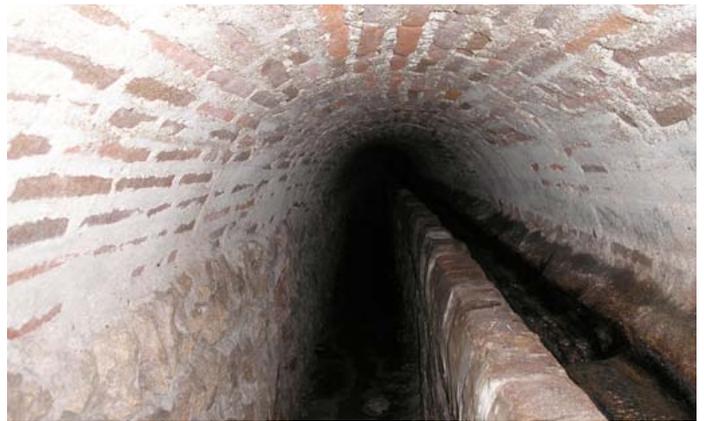
La potente conducción de agua que alimenta los caños viene desde la cuesta de Aguasal (en la carretera de Pedrajas de San Esteban), como a 2,5 kilómetros de distancia. Está hecha mediante excavación y se utiliza la piedra y el

ladrillo donde es necesario consolidarla y es transitable en sus primeros 200 metros, más o menos.

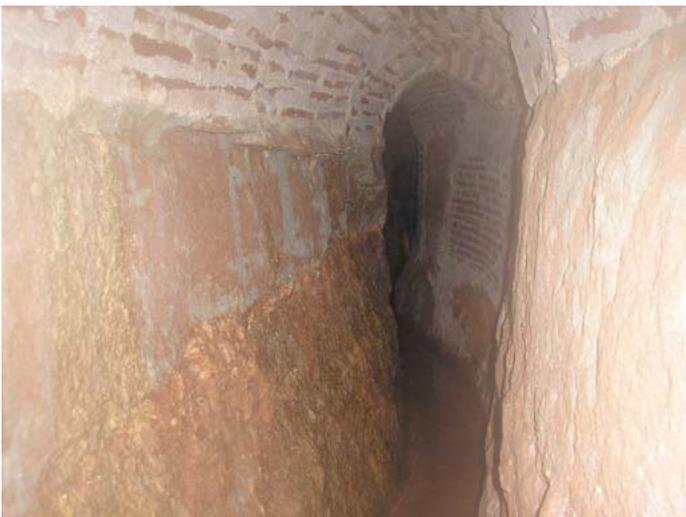
En el interior del túnel se puede leer: «Se reformó esta cañería en el mes de enero de 1880. Por Francisco Hernández ... (hay una línea borrada) Maestro y Zacarías Bermejo ... (otro tramo borrado) y Ramón Galindo, obreros. Siendo Alcalde D. Balbino Martín»



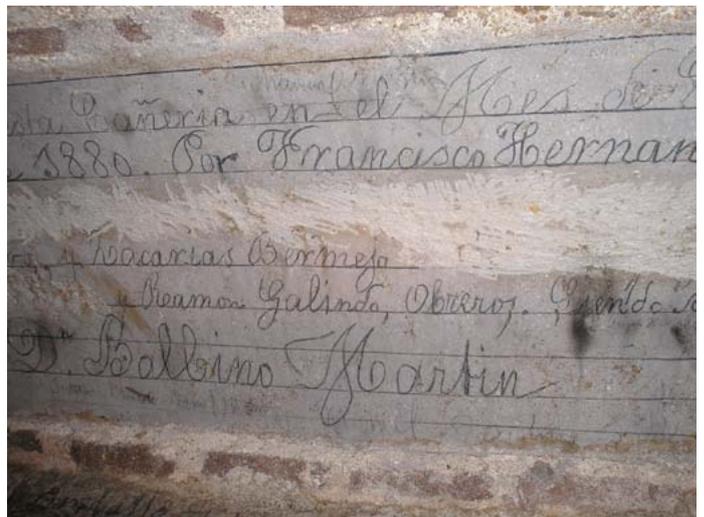
Caño Nuevo, Olmedo. Da agua a un abrevadero y a un lavadero cubierto que se ve en el fondo



Interior de la conducción de agua para la fuente del Caño Nuevo, Olmedo



Detalle de la conducción



Grabado en el interior de la conducción de Olmedo

TORRELOBATÓN

Tiene el municipio una alberca y fuente interesantes: la Alberca Vieja o Fuente Vieja, que fue el lavadero del pueblo. Hay otra fuentecilla más al interior del municipio que llaman la Fuente Nueva.



Arca Madre de donde parte la conducción de agua hasta el pueblo de Torrelobatón, cuyo castillo se ve al fondo. En la imagen, Alejandro Hernández, buen conocedor del municipio



Torrelobatón. Fuente Vieja, con lavadero

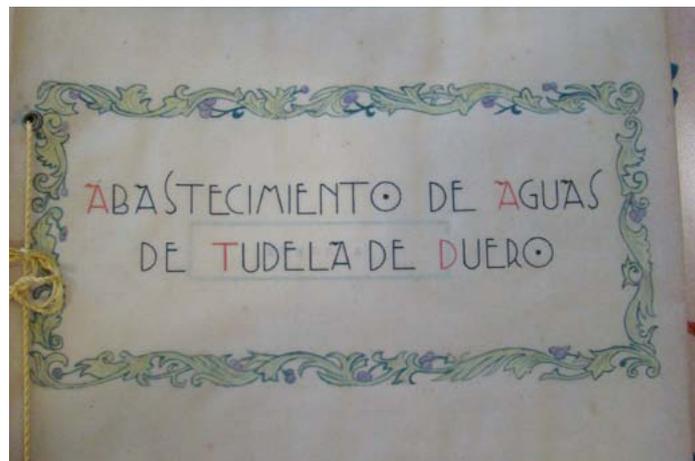
TUDELA DE DUERO

En 1927, el Ayuntamiento, previo estudio de la calidad de las aguas que había en la fuente del Caño sita en la bifurcación de las carreteras a Soria, Montemayor y Mojados, pasado, por tanto, el puente sobre el río, aprobó la construcción de una conducción de agua hasta la plaza Mayor, distante unos 450 metros desde

el lugar de la captación. La conducción se hizo mediante tubería de hierro fundido y sirvió para dar agua «... a su grupo escolar recientemente construido, evitando con ello las molestias que aquella distancia proporciona al vecindario, sobre todo en los días de riguroso invierno y de excesiva canícula (...) teniendo en cuenta las ventajas que la traída de aquellas aguas puede en su día resultar para proyectos ulteriores...».



Cuadro del Francisco Herarte, reproduciendo la fuente del Caño, desde donde se hizo la captación al interior de Tudela de Duero



Legajo del Archivo Municipal de Tudela de Duero sobre la captación y conducción de aguas al interior de la población

En el punto de la captación, nutrido de aguas freáticas, existía ya un pilón abrevadero y un lavadero descubierto. Ver foto de la página 10.

VALLADOLID

La compleja técnica de encañamiento tiene en la ciudad uno de los mejores ejemplos: la traída de las aguas de Argales, una conducción que ha conocido varias etapas, desde que

captaran sus aguas los monjes de San Benito en el siglo xv hasta que en 1618 ya corrieran las aguas en la fuente Dorada. La última y definitiva conducción, conocida como el viaje de Argales o Arcas Reales, proyectada en el siglo xvi y en la que el arquitecto Juan de Herrera tuvo un papel decisivo, se considera una de las más importantes obras de ingeniería civil del Renacimiento español. Hay que citar también a los arquitectos Juan de Nates y Diego de Praves.



Arca Real o Arca Madre de la conducción de las aguas de Argales hasta el interior de Valladolid



Una de las arcas de la conducción de Argales



Interior de una de las arcas de Argales

La captación de aguas dista cerca de 6 kilómetros del casco urbano y llega por gravedad con solo 9 metros de desnivel, lo que da idea de la enorme destreza y cálculo que hubo que hacer para aprovechar todas las curvas de nivel para que el agua nunca deje de correr.

La primera fuente que tuvo la ciudad encañada se levantó junto a la Puerta del Campo y sabemos que en 1497 ya estaba funcionando.

También dispuso Valladolid de otro encañado notable cual fue el que trajo las aguas desde la fuente el Sol hasta la actual plaza de San Bartolomé. Estamos hablando de principios del siglo XVII, cuando la corte aún estaba en la ciudad.

VILLALBA DE LOS ALCORES

El antiguo Monasterio de Matallana contó con una magnífica conducción que alimenta la fuente de la Taza, en el interior del viejo recinto monástico.

La fuente se construyó en el siglo XV, posiblemente para sustituir a otra anterior. La pila

se adornó con una estatua y una taza de bronce, de ahí el nombre por el que se conoce a la fuente. Se trata de un amplio pilón octogonal fabricado en piedra.

Un siglo después se reformó la conducción, que está compuesta de cuatro arcas de piedra en el campo y una más ya junto a la fuente. Las aguas se recogen como a unos 200 metros de distancia, en la ladera de Torozos.

Para asegurar la circulación del agua desde el manantial hasta la fuente, en el interior de las arcas se construyó un sistema de vasos comunicantes que aseguraran, mediante presión, que el líquido elemento llegue a su destino, con la particularidad, además, de tener que salvar en el último tramo el desnivel del terreno hacia arriba.

Y ya que estamos en Villalba dejamos indicada la fuente que hay a la salida del pueblo junto al pozo, que tiene la fecha de 1871.



Fuente de la Taza, en el interior del monasterio de Matallana, Villalba de los Alcores



Una de las cuatro arcas que traían el agua hasta Matallana desde un manantial sito a 200 metros de distancia

VILLAGARCÍA DE CAMPOS

Canalizó aguas hasta el interior de la villa desde el lejano manantial de Cañicorrales, que surge en la ladera de los Montes Torozos (a más de 2 kilómetros del pueblo). El encañado, según se acerca al caserío adopta la forma de «Y» griega, configurando una longitud total de más de 2.700 metros.

Parte de esta canalización discurre en paralelo a la llamada Senda del Aguador, lo que nos indica que el manantial de Cañicorrales se usaba para abastecerse el pueblo. Dispone de

cinco arcas (que se hayan descubierto) y abasteció la Colegiata de los jesuitas, en cuyo interior discurre por un acueducto de 280 metros; ya en las proximidades e interior de Villagarcía parece que hay evidencias de que suministró agua a tres fuentes, de la que se conserva la de San Boal.

Otras fuentes con interesantes conducciones veremos más adelante, como la Hontana de Montemayor de Pililla, o Villavaquerín que trataremos en el capítulo de las Fuentes de la Higiene.



Fuente de Cañicorrales, en Villagarcía de Campos, antes de su rehabilitación, que da lugar a un somero arroyo



Cañicorrales ya restaurada



Interior de la fuente de Cañicorrales



Acueducto en el interior de la Colegiata de Villagarcía de Campos para abastecimiento del convento de los jesuitas

FUENTES DE LA ILUSTRACIÓN

Carlos III prestó especial atención al ornato urbano y para ello dictó la Real Orden de 23 de octubre de 1777, que introdujo el criterio del buen gusto en la ejecución de las obras públicas (de ahí la traza más cuidada o monumental de las fuentes que a partir de entonces se fueron levantando en los municipios). Aquella Real Orden indicaba lo siguiente:

Para evitar se malgasten caudales en obras públicas, que debiendo servir de ornato y de modelo, existen solo como monumentos de deformidad, de ignorancia y de mal gusto; el Consejo prevenga a todos los Magistrados y Ayuntamientos de los pueblos del Reyno, que siempre que se proyecte alguna obra pública, consulten a la Academia de San Fernando, haciendo entrega al Secretario de ella con la conveniente explicación por escrito los dibuxos de los planes alzados, y cortes de las fábricas que se ideen, para que examinados atenta, breve y gratuitamente por los profesores de Arquitectura, advierta la misma Academia el mérito o errores que contengan los diseños, e indiquen el medio más proporcional para el acierto.

A partir de aquella norma, en el siglo XVIII y XIX se comenzaron a levantar en Valladolid un buen puñado de fuentes con más cuidada estética que hasta el momento.

ALCAZARÉN: LA ORDEN DEL INTENDENTE DE VALLADOLID

Junto a la iglesia de San Pedro, en Alcazarén, existe una vieja fuente, con la siguiente inscripción: «REINANDO CARLOS III. AÑO DE 1795. A COSTA DE LOS PROPIOS.»

Esta fuente antes estaba más al centro de la plaza y alimentaba un largo abrevadero... Los lavaderos estaban a las afueras del pueblo, hacia el norte, pero desaparecieron a principios del siglo XX.

La fuente se desmontó en los años 70, el abrevadero desapareció, y el frontispicio con sus caños se adosaron a la pared de la iglesia.

¿Por qué la inscripción que en este o parecidos términos nos habremos de encontrar en otras fuentes? Ya sabemos que las obras públicas debían someterse al visado de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero a esta obligación hay que añadir otra, y el caso concreto de Alcazarén nos dará la explicación para todas las demás fuentes.

Corría el 24 de agosto de 1778. En la villa de Alcazarén suena la campana en la forma acostumbrada para avisar al Concejo que debe reunirse en la sala capitular de las casas consistoriales. Entre otros asuntos tratados, se comunica «... a esta villa, por el Señor Intendente de la Ciudad de Valladolid de veintisiete de julio próximo pasado sobre que, en las obras de puentes, y otras obras públicas que desde ahora en adelante, se construyan de nueva planta



Fuente de Alcazarén, construida en 1795



Detalle de la fuente de Alcazarén

se ponga el (sic) pirámide o lápida con inscripción que señale el año y el reinado, en que se construyan con todo lo demás que previene, que se ha leído a la letra...».

En efecto, aquella orden del Intendente de Valladolid no hacía sino trasladar una Real resolución que mediante circular fechada en 21 de mayo de 1778 fue dada a Justicias, Ayuntamientos, y Juntas de Propios y Abastos. En la circular se prevenía que en todos los puentes y demás obras públicas que se construyan de nueva planta se ponga una pirámide con expresión del año y reinado, y de hacerse a costa pública, para evitar la imposición de gravámenes en ellas por los particulares o pueblos, añadiendo el nombre del Monarca, año de su reinado, y la expresión de los caudales con que se costearan, y explicando determinadamente, si se han hecho a costa de los Propios y Arbitrios del pueblo, del territorio o por repartimiento entre los demás de la circunferencia de cuatro, seis, diez o más leguas.

Y no era baladí la importancia de señalar la prohibición de cobrar por tomar agua de aquellas fuentes, pues estamos en una época en la que con frecuencia existían derechos por parte

de particulares e instituciones para obtener rentas por este servicio. Cito a modo de ejemplo cómo en Castrobembibre, aún a principios del siglo XIX tenía que pagar una renta anual a la Colegiata de Toro para poder sacar agua de un pozo con el que se surtía la población.

EL CAÑO NUEVO DE OLMEDO: FUENTE MONUMENTAL

El Caño Nuevo de la villa de Olmedo es, seguramente, la fuente más monumental e ilustrada de toda la provincia de Valladolid. Su alzado es equiparable a la fachada de un pequeño edificio palaciego o una iglesia.

En su frontispicio se inscribió el siguiente texto: «REINANDO CARLOS III SE HIZO ESTA OBRA POR EL SR D GABRIEL SALIDO ALCALDE DEL CRIMEN HONORARIO DE LA REAL CHANCILLERÍA DE VALLADOLID. CORREGIDOR DE ESTA VILLA. AÑO 1782».

Los tres caños además de su utilidad para el consumo de boca, alimentan un abrevadero y un lavadero cubierto aún en uso, que se levantó en 1927.



Detalle de la monumental fuente del Caño Nuevo, de Olmedo



Fuente de la Castellana, Olmedo



Fuente la Pioja, a las afueras de Olmedo, antes estaba instalada unos 50 mts. más hacia el casco urbano y tenía lavadero cubierto y abrevadero. Junto a la fuente Antonio Sastre, que fue concejal de Urbanismo

De la conducción de agua hasta el caño Nuevo ya se ha escrito en el capítulo de «Fuentes encañadas. Captaciones y conducciones».

Hay en la villa otras dos fuentes de cierto interés histórico y arquitectónico. Se trata de la fuente de la Castellana (sita en el borde de la carretera a Valladolid, en la entrada del balneario), al parecer construida en piedra en el siglo XVIII.

Y la llamada fuente Pioja, ahora desplazada unos 50 metros de su emplazamiento original, testimonia en su caño una fecha de 1884 (probablemente una reforma) y tuvo un lavadero cubierto que se construyó en 1931. Ambas cuentan con protección urbanística, según el Plan General de Ordenación Urbana de Olmedo, por lo que debe conservar su fábrica y aparejos.



Pozaldez, fuente construida en 1790

POZALDEZ: AÑO 1790

En la calle Ambrosio Rico, hay una fuente llamada del Caño. Compuesta por un muro de sillería con frontón triangular rematado con tres bolas. Tiene una inscripción que dice: «REYNANDO L.C.M. DE CARLOS III SE HIZO ESTA FVENTE A EXPENSAS DE LOS PROPIOS DE ESTA VILLA DE POLZALDEZ AÑO DE 1790».

Es probable que esta fuente se hiciera sobre otra que en el mismo lugar hubiera hacia el siglo xvi. En la parte trasera del muro está el aljibe, bastante destruido ya.

Hasta la segunda mitad del siglo xx aún servía para lavar ropa por parte de los jornaleros que venían de otras poblaciones a la vendimia.

SAN PELAYO: DE FERNANDO VII

La fecha de construcción de la fuente de San Pelayo data del siglo xix, pero no hay duda de que su labra obedece al impulso de las obras de la Ilustración. Situada en la falda del Pedrón, en el frontón de la fuente se puede leer: DE AÑO 1825 VIVA EL REI D. FERNANDO VII SIENDO ALCALDES LOS SEÑORES CAIETANO I BITOR ALONSO I PROP. ANTONIº G R.»

Es uno de los cuerpos de fábrica más interesantes que evoca las construcciones nobles más artísticas y cultas propias de monumentos, por lo que parece que la obra fue ejecutada por algún albañil aventajado o maestro de obras (alárfite es la palabra que mejor lo definiría).

La fuente, de tres caños, surte un lavadero y un abrevadero construidos uno a cada lado de la misma.



San Pelayo, de los tiempos de Fernando VII

SANTOVENIA DE PISUERGA: LA FUENTONA

La fecha del frontispicio de la Fuentona de Santovenia de Pisuerga está algo borrosa, pero Jonás Castro Toledo, ya fallecido, que fue párroco de la localidad y buen conocedor de la historia de Santovenia, dejó escrito que en la fecha que preside la Fuentona reza «1808».

En realidad el nombre más usado en los documentos antiguos para describir la fuente (o más bien el paraje) es el de Aguachal. Es muy

probable que antes de la fábrica de la fuente actual ya existiera otra, pues está ubicada en la parte baja del pueblo, una zona de abundantes manaderos y aguas freáticas.

De esta fuente se cogía agua para las casas. De hecho, en alguna ocasión se han tomado sus abundantes y permanentes aguas para abastecer el municipio. Y a ella también se venía a lavar. Tras una completa restauración llevada a cabo en 2006, se ha rescatado el fondo empedrado original, que estaba tapado por el fango.



La Fuentona, de Santovenia de Pisuerga



La Fuentona hacia 1965. Fotografía de la colección de Jonás Castro Toledo

TAMARIZ DE CAMPOS: LA COSTEÓ EL TRIGO

Hay en Tamariz de Campos una fuente de construcción típicamente popular. Su estructura es muy interesante y está ilustrada con un rótulo grabado en el dintel de la puertecilla que indica lo siguiente: RAS (el resto ilegible) A EXPENSAS DEL REAL POSITO REINANDO CARLOS III AÑO DE 1787. El pósito era la institución que había en casi todas las localidades y que en las paneras almacenaba trigo y cereal en general para venderlo a bajo interés en los años de malas cosechas.



Tamariz de Campos, sencilla fuente construida en 1787

WAMBA, UNA VIEJA FUENTE

Hay en Wamba una fuente conocida como Honcalada. Ahora en su frontispicio luce la fecha de 1774. Pero es muy probable que sea el resultado de una profunda reforma que se hiciera en aquella fecha, pues su nombre y ubicación llevan a pensar en una más antigua construcción. De Wamba ya hay noticias en el año 938. Se sabe que de antiguo este valle del río Hontanija era apreciado por sus salutíferas aguas.

Además el municipio estuvo bajo el dominio de los reyes astur-leoneses. Llama la atención que en tiempos del rey leones Alfonso III (siglo IX) haya en Oviedo una fuente llamada Foncalada.

También es muy probable que la fuente Honcalada se construyera a partir de la presencia de la orden de San Juan de Jerusalén, que desde 1140 y por donación de doña Sancha, fueron los señores la localidad.



Fuente de la Honcalada, de Wamba, a cuyo caño se accede bajando varios escalones



Detalle del frontispicio de la fuente Honcalada



Fuente Vieja, con abrevadero, de Wamba. Construida hacia 1885

Tiene Wamba otra fuente interesante en el interior del municipio: la llamada fuente Vieja, con un abrevadero anexo. En su frontispicio se lee la fecha de 1885.

Hay en la provincia otras fuentes de cuidada labra que bien pueden considerarse como «hijas» de la Ilustración. Se trata de municipios como Mojados, Matilla de los Caños, Velliza, Villabáñez, etcétera.



Fuente del Caño, junto al puente viejo de Mojados, de 1855. En la imagen, Chuchi Martínez



Impresionante fuente en Matilla de los Caños. Antaño había unos lavaderos unos metros más abajo de la fuente. En la foto, Teófilo Sancho

LAS FUENTES DE LA HIGIENE

El siglo XIX, y más exactamente su segunda mitad, conoció una proliferación de nuevas fuentes en muchos municipios de Valladolid. Fuentes y caños de agradable construcción pero dispuestas más bien para ser funcionales y estar en buena disposición para el servicio a la población. Un estudio atento a esta expansión por toda la geografía vallisoletana de fuentes de vecindad hace pensar que no fue una mera casualidad, sino que viene dado por motivos concretos que seguidamente vamos a comentar.

Desde luego, no puede ignorarse que la sociedad era cada vez más consciente de las ventajas y necesidades de una higiene adecuada para asegurar la salubridad de las personas y superar hábitos antihigiénicos. Este es un proceso constante en las sociedades civilizadas. Pero no basta sólo con querer hacer una cosa, sino que son necesarios los medios.

Y estos vinieron de la mano de una buena coyuntura económica producida, entre otros factores, por las sucesivas desamortizaciones de Mendizábal (1836-1853) y de Madoz (1855-1868). En esos dos periodos, en Valladolid pasaron a manos privadas casi 110.000 hectáreas de suelo rústico que, hasta entonces, pertenecía al clero y a los bienes de propios de los municipios, lo que supuso la incorporación de monte y pastos a tierras cultivables. Aquello produjo un aumento de la extensión cultivada (aunque no siempre se traducía en una producción más intensa). Pero, de una forma u otra, las desamortizaciones contribuyeron a que aumentara la producción global en la provincia.

A aquella bonanza económica también ayudaron otros factores no menos importantes: la mejora y construcción de nuevas carreteras en la provincia; y la movilización de capitales que se concentraron en la construcción de tendidos ferroviarios: línea de Valladolid—Ariza, Ferrocarril Económico a Rioseco (el famoso tren burra) y, sobre todo, la línea Madrid—Irún. Aquello contribuyó a la dinamización de los sectores agrarios, industriales y financieros de la provincia.

Por otro lado, la exportación de los cereales castellanos, sobre todo a las colonias, convirtió a Valladolid en un gran centro exportador de granos y harinas a través del Canal de Castilla, lo que se tradujo en la consolidación de una pujante industria harinera: de «Reino de Ceres» lo califica el catedrático de Historia de la Universidad de Valladolid, Pedro Carasa Soto.

Además, la venta de tierras municipales supuso una inyección de dinero a las arcas públicas de los ayuntamientos.

La bonanza económica la aprovecharon muchos municipios para acometer obras públicas: escuelas, casas consistoriales, caminos, puentes, empedrado de calles, mataderos, cementerios, casas para los maestros, abrevaderos, traídas de aguas y fuentes. Ese fue el caso de Bahabón, Casasola de Arión, Curiel de Duero, Esguevillas de Esgueva, Montemayor de Pinilla, Tiedra, Villavaquerín, Zaratán, y otros.

En un repaso somero por la provincia se puede afirmar que unos 50 municipios (casi la cuarta parte de los existentes) acometieron

obras de nueva planta de casas consistoriales o importantes reformas de las que ya tuvieran.

Mas, en la proliferación de fuentes en Valladolid en aquella época influyó también la imperiosa necesidad de mejorar los hábitos higiénicos. La población, con cierta frecuencia padecía enfermedades relacionadas con la falta de higiene, como las fiebres tifoideas (en 1869 la provincia vallisoletana sufrió un terrible epidemia que produjo numerosos fallecidos). Y, sobre todo, las sucesivas oleadas del cólera morbo que invadieron Europa. En España, aunque era una enfermedad conocida desde el siglo XVII, cobró especial virulencia. De todas ellas hubo tres especialmente mortíferas, la de 1835, la de 1855 (esta oleada dejó tras de sí 236.000 muertos en toda España y 830.000 inválidos) y la de 1885. Parece que fue la de 1885 la que más afectó a Valladolid, pues alcanzó a toda la provincia. Unas u otras poblaciones lo sufrieron con distinta intensidad, pero al final las cifras arrojan un luctuoso balance de algo más de 7.500 afectados y, de ellos, 2.400 fallecidos.

El microbio del cólera, descubierto por Koch, tiene su vía de entrada en el organismo a través del agua que se ingiere en la bebida o en la comida, especialmente en un contexto de falta de higiene y de uso de aguas estancadas e infectadas por el microbio, por lo que para combatirlo es imprescindible disponer de aguas sanas.

En esas mismas fechas, el Ayuntamiento de Valladolid prohibió el uso de las aguas del Esgueva, muy infectadas. Igual hizo el Ayuntamiento de Medina del Campo en septiembre de 1885, que prohibió coger agua y lavar en las aguas del río para evitar la propagación del cólera. El Ayuntamiento de Nava del Rey, en febrero de 1886 advirtió a la población de la necesidad de «La más rigurosa higiene como preservativo eficaz para evitar el desarrollo de los gérmenes coléricos (por tanto, pidió) a todos los vecinos la más exquisita limpieza tanto en el interior de las casas como en las puertas de estas».

Desde luego, aquellas epidemias dejaron un horrible recuerdo en la memoria de la ciudadanía y fue argumento contundente como para que las autoridades consideraran la importancia del saneamiento, y acometieran obras de mejora en el abastecimiento de agua. Para ilustrar este asunto nada mejor que traer a colación el informe del arquitecto municipal de Valladolid Juan Agapito y Revilla, que recoge Fernando Rosell en el libro «Historia del saneamiento de Valladolid»:

Las ventajas que llevan las aguas de manantiales bien captadas, bien conducidas (...) son inmensas: no hay más que acordarse de las últimas epidemias, de la de 1885, que más se estudió en España, y consultar los datos que nos dieron las estadísticas: los

LA EPIDEMIA DE COLERA DE 1885 EN VALLADOLID Y PROVINCIA

INSTRUCCIONES

1885-86

COLERA MORBO ASIATICO

MARCO LAMARCA

JUNTA PROVINCIAL DE SANIDAD

VALLADOLID

A las Autoridades de la Junta Provincial de Sanidad
Medicina y Cirujía
en la publicación de unas Instrucciones oportunas.



Portada de un libro editado en 1993 sobre la terrible epidemia de cólera de 1885

Hallándose desgraciadamente atacadas del cólera-morbo algunas poblaciones de la Península, y siendo uno de los preservativos mas seguros para libertarse de él las demas, conservar la mayor limpieza en los pueblos y casas particulares, y remover y separar de ellas todo objeto que pueda malignar la atmósfera, la Junta de Sanidad de esta Capital ha creído de su deber, no solo excitar el zelo de todas las Autoridades y vecinos particulares para que las primeras se dediquen con preferencia á cuidar de tan interesante asunto, y los segundos cuiden del mayor aseo y limpieza en sus casas respectivas, sino adoptar las precauciones siguientes, que se observarán y llevarán á efecto sin tergiversacion ni disimulo alguno.

1.ª Se hará una escrupulosa visita domiciliaria de todas las casas y habitaciones de esta Ciudad por los facultativos y personas calificadas que nombrará al efecto la Junta Parroquial de Sanidad, quienes con arreglo á sus instrucciones dictarán las medidas que exija cada local para evitar la infección, limpiando los corrales y poniendo corrientes los arbañales y vertederos, lo que se efectuará por los dueños ó inquilinos respectivos en el término que se les señale, y bajo la multa que por los

Encabezamiento de uno de los diversos bandos que dictó el Ayuntamiento de Valladolid a lo largo del siglo XIX

pueblos mejor librados, los que apenas sintieron los efectos desastrosos de la epidemia, fueron los que usaron agua de manantial exclusivamente en el servicio personal...

En definitiva, es muy probable que la coincidencia de la bonanza económica y la necesidad de disponer de agua sana y potable proveniente de manaderos fiables, empujara a los responsables municipales y a la Diputación a levantar fuentes en el interior de las poblaciones a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

Si bien la mayor parte de las fuentes del siglo XIX a las que hacemos referencia están en los cascos urbanos, no es menos cierto que fueron muchas las fuentes que en aquel siglo se levantaron en el campo, acaso haciendo más firme la explicación de que la Desamortización dio lugar a una intensa actividad agrícola necesitada de una infraestructura imprescindible: agua para las personas, las caballerizas y los rebaños. También se cavaron pozos. Y ese agua para beber personas o animales se consiguió abriendo fuentes en numerosos lugares del campo.

Hemos recogido unos cuantos ejemplos de aquellas utilísimas y necesarias fuentes de la segunda mitad del siglo XIX, no sin advertir que algunas ya no existen. Una característica muy extendida fue el que muchas de las fuentes se construyeron incorporando una piedra cantarrera, es decir un punto donde posar el cántaro con comodidad y hacer más fácil su manejo, so-

bre todo una vez lleno que suponía manipular una carga por encima de los 12 kilogramos.

BAHABÓN

La Plaza de la Fuente ya anuncia que en ella se levanta una construcción que, como muchas, muestra sendas piedras para asentar los cántaros, y tiene grabado en su frontispicio: «AYUNTAMIENTO DE BAHABON 1885».



Fuente de Bahabón, construida en 1885

Más, aprovechando que estamos en Bahabón diremos que hay otra fuente, la Fuente Grande, junto al arroyo Valcorba, muy antigua y que se representa en el escudo del municipi-

pio. Una teoría sobre el origen etimológico del nombre Bahabón, viene explicada por Bahr (en árabe río, agua, zona húmeda) y Bon (en latín, bueno).



Fuente Grande, a las afueras de Bahabón

CASTRILLO DE DUERO

«Fuente Vieja», en la calle El Atajo, o Cuatro Cantones o Cuatro Calles, cerca del ayunta-

miento. Su fecha es de 1844 y su aspecto actual no refleja que antes tenía un amplio pilón, que posteriormente se redujo a una pila octogonal hacia los años 70 del siglo xx.



Fuente Vieja, de Castrillo de Duero. Imagen de Ydelpico (Wikipedia)



Fuente de Santa Marta en Castrillo de Duero. La fuente de Santa María es prácticamente igual a esta. En la imagen, Mariano González

De Castrillo traemos a colación dos fuentes abovedadas muy interesantes: la de Santa Marta y la de Santa María, que en el municipio las describen como romanas. Las fuentes atribuidas romanas (incluso se llega a señalar como posible fecha el siglo III), se utilizaban para abastecimiento, aunque desde que construyó la fuente Vieja estas quedaron, sobre todo, para beber los machos.

CORRALES DE DUERO

La fuente que luce Corrales de Duero junto a la iglesia, está coronada con los símbolos de Castilla y León, y la podemos datar en torno a 1880. El emplazamiento original de esta fuente estaba en la pobeda (chopera), sita en la parte baja del pueblo, donde el agua brotaba de forma natural a sus pies.



Fuente de Corrales de Duero junto a la iglesia



Emplazamiento original de la fuente de Corrales de Duero, en la pobeda. En la foto, Pablo Anta

ESGUEVILLAS DE ESGUEVA

La fuente tiene la fecha de 1888 grabada sobre su piedra y originalmente se construyó con un abrevadero, según proyecto de Canuto Capdevilla (arquitecto de la Diputación) redac-

tado en 1887. Este municipio es buen ejemplo de cómo le afectó el cólera de 1885, pues entre él y otro cinco de su entorno, fueron los que sufrieron proporcionalmente el mayor número de enfermos y fallecidos de toda la provincia.

Se deduce de esto que si bien Esguevillas fue el pueblo de la provincia con mayor número de invasiones (más aún que la propia capital), no debe considerarse como un fenómeno aislado, sino más bien debe pensarse que fue precisamente el centro del foco más importante de cólera en la provincia.

Publicado en la Revista de Folklore, de la Fundación Joaquín Díaz. La epidemia de cólera de 1885 en Esguevillas, por Alberto Llorente de la Fuente

MÉLIDA

Conserva una fuente monolítica del año 1885 situada en la Calle de la Fuente, con el escudo de Peñafiel labrado. Como curiosidad, el municipio luce una singular fuente ornamental en la Plaza Mayor, constituida por la pila bautismal de la iglesia (de 1741) y una pila de agua bendita.

MONTEMAYOR DE PILILLA

La fuente de La Hontana lleva una inscripción que dice: «HIZOSE SIENDO ALCALDE D BENITO SANZ / AÑO DE 1877». Fuente de dos caños con pilón abrevadero y lavadero que se cubrió posteriormente.

Otro lavadero, a la intemperie, llamado de las Adoberas, hay próximo a la Hontana y en él se lavaba sobre todo lana y espliego. E inmediato a la carretera de Santibañez, hay un lugar que se conoce como el Manadero en el que hay un pequeño lavadero que se utilizaba para lavar la ropa de difuntos.

El agua que surte la fuente de la Hontana, el lavadero cubierto y el de las Adoberas, viene conducida desde el Horcajo. El Horcajo abastecía, también un lavadero ya desaparecido en una chopera que hay entre él y la Hontana.

El Horcajo, a unos 300 metros (500 pies) de la Hontana, es un pozo manadero que también



Mélida

proveía agua a un pequeño abrevadero y un pilón con piedra cantarera para coger el agua. Esta fuente se aprovechó hasta los años 60 del siglo xx, aunque solo para beber las ovejas y coger agua los mochiles que iban al campo.

El proyecto fue realizado por el arquitecto de la Diputación Raimundo Álvarez Benavides.



La Hontana, con su lavadero cubierto al lado (ahora reconvertido en bar), en Montemayor de Pililla

PURAS

La Fuentona está construida en ladrillo y tiene la fecha de 1866 en su frontispicio, que puede obedecer a su fecha de construcción o a una reforma de otra fuente anterior. A lo largo del siglo xx no se utilizaba para beber, sino para abastecer un abrevadero y un lavadero, junto al

que había algunas pilas de piedra. La Fuentona da nacimiento a un modesto arroyuelo. Las piedras que hay en la espalda de la Fuentona son los restos de un arco de gran porte llamado el Torreón que se derribó por completo no hace muchos años.



La Fuentona, Puras, construida (o reconstruida) en ladrillo, con la fecha de 1866 grabada en su entrada

ROTURAS

Fuente construida en 1883 y coronada con el escudo de Castilla y León, tuvo en su momento cuatro caños, aunque ahora sólo sale aguas por dos de ellos. El pilón es de reciente construcción. La fuente se surte ahora de agua tratada. De la traza de esta fuente hubo una en Padilla de Duero, ahora desaparecida. Otra fuente hay en el término de Roturas conocida como «La Criada», situada a 1,5 kilómetros que es de aguas blandas y que se sigue cogiendo para beber y cocer legumbre. Es muy apreciada entre los pueblos del entorno.



Fuente de Roturas, coronada con el escudo de Castilla

TORRE DE ESGUEVA

La Fuente fue construida en 1878 (se anota un arreglo en profundidad en 1954) con abrevadero. Toma sus aguas de un barco cercano. Formada por una torreta cuadrada rematada por una piedra piramidal, con dos caños generosos, y un amplio pilón— abrevadero. Recientemente se ha recuperado en sus proximidades un antiguo lavadero que se cubrió de tierra cuando cayó en desuso pero que cogía sus aguas de un venero distinto al de la fuente.

TRIGUEROS DEL VALLE

A las afueras del pueblo tiene Trigueros un complejo de agua de notables proporciones. Con dos caños y un amplio lavadero que tiene grabada la fecha de 1879. Se conoce como fuente Tovar o de la Sallana. Las aguas siguen siendo muy apreciadas en el pueblo, aunque en 1955 un informe las tildó de antihigiénicas y, sobre todo, insuficientes para abastecer a la población, por lo que, mediante otra captación, en 1967 se levantaron tres fuentes en el interior del casco urbano hasta que se metió el agua en las casas.

VALDENEBRO DE LOS VALLES

Este pequeño municipio en las estribaciones de Monte Torozos, tiene varias fuentes en su entorno. Una de ellas, en la carretera que conduce a Medina de Rioseco, conserva muy bien su traza de 1878 y el sistema de abrevadero y lavadero.

VILLACO

Fuente de 1887 sita en la calle del Depósito. En el término municipal hay un antiguo y afamado manantial conocido como Fuente el Olmo, en un paraje acondicionado para merendero y que se habilitó con el presupuesto de la concentración parcelaria. Un manantial que, como muchos de la provincia, rarisísimamente se quedan sin agua aún en los peores años de sequía.



Torre de Esgueva, fuente y abrevadero de 1878

VILLALÓN DE CAMPOS

Corría el año de 1886 cuando se acometió una de las obras más importantes que ha conocido la villa a lo largo de su historia, la traída de aguas a fuentes en el interior del casco urbano. La traída desde la fuente de la Gacha, a unos 3 kilómetros, se hizo con una tubería de hierro y alimentó una fuente en la plaza mayor con la siguiente inscripción: «Siendo Alcalde D. Eleuterio Gordaliza se abasteció de aguas potables a Villalón. Año 1888».

VILLAVAQUERÍN

En 1883 se realizó la traída de aguas y se construyó una fuente, abrevadero y lavadero públicos, entre otras obras de gran interés municipal. La fuente se ha desplazado de su emplazamiento original y se han destruido el abrevadero y lavadero originales.



Trigueros del Valle. Lavaderos y, al fondo, la fuente de la Sallana o fuente Tovar

El agua se condujo desde la fuente Pozuelo situada al oeste y a unos 500 metros. Para ello se construyó un arca que recogía las aguas, una zanja y una cañería de barro cocido. Para la

fuente se utilizó piedra de Campaspero, y para la base, abrevaderos y pilones, piedra de Montealto (un pago cercano al municipio). El contrastista quedó obligado a marcar en la fuente las



Fuente de Valdenebro de los Valles, de 1878, en la carretera de Medina de Rioseco, que alimenta un abrevadero, en primer término y un lavadero al fondo

inscripciones que acordara el Ayuntamiento sin coste adicional. Tiene los caños de bronce.

FOMBELLIDA Y OTRAS

Veamos, ahora, algunos casos de fuentes de esta época. Ya no existen pero han dejado notable impronta en sus localidades respectivas.

Fombellida tuvo una fuente construida en 1880. Aquel proyecto obedeció a que la fuente de donde se surtía el vecindario hasta la fecha y

ubicada en la plaza del pueblo, estaba derruida y reducida a un simple pilón. Tenía su captación a 400 metros al noroeste del pueblo. Estaba habitualmente enturbiada por los andaluvios de las tormentas. Las cláusulas del pliego para subastar su construcción exigían, entre otras cosas que la cañería fuera de barro cocido en los hornos de Peñafiel, que la cal hidráulica fuera de Zumaya o Zumaia, y la piedra de sillería del alzado de la fuente se trajera de Valdehuetes, en el pago de Monte Alto, término de Peña-



Fuente de Villaco, de 1887



Fuente del Chicharro de Villalón de Campos. En el siglo XIX se construyó en la plaza del Rollo, pero posteriormente se reinstaló en la plaza de San Juan



Villalón de Campos, vease al fondo de la fotografía la fuente del Chicharro en su emplazamiento original

fiel, y que estuviera limpia, sin coqueras y sin manchas, y los caños, de bronce. Tuvo una inscripción de decía «Ayuntamiento de Fombellida, año de 1880». El proyecto de la obra es de Canuto Capdevilla.

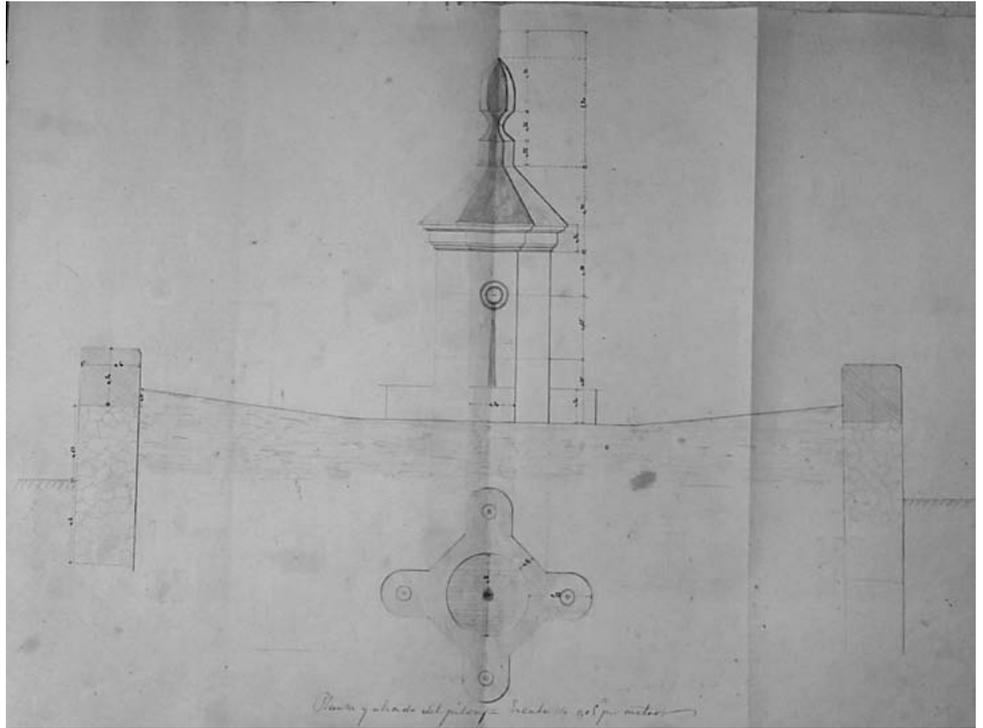
Esta fuente fue sustituida por una nueva que incluía también nueva captación y que, no obstante, era de aguas de mala calidad no siendo apta para el uso de boca. Por eso en 1966 se hi-

cieron nuevas obras de abastecimiento de agua y construcción de lavadero. El agua se trajo de un pago conocido como Fuente de las Palomas.

Castroverde de Cerrato dispuso de una fuente edificada en 1879; y en Padilla de Duero el Ayuntamiento conserva un expediente de 1884 para la «conducción de aguas, construcción de una fuente y lavaderos públicos».



Villavaquerín, en el valle del Jaramiel



Plano de la fuente de Villavaquerín, Archivo de la Diputación Provincial de Valladolid

POSGUERRA: EL AGUA EMPIEZA A LLEGAR A LAS CASAS

Entre las décadas de 1950 y 1970 hubo en los municipios mucha actividad en cuanto a la construcción de fuentes y lavaderos se refiere, y los primeros pasos para ir generalizando redes de abastecimiento domiciliario.

Unas fuentes que, si hasta esta época eran de construcción sobria pero airosa, se caracterizan por una austeridad espartana: en bloque de piedra sobre la que solía ponerse una farola.

Destacado fue el papel de la Diputación Provincial, pues en 1956 aprobó el primer Plan Quinquenal extraordinario para obras de abastecimientos de agua, abrevaderos y lavaderos en régimen de cooperación con los ayuntamientos. Plan que impulsó lo que ya se venía haciendo y que duraría varios años más allá del quinquenio. En concreto, en septiembre de 1960 un informe de la Diputación indicaba que en aquellas fechas sesenta y nueve municipios estaban en proceso de acometer obras de abastecimiento de agua.

Al calor de los planes citados se proyectaron numerosas obras, de las que reflejaremos algunos ejemplos. También comentaremos algunos proyectos que se hicieron antes, pues ayudan a explicar las penosas condiciones que después de la posguerra aún padecía la población en lo que a abastecimiento de agua se refiere.

Vamos a ver algunos casos, que están relatados siguiendo un orden cronológico, en vez de alfabético, como venimos haciendo hasta ahora.

PEÑAFLORES DE HORNIIJA

El proyecto de abastecimiento que se había aprobado en 1951 se llevó a cabo por la necesidad de construir una fuente en el interior de población debido a la dificultad de subir el agua de la fuente sita en el valle, de la que entonces se abastecía el municipio. En el invierno, sobre todo, las nieves y las heladas, en tan fuerte pendiente originaban frecuentes caídas de vecinos y animales.



Fuente en la plaza de Peñaflores de Horniija que se instaló en los años 50

URUEÑA

En 1954 el municipio contaba con unos 820 habitantes, un informe municipal indica lo siguiente:

En la actualidad el pueblo se abastece de agua potable de un manantial situado en el fondo del valle que se encuentra al sur del pueblo, habiendo de salvar el mencionado desnivel de 100 metros mediante sendas o caminos tortuosos que, sobre todo en invierno con las heladas, son sumamente peligrosos por su acusada pendiente. Son numerosos los accidentes ocurridos aparte de la incomodidad y pérdida de tiempo y energía que supone este largo y difícil desplazamiento...

En conclusión, que el ayuntamiento propone la construcción de una fuente en la plaza, al final de la conducción y otra junto al depósito de agua. La fuente de la plaza llevará anexo en su parte trasera un lavadero y la otra, un abrevadero.

El manantial al que se refería el informe es el que aún existe en el valle: compuesto de dos caños y ocho escalones de bajada. Exhibe la fecha de 1907, que puede ser la de su construcción o rehabilitación. Es el caso que hasta que se metió el agua en las casas, esta fuente de los Caños, como se la conoce en el pueblo, y algunos pozos en las viviendas, fueron los que surtieron a la gente.



Urueña, fuente del valle donde se cogía el agua hasta entrado el siglo xx

CUBILLAS DE SANTA MARTA

Corría el año 1955 y se acuerda la construcción de nuevos lavaderos, pues los que existían distaban 700 metros del pueblo. Por cierto, que en aquellos años también se acordó instar a la Diputación a resolver el problema de «un núcleo de familias obreras que tienen por habitación cuevas practicadas en los desniveles del terreno», moradas en las que se carecía totalmente de las más necesarias condiciones de salubridad e higiene. Se trataba de 12 familias que vivían en 4 cuevas. Esta situación no era exclusiva de Cubillas, pues también había casas cueva habitadas en otras poblaciones, como Aguilar de Campos, Cabezón de Pisuerga, Mucientes y Peñaflor de Hornija, entre otros municipios.



Lavaderos de Cubillas de Santa Marta

OLIVARES DE DUERO

Año 1957, el alcalde remarcaba que la mayor necesidad del pueblo era el abastecimiento de aguas potabilizadas, pues aún en aquellas fechas, las gentes del municipio tenían que bajar por agua al Duero o cogerla de fuentes naturales que había en el casco urbano. Lo mismo ocurría en 1958 en Megeces y Valdenebro de los Valle, municipios en las que sus ayuntamientos ponían el énfasis en que el abastecimiento de aguas era el problema más agudo de ambas localidades. Y así se expresaban otros muchos municipios.



Placa de la fuente de Olivares de Duero que se instaló en 1961 con aguas potabilizadas

RENEDO DE ESGUEVA

La inauguración de las obras locales frecuentemente estaba acompañada de gran boato. Y para discursos, el que se pronunció en el pueblo en junio de 1957: se inauguraba el abastecimiento de agua y la casa del médico, con asistencia del delegado provincial de Sindicatos, en

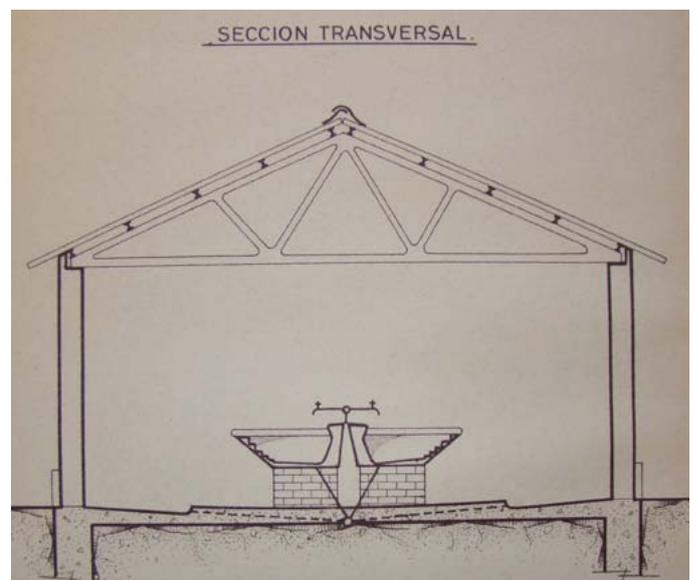
cuya alocución indica que con aquellas inauguraciones se cumplían «... las consignas dadas por el Generalísimo, quien ordenó (que las autoridades) recorrieran los pueblos de la Patria, por que España no estaba solo en la capital, sino en estos campos de Castilla» (esto último, por cierto, no dejaba de ser una gran verdad). El acto terminó entonando el Cara al Sol.



Con el Plan Extraordinario de Cooperación de 1961, la Diputación construyó una fuente en Renedo de Esgueva, en la plaza del Guindo

ATAQUINES

Corría el año 1966, cuando en Ataquines se proyectó la construcción de un lavadero y la ampliación del abastecimiento de agua, pues el lugar en el que hasta entonces se lavaba distaba aproximadamente 1 kilómetro del núcleo urbano «... con el consiguiente trastorno de las personas que tienen que utilizarlo». Además se proyecta con piletas individuales y una cubierta de uralita, tipología que se repite en varios municipios. El ingeniero de Caminos informa en septiembre de aquel año que el abastecimiento de aguas se hacía sólo a tres fuentes públicas y que era factible extender el abastecimiento a cada una de las viviendas.



Proyecto de lavadero de Ataquines en los años 60 del siglo xx.
Archivo Histórico Provincial

VALLADOLID

No es la ciudad ajena a estos afanes de las autoridades locales, pues aún varios barrios carecían de agua corriente, o su servicio era muy deficiente. Por eso, tanto en la inauguración de la fuente en el barrio de España (calle Tierra) en 1960, como un año después, en la que se levantó en la calle Mirlo del barrio de Pajarillos, fueron motivo de un gran despliegue propagandístico y festivo: en Pajarillos las calles ad-

yacentes estaban engalanadas con guirnaldas y la misma fuente estaba coronada con un gran ramo de flores.

Ambos actos contaron con la presencia del alcalde y los concejales, acompañados de autoridades eclesiásticas: el arzobispo bendijo la fuente del barrio de España. La ciudad cuenta con unas cuantas fuentes que llevan grabadas fechas de la década de 1950.



El 26 de diciembre de 1960 se inauguró la primera fuente pública en el barrio de España, de Valladolid. El Norte de Castilla

... Y OTRAS MUCHAS MÁS

Se pueden citar todavía otras muchas poblaciones que entre los años 50 y 70 acometieron la construcción de fuentes, lavaderos y abrevaderos, o el abastecimiento de agua a domicilio, según las necesidades concretas de cada lugar: Adalia, Almenara de Adaja, Barcial de la Loma, Becilla de Valderaduey, Berrueces, Boci-gas, Brahojos de Medina, Cabrerros del Monte, Castromonte, Castronuño, Castroverde de Ce-

rrato, Cervillego de la Cruz, Cigales, Ciguñuela, Cogeces de Iscar, Corrales de Duero, Curiel, El Campillo, Fontihouyelo, Fresno el Viejo, Fuente Olmedo, La Cistérniga, La Unión de Campos, Megeces de Iscar, Mucientes, Muriel de Zapardiel, Pollos, Portillo, Pozuelo de la Orden, Ramiro, Rubí de Bracamonte, San Bernardo, San Pedro de Latarce, Santibañez de Valcorba, San Salvador, Traspinedo, Trigueros del Valle, Villafraanca de Duero, Villamuriel de Campos, Villanueva de los Infantes, etcétera.



Inauguración de la fuente surtida por el abastecimiento de agua recién construido, en Villafranca del Duero. Archivo Municipal de Valladolid

También debe señalarse que hay una loable tendencia a recuperar fuentes y lavaderos que no llegaron a desmontarse pero que habían quedado desatendidas o incluso enterradas. Así mismo, estas construcciones se han convertido en pequeños monumentos en torno a los cuales se ha organizado un parque o una agradable zona estancial. Son muchos los municipios que ya han recuperado sus viejas fuentes o están en

proceso de ello, lo que hace un tanto imposible una enumeración de los mismos, pero, a modo de ejemplo, se pueden señalar casos como los de Aguasal, Castronuño, Hornillos de Eresma, Mucientes, Quintanilla de Arriba, Quintanilla de Trigueros, Salvador de Zapardiel, Tiedra, Torre de Esgueva, Trigueros del Valle, Villalón de Campos, Villavaquerín, Villavellid, etcétera, etcétera.



Parque en Hornillos de Eresma con una pila y un pilón como elementos decorativos



Villavaquerín a urbanizado un parque en torno al lavadero



Antigua fuente de los Machos de Quintanilla de Arriba, incorporada como elemento decorativo

Debe añadirse, como corolario de este capítulo que, por desgracia, estos años fueron, también, de destrucción y olvido de fuentes tradicionales en muchos municipios. Pareciera que al disponer de agua ya en las casas, se quisiera olvidar la historia de penurias y dificultades asociadas a las fuentes. Son unos cuantos los casos que nos hemos encontrado en los que se derri-

baron las fuentes y sus piedras fueron a parar a escombreras y decorar edificios o patios. No señalaremos lugar alguno, pero sí hemos constatado en unas cuantas ocasiones que los vecinos, ahora, se lamentan por haberse destruido aquellos testigos mudos y dignos de su historia, cuales eran sus fuentes, muchas de agradable traza.

LA INCURIA DEL TIEMPO

Hay numerosas fuentes y manantiales en el campo que tienen interés tipológico, cultural e histórico. Fuentes, muchas de ellas, en lugares solitarios y ya apenas transitados, que tuvieron en tiempos pretéritos gran utilidad para viajeros, agricultores, pastores, jornaleros, vendimiadores, resineros, mochiles y cazadores. Servían, también, para los municipios próximos, pues en general daban buena agua para consumo de boca o para cocer legumbres. También porque estaban cerca de fincas habitadas o, incluso dentro de poblados ahora abandonados. Otras, eran el destino habitual para pasar los días festivos veraniegos o el lugar de concurrencia en fechas señaladas

(San Juan, San Isidro...). De todo aquello, para muchas de estas fuentes escondidas ya solo resta el olvido y el deterioro irremediable hasta que algún día, definitivamente, ningún rastro quede de ellas, arrasadas por la intemperie y devoradas por la maleza. Otras aún aguantan con nuevas utilidades: regadío de alguna huerta cercana o el cuidado del transeúnte senderista o cicloturista. Y cierto también es que en algunos municipios se han rescatado, limpiado y puesto en valor.

Incluimos un puñado de casos en que, a la fecha de publicación de este libro, algunas pueden haberse rehabilitado o perdido completamente.



Fuente del Rector, Boecillo

Está en Aguasal la fuente del Avellano. Sita en el despoblado de Ordoño, erigida en un paraje apartado, junto a un vertiginoso cortado que cae sobre el Eresma. Aunque se reconstruyó en 1991, es una manantial que viene de antiguo.

Se cita en Boecillo la Fuente el Caño, en la Arboleda, una antigua fuente que muestra ahora una traza más moderna. Dice la leyenda que desde el Raso de Portillo todas las tardes subía a beber en ella un novillo rojo que de pequeño había perdido a su madre. Y la fuente del Rec-

tor, junto a la finca de los escoceses, con cuyas aguas se lavaban los carrales en fechas próximas a la vendimia.

Tiene Herrera de Duero dos fuentecillas en el talud que cae sobre el Duero camino de la Granja de Ibáñez, llamadas Morena y Las nieves, fechadas en 1884. Inaccesibles y muy escondidas entre la maleza que se ha ido apoderando de todo el entorno y los caminos que antaño conducían hacia ambas. Eran lugar de destino donde pasar la tarde refrescando las bebidas en sus pilones.



Fuente de las Nieves, en Herrera de Duero

En un despoblado de la villa de La Seca, inmediato al viejo Camino Real de Tordesillas, está lo que queda de la fuente de la Miel. De esta fuente, en 1754 se decía que era de agua muy buena, de la que gastaban muchos vecinos de La Seca por ser mejor que la de los pozos. Y hasta que se construyó en Serrada el Pozo Bue-

no, también acudía a ella el vecindario de esta localidad.

Mota del Marqués tiene una fuente llamada de Argales como a poco más de medio kilómetro del pueblo. De ella se abastecía la población aún en el siglo xx, y aunque sigue manando un hilillo de agua está en riesgo de desaparecer.



En Mota del Marqués está la fuente Argales. Al fondo de la imagen, restos del castillo

La fuente del Pastor de Renedo de Esgueva, en la subida hacia Villabáñez y en la falda del pico Uris, era muy frecuentada por el vecindario y gentes de Valladolid, por la calidad de sus aguas. También se conoce como de la Cuesta, y de la Urnia (por estar inmediata a un pago con ese nombre). El término Urnia también aparece en Cabezón de Pisuerga y en Vadillo de la Guareña (provincia de Zamora). Por la ubicación de

estos tres pagos el vocablo Urnia tal vez se esté refiriendo a la ladera de un páramo o simplemente cuesta.

En el despoblado de Fuentelapiedra, en el término de Velascálvaro, una fuente de ladrillo medra como puede en el interior de una pequeña chopera.

Hay en Villalba de los Alcores una fuente tan modesta como afamada: la fuente Toruelo o Toruelos, semioculta en unas tierras junto a la carretera de Matallana a Ampudia. De sus

aguas siguen cogiendo garrafas los vecinos, sobre todo en primavera y verano, que es cuando más corren. La fuente se alimenta de las aguas que bajan de los rompientes inmediatas a ella.



Fuente Toruelo o Toruelos, en Villalba de los Alcores. En la imagen, con Pablo Gallardo, alguacil del pueblo

Original es el nombre de una fuente en Villamuriel de Campos: fuente del Zancarrón de Mahoma. Aunque su verdadero nombre es de la Peña. Tan original «apodo» le viene porque en el suelo de la fuente hay una huella (probablemente de un animal). En España, durante la Edad Media, la alusión al zancarrón del profeta se empleaba para burlarse de los huesos (una pierna) de Mahoma que los musulmanes van a visitar en la mezquita de la Meca. Hasta esta fuente se venía a merendar y hace unos años se hizo un paseo desde el pueblo hasta la fuente a lo largo de la orilla del río Bustillo.

No debe dejar de anotarse la fuente de la Lancha, en el viejo casar de Valviadero (próximo a Pedrajas de San Esteban y de Olmedo), que surtía de agua al vecindario (llegó a tener 20 casas), y que tuvo aún habitantes hasta no hace tanto. Está ubicada en una zona de manantiales. Construida con base de piedra y ladrillo viejo, ha tenido conservación hasta no hace tanto: ladrillo nuevo y cal.



En Villamuriel de Campos, la fuente de la Peña también llamada del Zancarrón de Mahoma

FUENTES ROMANAS, UNAS POCAS REFERENCIAS

Es muy frecuente que en algunos lugares se afirme por sus habitantes que la fuente de su municipio es romana (aunque siempre queda la duda de si la romanidad que se suele atribuir a ciertas construcciones no sea sino una deformación de lo románico —muy antiguo, en definitiva—).

Y merece la pena detenerse un poco en este asunto.

Hay que indicar que las fuentes de información han sido muy variadas, y no siempre los investigadores llegan a conclusiones incontables.

Diversos trabajos sobre los yacimientos romanos en Valladolid indican no tanto la romanidad propiamente dicha de la construcción de tal o cual fuente, sino el posible origen romano de una fuente que, con numerosas reformas, ha llegado hasta nuestros días. Tales fuentes de posible construcción inicialmente romana se suelen situar en yacimientos arqueológicos que apuntan la existencia de una villa, una calzada o hallazgos de cierta potencia: sepulturas, estelas, cerámica, mosaicos, monedas, bustos, fragmentos de vidrio, téglas, etc.

Más, antes de adentrarnos en particularidades, hemos de considerar que es muy difícil afirmar el origen romano de una fuente solo porque tenga un arco de cuarto o medio punto, una bóveda de cañón o una cubierta a dos aguas. El contexto histórico general nos lleva a pensar que las fuentes abovedadas surgieron sobre todo a partir del siglo XVIII, con algunas posibles excepciones de siglos anteriores.

Es más, ni siquiera la existencia de piedras de sillería con medidas equivalentes al pie romano (o su múltiplo o divisor) es definitorio de la construcción romana de una fuente. Tampoco la inexistencia de algunas de estas características sirve para excluir taxativamente el carácter romano de la tal o cual fuente, pues en el ámbito rural y para construcciones modestas, es razonable pensar que los canteros se atuvieran a las dimensiones de piedras calizas que tuvieran a su alcance sin pensar en tallar siguiendo ortodoxamente las normas y medidas preestablecidas. En cualquier caso, lo más fiable es dejarse llevar por la existencia de restos y asentamientos romanos probados.

Es incluso difícil afirmar siquiera el carácter medieval de una fuente (por muy aspecto románico que presente) debido a que fue una época en la que no se prestó demasiada atención a las construcciones vinculadas al agua, por lo que muy probablemente algunas fuentes que sí pudieran haber sido de origen romano se desbarataran por completo.

Pero es que, además, durante el siglo XVIII, especialmente por el impulso higienista del reinado de Carlos III, muchas fuentes se reconstruyeron modificando profundamente el aspecto que pudieran tener antes de aquellas fechas (si es que tenían alguna peculiaridad romana). Un par de siglos antes, en el Renacimiento, también se impulsó la construcción o el rescate de fuentes, con la consiguiente destrucción o profunda modificación de algún carácter romano, si es que lo tuvo.

En definitiva, no es descartable que aún se llegaran a conservar los manantiales en los que los romanos levantaran alguna fuente y que, siglos más tarde, aquellas construcciones completamente perdidas se sustituyeran por fábrica de la época, fuera durante el Románico o en el Renacimiento.

El libro sobre Arqueología Romana de Tomás Mañanes, indica que en Tierra de Campos se pueden citar como fuentes de origen romano (aunque probablemente muy modificadas) las siguientes: Castrobembibre (Los Villares), Ceinos de Campos (Fuente Santiago), Gordaliza de la Loma (La Ermita) —por cierto, ya completamente desaparecida—, Villabrágima-Tordehumos (Fuente Tejar) y Villavellid. En el resto de la provincia se apuntan: Cabezón de Pisuerga (El Bosque), Mucientes (en el pueblo) y Padilla de Duero (Los Ceniceros). A ellas se podrían añadir las que se encuentran en los despoblados medievales de Íscar (Santibañez) o Bahabón (Minguela).

Rastreando en otras publicaciones, a esta lista se suman la fuente de San Pedro (Cigales), la fuente Juana (Laguna de Duero), la fuente de los Frailes (en Monasterio de Vega), otra fuente de los Frailes (La Unión de Campos), un pozo

de las Cortas de Blas (Villalba de los Alcores), la fuente del pago de la Mota (Villacarralón), y Honquilana (¿fontem aquilalam?)

De todas ellas, solamente dos nos suscitan una clara romanidad por su construcción: nos referimos a la fuente de la ermita de Gordaliza (ya destuida pero de la que se conservan fotografías), y la fuente Tejar en la raya de Tordehumos con Villabrágima.

Relatado lo anterior, a modo de conclusión proponemos que de entre toda posible polémica sobre el origen romano de tal o cual fuente nos quedemos con las enseñanzas del gran arquitecto romano, Marco Vitruvio Polión (siglo II de nuestra era), que dejó escrito cómo debían construirse las fuentes; y cierto y verdad es que muchas de las fuentes de Valladolid se han construido, o reconstruido, siguiendo aquellos consejos: una fuente debe estar cubierta y su agua a resguardo del sol; y a estos preceptos responden buena parte de las fuentes vallisoletanas. Por lo tanto, no parece muy importante insistir en una construcción de origen romano de prácticamente ninguna fuente, pero al menos muchas de ellas sí se construyeron siguiendo los consejos del sabio Vitruvio.



Fuente el Tejar, en la raya entre Vilabrágima y Tordehumos. Abel Villa mostrando la fuente

COMPETENCIA E INTERÉS MUNICIPAL

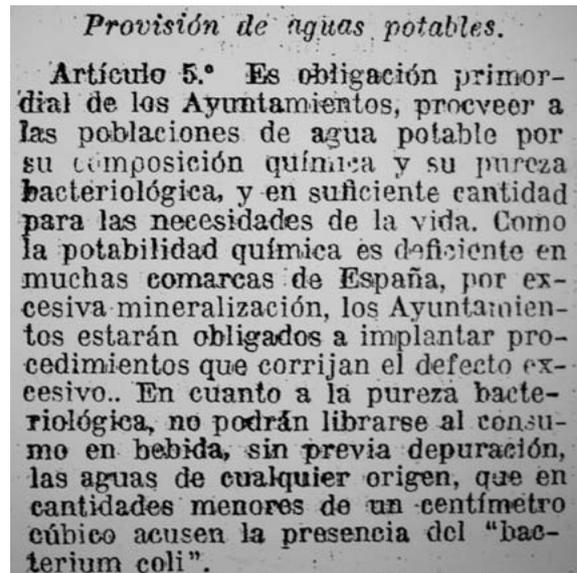
La construcción y reparación de fuentes, lavaderos y abrevaderos es una competencia de los municipios que viene desde que estos comenzaron a existir. Los ayuntamientos velaban por el buen funcionamiento de las mismas, evitar que fueran dañadas, organizar el uso ordenado, y garantizar su acceso libre y público.

Medina del Campo se abastecía de pozos y aunque los Reyes Católicos en 1492 dieron autorización al Concejo para que hicieran una fuente en el interior de la villa (la Corona controlaba todas las obras de las poblaciones), lo cierto es que hasta el siglo XVI no se acometió su construcción.

El Regimiento (el equivalente al actual Ayuntamiento) de Valladolid de 1549 publicó las primeras ordenanzas de la villa que, entre otras cosas, prohibían que ninguna persona pudiera cobrar por lavar en las fuentes ni por coger agua de las mismas. Y las ordenanzas de 1886 incluían la prohibición de lavar ropas, arrojar basuras, bañarse o echar a nadar perros u otros animales en las fuentes de la ciudad, así como ocasionarlas daños o permitir que abrevara ganado en ellas.

En las Ordenanzas de Villalón de Campos de 1551, entre las obligaciones que tenía el guarda de campo, estaba la de que «monde las fuentes». Es decir, limpiarlas a conciencia para que no se cegaran y continuaran manando.

La importancia del abastecimiento queda reflejada de diversas normas incluso de carácter estatal. Así, la Ley de Aguas de 1866 esta-



Ordenanzas con que se gobierna la república de Valladolid, del año 1549, en lo que atañe a las fuentes

blecía, entre otras cosas, que en la concesión de aprovechamiento de aguas públicas tendrá preferencia el abastecimiento de poblaciones; luego el de ferrocarriles y, sucesivamente, los de riego, canales de navegación, molinos y, por último, estanques para viveros.

No nos detendremos en la profusa legislación que regula el abastecimiento de aguas que ha habido sobre todo desde 1846 (las leyes de aguas de 1866 y 1879, el Real Decreto de 27 de marzo de 1914, el Estatuto Municipal de 1924, etc.), pero no hay que dejar de anotar que es lo que decía el Reglamento de Sanidad aprobado por RD Ley de 9 de febrero de 1925: «Es obligación primordial de los ayuntamientos proveer a las poblaciones de agua potable».

Mas, también los municipios de la provincia dictan ordenanzas en un sentido similar. El Ayuntamiento de Esguevillas de Esgueva reguló en 1899 que en las fuentes públicas, todas las personas pudieran llevar sus vasijas para coger agua, sin otra preferencia que la del turno de llegada a las mismas. Igualmente se prohibía lavar ropas, telas, legumbres, abrevar ganado o echar basuras en las fuentes. Y, desde luego, quedaba sancionado deteriorar las fuentes públicas o captar sus aguas para otros fines.

En parecidos términos se pronuncian las ordenanzas de Medina del Campo publicadas en febrero de 1913.

Todas estas atribuciones municipales quedaron sancionadas y reforzadas en el Estatuto Municipal de marzo de 1924, que indicó como competencia exclusiva de los ayuntamientos, entre otras, el abastecimiento de aguas y la construcción de lavaderos.

En definitiva, todas estas ordenanzas no hacen sino seguir una arraigada y vieja tradición municipal. El importante tratadista Jerónimo Castillo de Bovadilla publicó en 1597 su «Política para corregidores y señores de vasallos». Un texto que, entre otras sensatas y sabias recomendaciones, indicaba lo siguiente, respetando la ortografía original:

La abundancia de la agua es una de las cosas más necesarias para las ciudades y pueblos, de cuantas son menester en la República; y así Platón en sus leyes encomendó a los ediles que procurasen traer copiosas y clarísimas fuentes, que no solo sirvan a los vecinos, pero que juntamente adornen la ciudad. Lo mismo advirtió Aristóteles, diciendo, que el primer cuydado del gobernador es que aya gran copia de agua de agua en el pueblo (...) y así deve nuestro Corregidor, cuidar mucho, que en su ciudad aya gran copia

de aguas, haciendo para ellas lustrosas y copiosas fuentes, y en diversas partes alvercas para los ganados y lavaderos para los paños, porque no solo sirven para la bebida dellos, y para el uso de la limpieza cotidiana y familiar, pero también para extinguir los incendios que suceden en los pueblos ...

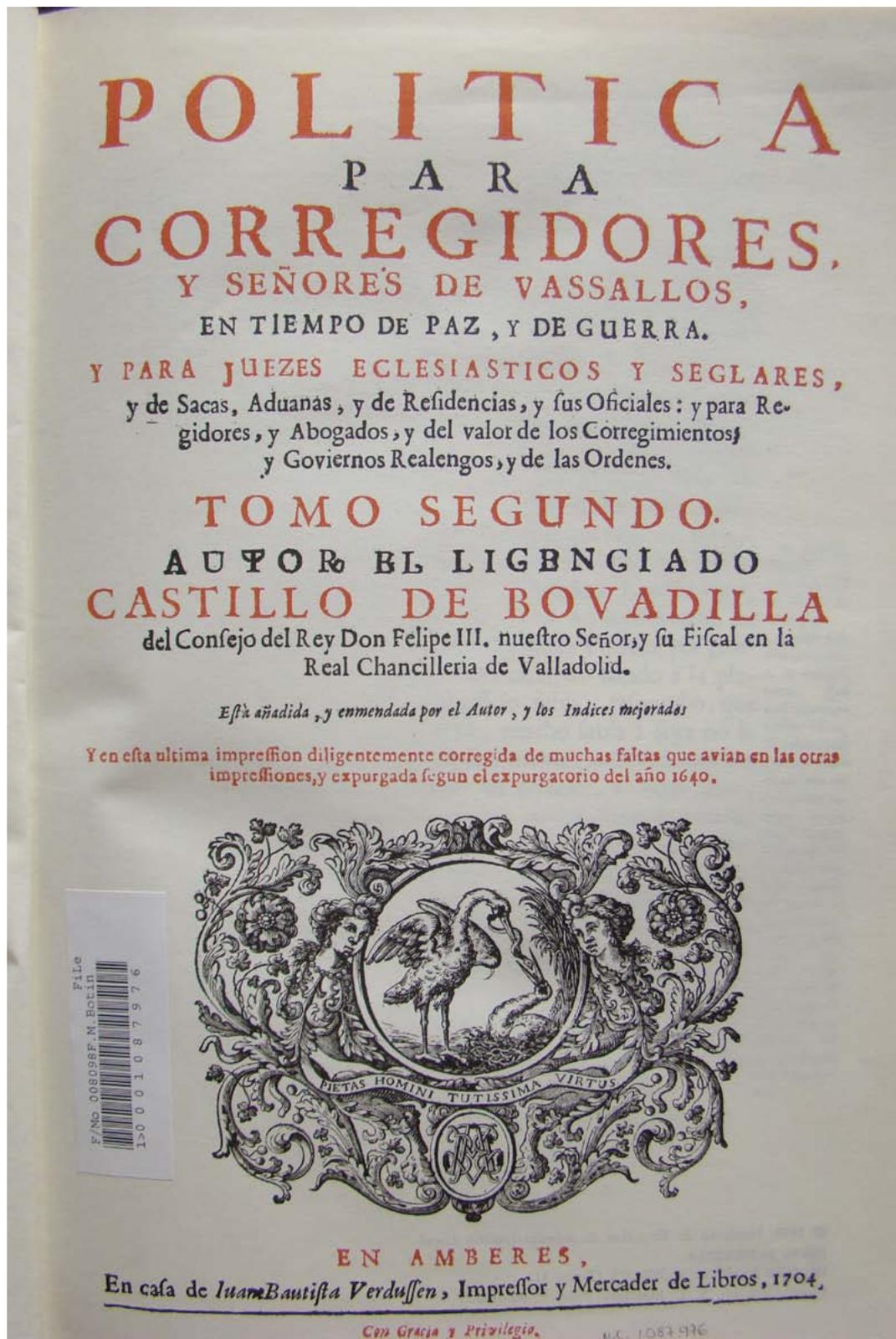
Es difícil expresar mejor la importancia que tienen las fuentes para atender debidamente las necesidades de la población.

Provisión de aguas potables.

Artículo 5.º Es obligación primordial de los Ayuntamientos, proveer a las poblaciones de agua potable por su composición química y su pureza bacteriológica, y en suficiente cantidad para las necesidades de la vida. Como la potabilidad química es deficiente en muchas comarcas de España, por excesiva mineralización, los Ayuntamientos estarán obligados a implantar procedimientos que corrijan el defecto excesivo. En cuanto a la pureza bacteriológica, no podrán librarse al consumo en bebida, sin previa depuración, las aguas de cualquier origen, que en cantidades menores de un centímetro cúbico acusen la presencia del "bacterium coli".

La captación, conducción y distribución de las aguas destinadas al consumo público, estará condicionada por la necesidad de evitar a toda costa su contaminación. En los alumbramientos

Reglamento de Sanidad de 1925



Portada de Política para corregidores y señores de vasallos, año 1597

¡EL AGUA ES DEL PUEBLO! GRITÓ LA GENTE DE MEDINA DE RIOSECO

Si tradicional ha sido el celo de los ayuntamientos para que la población tuviera agua suficiente, no menos quebraderos de cabeza han dado los problemas de mantenimiento de las cañerías. Porque si el encauzamiento de un manantial hasta una fuente en el interior de la población exigía un importante desembolso económico, no menos costoso era el mantenimiento de la cañería, que con frecuencia se obstruía o desbarataba por los más variados motivos: invasión de maleza, hundimientos y obstrucción por piedras, mezcla con aguas de lluvia, roturas intencionadas, etc. Y aquello era motivo de que no saliera agua de las fuentes, produciendo las consiguientes quejas del pueblo. Por tanto, las cañerías había que repararlas con frecuencia y varearlas para desatascarlas.

Sobre este tema hay numerosos testimonios en los archivos, de los que, entre todos, nos referiremos al caso de Medina de Rioseco.

El Procurador General de Rioseco se quejaba en 1771 de que el agua que salía en la fuente de los Cuatro Caños, de la que se abastecía el común (el pueblo), era de mala calidad debido a que venía mezclada con la del llamado Caño Malo, pues ambas cañerías estaban rotas y las aguas se juntaban, poniendo en peligro la salud de la población.

Unas cuantas décadas después —año de 1817—, todas las fuentes de la ciudad estaban necesitadas de reparaciones en sus conducciones, o de reposición de piedras en su construcción. Aquellas reparaciones comprendían, de manera resumida, las siguientes obras: varear la

cañería, reparar o poner nuevas algunas pilas, cubrir todas las arquetas con cal y arena, tapar todos los boquerones que se detectan en diversos registros, reparar roturas en algunas arcas, y así.

Y concluiremos este capítulo relatando, de forma resumida, lo que ocurrió en Medina de Rioseco el año 1931. Unos acontecimientos verdaderamente curiosos.

De la fuente del Matadero sabemos que anteriormente se conocía como fuente de la Pinnilla, según documento que en 1932 redactó el Archivero Honorario del Ayuntamiento con ocasión de informar sobre dicha fuente, ante el requerimiento que el año anterior habían hecho las monjas carmelitas para que se las repusiera el abastecimiento a su convento del Carmen, sito en el Corro de San José, también conocido como corro del Carmen.

Aquella reclamación de las monjas fue un asunto harto polémico que produjo una encendida controversia en la ciudad. Hasta tal punto de que en el transcurso del pleno municipal del 14 de agosto de 1931, irrumpió un nutrido grupo de mujeres portando un cartel que decía «¡Justicia. El agua de las Monjas la necesita el pueblo!»

Ya se tenía conocimiento de esta reivindicación popular, pues el alcalde, Emilio Brizuela Moreno informó a los concejales que hacía unos días se le había presentado «una numerosa comisión de señoras» para denunciarle que de las aguas del caño del Matadero se aprovechaban íntegramente las monjas del Carmen, por lo

que quedaban desatendidas las necesidades de gran parte del pueblo, que se abastecía del citado caño, lo cual era un abuso. A partir de ese momento, en el pleno se manifestaron diversas opiniones. Unos concejales eran partidarios de cortar por completo el abastecimiento de agua a las monjas. Otros, de estudiar bien el asunto antes de tomar decisiones que pudieran «traer funestas consecuencias».

Escuchados los concejales, el alcalde terminó por pronunciar unas encendidas palabras, tal como da fe el secretario de la corporación:

El último Borbón, no renunció a los derechos de la Corona de España, y el pueblo lo expulsó. A nosotros el pueblo nos pide la utilización total del agua del caño de Matadero, y bajo mi responsabilidad, el pueblo la tendrá.

Y el concejo decidió «estudiar el asunto para acordar lo que justa y legalmente proceda hacer».

Una semana después, las mujeres volvieron a manifestarse en el Ayuntamiento exigiendo que no se diese a las monjas del Carmen las aguas del caño del Matadero, que el alcalde las había cortado a raíz de lo ocurrido en el último pleno. Y, el mismo regidor las dijo que no se preocuparan pues «... pese a quien pese no dará agua a las monjas». Y, según acta del secretario, oídas las palabras del alcalde, fue aclamado por el pueblo.

Es el caso, que por sor María Manuela Jular Peña, conocida en religión como María Manuela San Elías, en calidad de madre abadesa del convento, promovió juicio sumario de interdicto contra el alcalde para recobrar el derecho a disponer de aguas, alegando que venían disfrutando de ese suministro desde tiempo inmemorial. Y excúsenos el no haber podido saber como concluyó el asunto.



Convento del Carmen en el corro de San José, Medina de Rioseco

LOS NOMBRES DE LAS FUENTES

El término fuente y sus sufijos (font.- hont, etc.) es un topónimo extendido en Valladolid, lo que denota el gran número de fuentes y manantiales que hay en la provincia.

Esto nos indica la gran importancia que el agua en general, y las fuentes, pozos y manantiales en particular, han tenido para las gentes

a lo largo de la historia. Esa apreciación se demuestra, además, por el hecho de que prácticamente todas y cada una de las fuentes y manantiales tengan un nombre propio que sirve, también, para identificar pagos del término municipal.



Fuente de la Garza, en el casco urbano de Peñafiel

Mientras que las fuentes urbanas suelen tener nombres más previsibles y normalmente muy descriptivos, como fuente vieja, fuente nueva, caño nuevo, etc. los nombres por los que se conocen muchas de las fuentes y manantiales del campo son realmente curiosos: de la Garza (Peñañiel); del Segador y Juana (Laguna de Duero); otra fuente Juana había en La Cistérniga; de las Brujas (Encinas de Esgueva); y en este mismo término están la fuente Razón, y de Oco; de la Bambina (Curiel de Duero); Mazimagros (Piñel de Abajo); y en ese mismo término la del Cura Viejo; de la Criada (Roturas); Techa (Castronuevo de Esgueva); fuente de la Ictericia (Benafarces); fuente Tercero (Castrodeza). Curioso el nombre de fuente de Malnombre (Castronuño), que también existe en otros municipios de España.

Términos como ontanar, ontana, ontanares, ontanilla, ontanillas, que como sabemos es un sufijo que hace referencia a la presencia de

fuentes, se detectan para denominar pagos en los lugares más diversos de la provincia. A estos hay que añadir los nombres de términos municipales como Honcalada, Honquilana y el despoblado de Ontalvilla en Olmos de Esgueva... una fuente llamada Ontalvilla u Hontalvilla hay en Piñel de Arriba, una Ontanilla hay en Cogeces del Monte y una Antanilla en Berceruelo.

Pagos con el nombre de fuentecillas, fontezuelas, fuentona hay en Castronuevo de Esgueva, San Miguel del Pino, Santovenia de Pisuegra, Valoria la Buena, Villaco... Algunos municipios tienen directamente incorporado el término fuente en su denominación, tales son Fombellida, Fompedraza, Foncastín, Fontihoyuelo, Fuensaldaña, Fuente el Sol, Fuente Olmedo; más los despoblados de Fuente la Miel (La Seca), Fuente la Piedra (Velascálvaro), Fuentes de don Bernardo (Nava del Rey), Fuente de Duero (La Cistérniga), Fuenteungrillo (Villalba de los Alcores), etcétera.



Fuente la Miel, en el término de La Seca



Fuente de la Criada, Roturas

El alba o la blanca, así como el carácter salúfero de algunas fuentes se destacan en los casos de Fuente Blanca (Íscar), otra Fuente Blanca y Fuente Alba hay en Encinas de Esgueva.

Fuente de la Salud encontramos en varios lugares, como Castromonte, Castronuño, Peñafiel, Peñaflor de Hornija, Vega de Ruiponce, Valladolid, y un pozo de la Salud hay en Mojados.

Contrariamente, también se califica la mala calidad de aguas: Por ejemplo, los nombres de fuente Mala en Quintanilla de Onésimo, Fuenteamarga en Cabezón de Pisuegra, Valladolid, Olmos de Esgueva, Íscar, Esguevillas de Esgueva, Quintanilla de Arriba, Villfuerte de Esgueva. Y Amarguilla se repite en Peñafiel, Pesquera de Duero y Valbuena de Duero.

En la toponimia vallisoletana encontraremos diversos nombres muy comunes en toda la pro-

vincia: Pozo Bueno, fuente de la Salud, fuente de la Mora, fuente del Caño (o El Caño), fuente de la Teja, fuente Vieja, fuente Nueva, fuente el Olmo...

Fuente Piojosa (Castroverde de Cerrato); el Piejo (Roturas, Villaco y Olmedo); la Pioja (Santovenia de Pisuegra, Cabezón de Pisuegra, Olmedo); los Piejos (Villafuerte de Esgueva): los Piojos (Encinas de Esgueva); el Piojo (Villanueva de Duero); Sopera (Cigüñuela, Monasterio de Vega, Fuensaldaña); fuente la Pedorra (Encinas de Esgueva, Lomoviejo)...

A esta aproximación a los topónimos relacionados con fuente podría añadirse el término manantial y sus derivados; y el de pozo, y entonces, desde luego tendríamos el conjunto de topónimos sin duda más extenso de toda la provincia.

Y TAMBIÉN LOS POZOS

En Valladolid ha sido importante el servicio de los pozos para que la gente dispusiera de agua destinada al consumo de boca: castillos, palacios, conventos y monasterios, posadas, particulares y concejos acudieron a la construcción de pozos para asegurarse que no les faltara el agua. Tanto los pozos particulares como los del común o de villa, han estado tan en uso como las fuentes hasta tiempos recientes.

El estudio del año 1877 elaborado por el ingeniero Daniel de Cortázar, indicaba que Valladolid era una de las provincias de España donde más agua de pozo se bebía: en 64 municipios no había más aguas que las de pozo; en 140 compaginaban pozos con agua de fuentes

y río; y solo en 55 se bebía agua de fuente. A los municipios había que añadir unas 70 granjas y caseríos (que en aquellos años acogían mucha población) cuya mayor parte se surtía de pozo. Por los números que indica el estudio es evidente que se refiere a más núcleos de población de los que actualmente tiene la provincia.

Los pozos cañariegos fueron vitales para asegurar el suministro a los rebaños. A su captación y mantenimiento se unía la construcción de abrevaderos que los pastores llenaban mediante cubos con el agua extraída del fondo. Para ilustrar la proliferación de los mismos nos quedamos con el de Cogeces del Monte y el del Rebollar, pago perteneciente a la ciudad de Valladolid pero muy próximo a Robladillo.



El el pozo del Rebollar. A la izquierda está el abrevadero del que bebían las ovejas. Foto de José María Cabezas



Primer plano del Rebollar del que se sacaba el agua con cubo para ir llenando el abrevadero. Foto de José María Cabezas

Hay unas construcciones asociadas a las fuentes del campo, principalmente, que son los abrevaderos. En general se trata de edificios de muy modesta facturación, que tienen como único cometido facilitar agua al ganado en general: sea lanar, vacuno o caballar: hay que tener

en cuenta que hasta mediado el siglo xx todas las tareas agrícolas se llevaban a cabo con ganado de tiro, fueran machos, vacas o bueyes, por lo que resultaba imprescindible asegurar puntos que permitieran darles de beber.



Fuente de Peroleja, Cogeces del Monte. Blog valladolidenbici. wordpress.com

Un caso paradigmático de servicio de pozos es el municipio de Campaspero. Este municipio carecía de fuentes en su término y hasta que se metió el agua en las casas solo disponía de dos pozos públicos que eran atendidos por unos empleados municipales conocidos como «tiradores». El nombre les vino de que para sacar el agua del pozo usaban una soga de la que tiraban y a cuyo extremo no había un caldero o una herrada, sino un cuero de cabra sujeto a un aro de madera con dos palos cruzados en forma de aspa en cuyo centro se sujetaba la soga, de ahí el dicho de «en Campaspero sacan el agua con cuero».

Esto que relatamos como una curiosidad, sin embargo responde a una práctica extendida por toda la geografía, pues hasta que no se comenzaron a emplear las herradas o cubos de metal (por cierto no era una tarea exenta de ha-

bilidad conseguir que el cubo o herrada cayera sobre la lámina de agua del pozo de tal manera que se sumergiera evitando que una torpe práctica hiciera que quedara flotando sobre la superficie sin que se llenara), seguramente no había otra forma de sacar el agua de los pozos que no fuera con odres (o zaques) de cuero o cubos de madera. Es decir, recipientes que no corrieran el riesgo de romperse al golpearse contra el agua, el fondo o las paredes del pozo. Por tanto, la singularidad campasperana no es sino el testimonio de una forma en otros tiempos habitual de sacar el agua de los pozos.

Hay herramientas íntimamente ligadas a los pozos: la roldana o polea, que es la más comúnmente empleada, el sistema de cangilones, la bomba de vacío, y el cigüeñal, útil en pozos poco profundos.



Primitivo sistema de cigüeñal, común en el norte de la provincia; y roldana, en el pozo de Torrecilla del Valle



Otros sistemas de extracción de agua mediante cangilones y noria



La bomba de vacío muy usada también para sacar agua de los pozos

Los pozos en muchos casos son una especie de lugares mágicos envueltos en leyendas, misterio o temeroso respeto. Los pozos han sido escenario de no pocos milagros, en ellos se han producido terribles accidentes, o han sido (y son) simas elegidas para el suicidio o el ocultamiento de las pruebas de algún horren-

do crimen. El pozo es, por tanto, un lugar paradójico y un tanto inquietante: muy útil pero también peligroso... hondo para poder tener agua, y por tanto, muy oscuro... asomarse a él y verle seco era la peor noticia, pero asomarse al pozo y sentir el atracción de lo desconocido e insondable...

Son numerosos los pozos que hay en Valladolid, tal como se ha dicho, por lo que aquí traemos solo un puñado de ejemplos de lo que puede encontrarse en la provincia.

La mayoría de la población de Alaejos se surtía de agua de pozo. El pozo del Arrabal, a la salida del pueblo, fue construido en 1922. También puede servir de ejemplo de municipio que se surtía principalmente de pozos, especialmente para las labores del campo y ganaderas: Huerta de las Tapias, el Cerezo, la Cabaña, la Casita, las Castañas, Valdefuentes, Valverde, Valdevacas, la Argentina, el Canto, el Tablón, Sancierna, el Carrevadillo, las Peñuelas, Valgómaz y del Arrabal.

En las proximidades de la ermita de San Bernardino, término de Cuenca de Campos, hay un pozo flanqueado por dos pilas, al que acudían a lavar mujeres de la localidad y tendían las ropas en la hierba, lo que terminó por dar nombre al lugar: el Tendal. El agua del pozo era, además, muy buena y apreciada por el vecindario, hasta el punto de que en 1877 el Ayuntamiento lo aprovechó para alquilarle con determinadas condiciones.

Cuenca de Campos tiene, además, dos pozos de villa, con buenos brocales de piedra, que fueron colocados en 1851. Sus abundantes y potables aguas se hallan a 5 o 6 pies de profundidad. En la mayor parte de las casas de la localidad existen pozos y en algunos, norias, pero sus aguas son en lo general bastante ásperas y gruesas.



En la ermita de San Bernardino, un pozo y un par de pilones servían para lavar las mujeres de Cuenca de Campos



El pozo Bueno de Herrín de Campos

Al pozo Bueno que en Herrín de Campos sirvió para abastecer de agua las casas, algunas personas le atribuyen el origen de unas fiebres que obligaron a clausurarlo. Había otro pozo, de peores aguas: el pozo Piojoso.

En la población de La Cistérniga, para beber se utilizaba el agua del pozo (calle del Pozo). Las que tenían algún burro iban a por agua a una fuente al pie del cerro de San Cristóbal. Las mujeres iban a lavar a algunos aliviaderos del Canal del Duero o a la fuente de Almenara, ya en el límite con Herrera de Duero. El agua se metió en las casas hacia 1972-1973.

En las afueras del pueblo de Lomoviejo, como a 2 kilómetros en dirección a Salvador de Zapardiel, y en medio de unas tierras de labor, hay un pozo que en realidad se conoce como fuente la Valtuana o Baltuana. De él las mujeres sacaban el agua para lavar, y se sabe que fue construido por Anselmo Barrero Iglesias, el tío Barrera, un albañil aventajado y de

grandes habilidades nacido en el mismo municipio. La fuente probablemente la levantara en la primera década del siglo xx.

En Pozaldez había un pozo, el Pozo de la Villa, a 4 kilómetros del pueblo resguardado por un tejado y con un encargado de cuidarlo que pagaba el Ayuntamiento. Trabajo que ha llegado hasta entrado el siglo xx. El encargado sacaba agua con una polea y cobraba 10 céntimos por echar una carga a las aguaderas, que se llevaban a lomos de caballerías.

Rodilana tuvo un hermoso pozo del que aún son visibles sus arcos. La cubierta fue desmontada por peligro de hundimiento, y el pozo, muy grande y profundo, ha sido tapado con una gran losa de cemento. El pozo se conoce como Pozo de la Villa, está muy bien cimbrado de ladrillo y es muy profundo. Para su mantenimiento se accedía a través de una galería excavada a cierta distancia del pozo que iba descendiendo hasta el mismo pozo.



Lomoviejo



El pozo de la Villa, a la entrada de Rodilana



El pozo de Rodilana, cuando aún conservaba la cubierta



El llamado pozo Bueno, de Serrada, que ha prestado enorme servicio al municipio

El llamado Pozo Bueno, de Serrada, es una sólida y cuidada construcción de ladrillo. Algún estudio (atendiendo a las características constructivas de otros edificios de la localidad) ha situado su fecha en torno a la segunda mitad del XVIII. El edificio que cubre el Pozo Bueno es de planta cuadrada, se abren en las caras arcos de medio punto que apoyan sobre zócalo de sillaría. Los muros son de ladrillo y se cubre a cuatro aguas mediante armadura de madera con cobertura de teja.

Cuando estaba en uso, sus aguas se reputaban de mucha calidad. Relatan en el pueblo que antes, a la chiquillería le gustaba ir al pozo a pasar los dedos por las suaves hendiduras que han dejado las sogas en el brocal del pozo. Durante la romería del nueve de mayo, en la que pasean la imagen de la Virgen de la Moya, patrona de Serrada, la llevan en andas hasta el pozo, desde donde se bendicen los campos.

Fue Torrecilla del Valle el último núcleo de población en el que se metió el agua corriente

en las casas. Eso ocurrió en 1997. Hasta apenas unos años antes el vecindario aún tenía en uso un viejo pozo, pero perdió las condiciones adecuadas de salubridad para el consumo humano. Y en Moraleja de las Panaderas no hacía aún mucho tiempo antes el que se metiera el agua en las casas: corría el año 1989 y hasta entonces aún había un pozo en servicio.

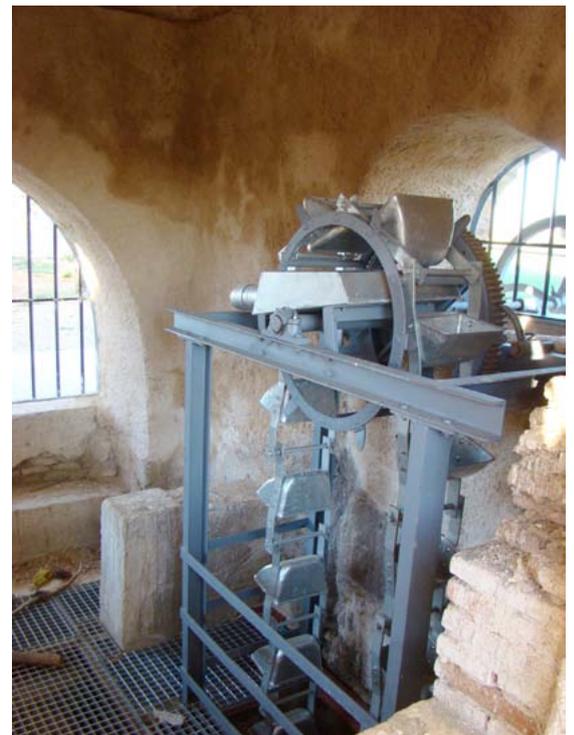
En Villalar de los Comuneros, el pozo (fuentes lo llaman en la localidad) de donde se extraía el agua hasta que se metió el agua en las casas, antes estaba descubierto y a él se accedía mediante unas escaleras. Construido en piedra con una profundidad de unos dos metros, era muy útil para los motriles o mochiles del campo. Luego se cubrió y se puso una noria por higiene y por evitar caídas. Las mujeres lavaban en el río junto al pozo. No se puede determinar la fecha de su construcción pero en 1870 ya existía, según actas municipales que hablan de reparaciones en el puente del corro de la fuente.



Detalle del brocal del pozo Bueno, de Serrada, en el que se aprecia el desgaste de la piedra por el roce de las cuerdas, aunque el pozo disponía de roldana o polea



Villalar de los Comuneros



Modernos cangilones del pozo de Villalar de los Comuneros

Notable es el pozo del Concejo o pozo de la Villa, en el municipio de Villalba de los Alcores. Sito en el pago de los Pozicos. Antes alimentaba un lavadero de dos pilas. Del pozo y de las numerosas fuentes que hay en el término de Villalba se abastecía el municipio hasta que

se metió el agua en las casas. Al pozo llega el agua por una conducción construida en piedra dotada de tres registros desde una gran arca situada a unos 300 metros, que a su vez recoge las aguas de las suaves laderas del entorno. El pozo tiene unos 10 metros de profundidad.



Pozo en Villalba de los Alcores

Pero si en Valladolid hay un pozo notable, aunque no tenga el carácter de público, es el del castillo de Portillo. Tiene una profundidad de 32 metros y pasa por ser uno de los más hondos de España. Es visitable y se llega hasta el fondo mediante 123 peldaños que forman una escalera de caracol que desciende «rodeando» el pozo propiamente dicho. Se trata de un pozo sin parangón en Valladolid y de los más interesantes de España.

Ligado a los pozos hay unas personas que han desarrollado un oficio o una capacidad especial para la detección del agua que es la que

se atribuyen los zahoríes (zahurí en lengua árabe). Personas imprescindibles para localizar el agua profunda que hacer manar a la superficie mediante una perforación.

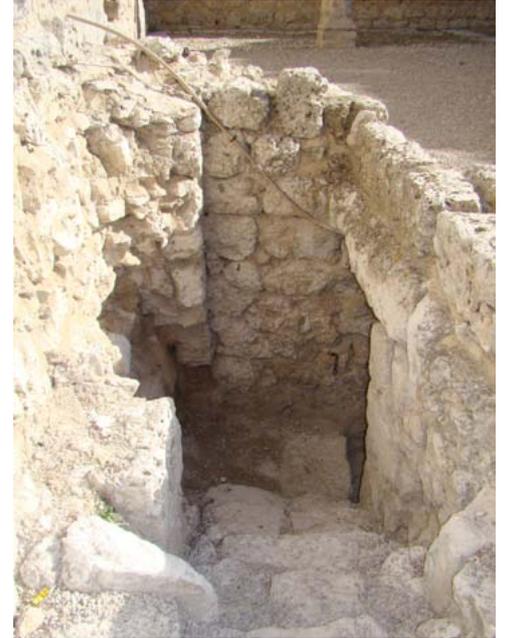
No es mera literatura el empleo de los objetos más insospechados para que esos zahoríes lleguen a indicar donde se ha de picar para encontrar el agua: la varita de olivo, fresno, arce, etc. También el reloj de bolsillo, utilizado como un péndulo, se empleó para el mismo menester. Luego llegará el magnetómetro de torsión. Pues bien, a pesar de los actuales métodos científicos, aún sigue acudiéndose a zahories

para localizar agua en la finca donde alguien va a construir un chalet o a realizar alguna explotación agroganadera, y hasta la que no es posible hacer acometida de agua corriente. Bien es verdad que el uso de cualquiera de estos objetos

tenía sentido si el zahorí era un buen conocedor de las peculiaridades físicas del terreno sobre el que se le propone actuar. Cabe añadir que aún hay zahorís en ejercicio.



Pozo del castillo de Portillo. Imagen tomada desde el fondo hacia la superficie



Acceso al pozo del castillo por el patio de armas

Y traemos a colación un ejemplo: cuando se repobló el antiguo término de Foncastín con las gentes venidas de Oliegos, allá por el año 1945, se cavaron pozos en el fértil valle regado por el río Zapardiel. Para ello, algunos de los nuevos colonos venidos de las tierras leonesas acudieron a los servicios de un zahorí francés que decía detectar el agua con las vibraciones de un reloj de bolsillo. Sea como fuere, lo cierto es que aquel experto en aguas tuvo éxito en su trabajo, tal como aseguran los mayores del municipio.

Mas, no estaría bien terminar este capítulo sin dejar anotado que también los aljibes, entendidos como construcciones similares a los pozos, tuvieron su importancia. Si bien es verdad que estos almacenes de agua llovediza se construyeron más bien en edificios particulares tales como castillos o edificios importantes, como es el caso del Palacio Real de Valladolid,

que aún conserva un aljibe en perfecto estado. Pero también hubo algunos puestos para servicio público, como son los de Curiel de Duero, Portillo y Villalón de Campos, estos dos últimos recientemente descubiertos. Es más, al parecer ningún habitante de cualquiera de ambos municipios recuerda haber visto su respectivo aljibe.

Hasta la conducción de aguas de 1897, sita frente al castillo, la gente de Portillo cogía agua del aljibe (y de la Fuensanta, ya desaparecida). En el municipio se habla de aljibes (en plural), pero en realidad se trata de uno solo, enorme (ocupa una superficie de 95 m². y tiene una altura de 6 metros), y está dotado de dos brocales (de ahí el plural). Sus paredes están contruidas con argamasa, cal, arena y chinarro. El suelo es de ladrillo árabe y tiene dos pequeñas hendiduras que sirven para que se deposite el cieno y así evitar que se enturbiara el agua.

En Valladolid ciudad hay varios aljibes, entre los que destacamos el del patio del Colegio de Santa Cruz, y el de la Estación Depuradora de San Isidro. La Estación, que entró en servicio en

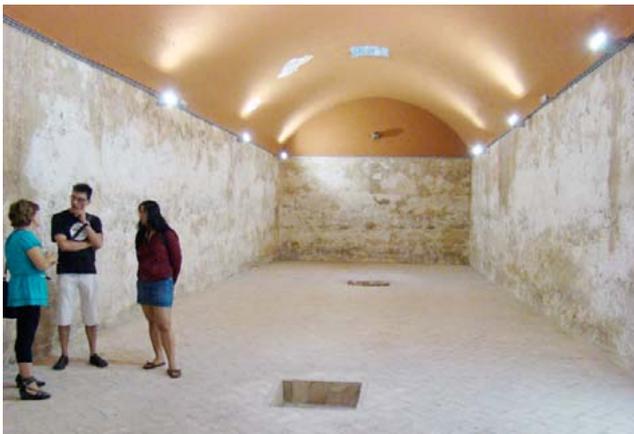
1886, depura las aguas del Canal del Duero y en espera de que entren en carga en la red de distribución, se almacenan en dos enormes aljibes, que están en la más completa oscuridad.



Aljibe de Curiel de Duero



Aljibe de Villalón de Campos. Imagen tomada del blog Arte y Patrimonio



Aljibe de Portillo, con dos bocas, por lo que se les conocía como aljibes (en plural), restaurados para hacerlos visitables



Detalle del aljibe de la Estación Depuradora de Aguas de San Isidro, Valladolid

ACARREO: AGUA Y CÁNTARO

Como ya se ha dicho, en las casas, las mujeres eran las encargadas de proveer de agua al hogar y de lavar la ropa (y los cacharros), unos trabajos sacrificados y rutinarios.

Para llevar a cabo el trabajo de acarreo se disponía de una variedad de utensilios que lo hacían posible.

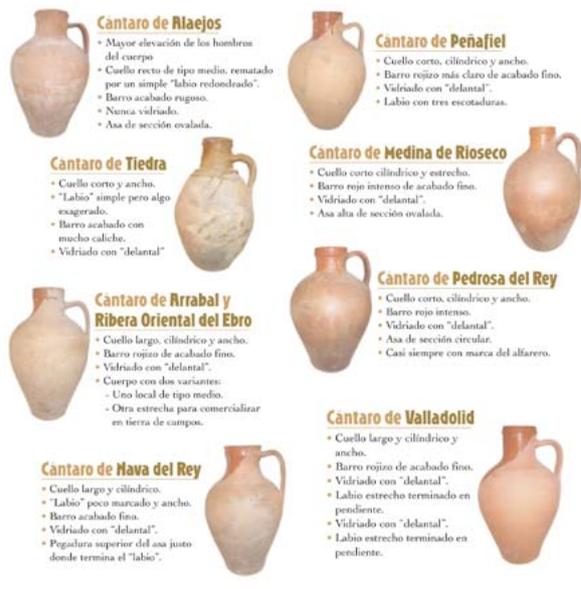
El cántaro era la pieza imprescindible. En él, portado en la cadera, sobre la cabeza, en carretillo o en aguaderas a lomo de un burro, se traía todo el agua que se necesitaba para la cocina, ablandar la legumbre, atender la higiene personal, y lavar la vajilla y utensilio de cocina, y las prendas que no podían esperar al lavadero.

Cuando los cántaros se traían con el burro se utilizaban aguaderas de 4 o 6 recipientes, hechas de esparto, mimbre o madera. El cántaro no tiene una medida de capacidad estándar, pero en la provincia de Valladolid suele oscilar entre 10 y 13 litros, aunque no eran raros los de hasta 16 litros.



Cestas cantareras para portar a lomos de caballería.
Museo de Fresno el Viejo

Diferencias entre los cántaros de Valladolid



Otros centros cantareros del s.XX:

Ataquines, Cacerón, Esgarvillas de Eguero, Mayorga, Medina de Rioseco, Mojadón, Mota del Marqués, Olmedo, Pazueto de Velilla, La Seca, Santovenia, Siete Iglesias, Tudela de Duero, Villalar de los Comuneros y Villalón.

Panel de los tipos tradicionales de cántaros de la provincia de Valladolid. Museo del Cántaro, Valoria la Buena

Si el agua de donde se llenaba el cántaro era buena y blanda también se bebía, aunque para este menester lo más habitual era utilizar el botijo u otros recipientes tales como perillanes, cantarillas, botijas, botijones y barriles de campo.

A este respecto cabe subrayar un asunto no menor en lo que a la provisión de agua se refiere. Se trata de las diferentes calidades de agua: en la mayoría de los municipios había al-



Botijas de campo, del Museo Orrasco de Cogeces del Monte



Otro modelo de botija de campo, en el Museo de Aperos del Ayer, en la Santa Espina

guna fuente, pozo o manantial cuyas aguas eran especialmente indicadas para la cocción de legumbre: por ejemplo en Santibáñez de Valcorba, en dirección a Traspinedo existe un manantial llamado de los Garbanzos.

Los cántaros se dejaban en el carretillo con el que se traían o bien se depositaban en las cantareras. En uno u otro caso el lugar de la casa habilitado para este fin solía ser el za-

guán o el hueco bajo la escalera: desde luego, un lugar fresco. Y, sobre la cantarera, también el botijo. La boca de los cántaros en muchos casos se protegían con tapaderas, tapaderos o tapones —que de estas tres formas se llaman— (cuncasas dicen en Valoria la Buena). Los tapones se empleaban para evitar que en el cántaro entrara polvo e insectos, sobre todo durante el transporte.



Tapaderas para las bocas de los cántaros



Otro modelo de tapadera. Museo del cántaro de Valoria la Buena

También se utilizaba con frecuencia la tinaja, un gran recipiente que se llenaba en varios viajes con los cántaros o por los servicios de un aguador, y que tenía la doble función de almacenar el agua y contribuir a su sedimentación.

Antiguamente las casas nobles solían tener aguadores propios, o una criada más especializada en el trabajo (mozas de cántaro se las

llamaba). Entre el resto de la población era la mujer (esposas e hijas) la que se ocupaba del abastecimiento; en el mejor de los casos se acudía a algún aguador o aguadora que, a precios moderados, y dependiendo de la calidad del agua, solía abastecer las casas según unos servicios ya previamente pactados. Asunto sobre el que volveremos más adelante.



Cantarera, del Museo de Aperos del Ayer, en La Santa Espina

Tradicionalmente, los cántaros se han venido fabricando en tres tamaños, y reciben diversos nombres según localidades. Nos podemos quedar con los siguientes términos: cántaro, grande o de carga; cántaro o terciado; y cantarilla. Los más pequeños han recibido los siguientes nombres: cantarillo, cantarito, jarrona y perillan. Estos tamaños estaban pensados para el uso por los niños y niñas. Para ser más exactos, para las niñas.

Los barriles o botijas de campo se usaban para transportar agua y beber durante las faenas agrícolas.

Los cántaros y las tinajas, como en general toda la cerámica del hogar, eran un bien apreciado, caro en algunos casos y que, por tanto, se cuidaba con esmero. Uno de los oficios que se dieron en tiempos pasados era el de lañador. Los lañadores eran aquellos expertos componedores de piezas de barro rotas o agrietadas: con grapas y pericia, los lañadores, que solían ir de pueblo en pueblo, volvían a cerrar cuantas grietas hubieran hecho inutilizable el cántaro, la botija o la tinaja, y también platos y cuencos.



Cántaros lañados. Museo del Cántaro, Valoria la Buena

HABÍA QUE IR TODOS LOS DÍAS

De la dureza de las condiciones que en ocasiones había para llevar a cabo el acarreo del agua, igual que para ir a lavar, da cumplida fe un documento del siglo XVIII de la villa de Íscar. En él se justifica la necesidad de hacer una nueva fuente y su correspondiente conducción y lavadero para que las mujeres no fueran a por agua y a lavar a largas distancias, y así evitarlas no sólo los rigores de las inclemencias del tiempo, sino quitarlas de vivir expuestas a los atrevimientos que pudieran intentar soldados, viajeros y otras personas que pudieran aprovecharse de la ocasión de verlas solas en el río, entre pinares y en sitios ocultos, como eran los parajes solitarios donde las mujeres tenían que ir por agua o a lavar. Pero la justificación para levantar fuente y lavaderos en el interior de las poblaciones no solo era la preocupación por la seguridad de las mujeres, sino que, de paso, de hacerse una fuente en el mismo casco urbano, se quitarían los gastos y el tiempo a los vecinos que usaban de criado, caballerías y aguadores para abastecer de agua sus casas.

Es curioso el documento de Íscar, pues entra en el detalle de anotar que esa nueva fuente y su lavadero traería mucho beneficio porque lograría que las mujeres pudieran lavar o coger agua cómodamente, sin faltar a su casa, después de haber despachado sus deberes y haber atendido a su familia.

A la fuente había que ir todos los días y con frecuencia, dos veces. No obstante, lo normal es que los cántaros se acarrearán por la mañana, y el botijo a mediodía y al atardecer para que hubiera agua fresca en la comida y en la

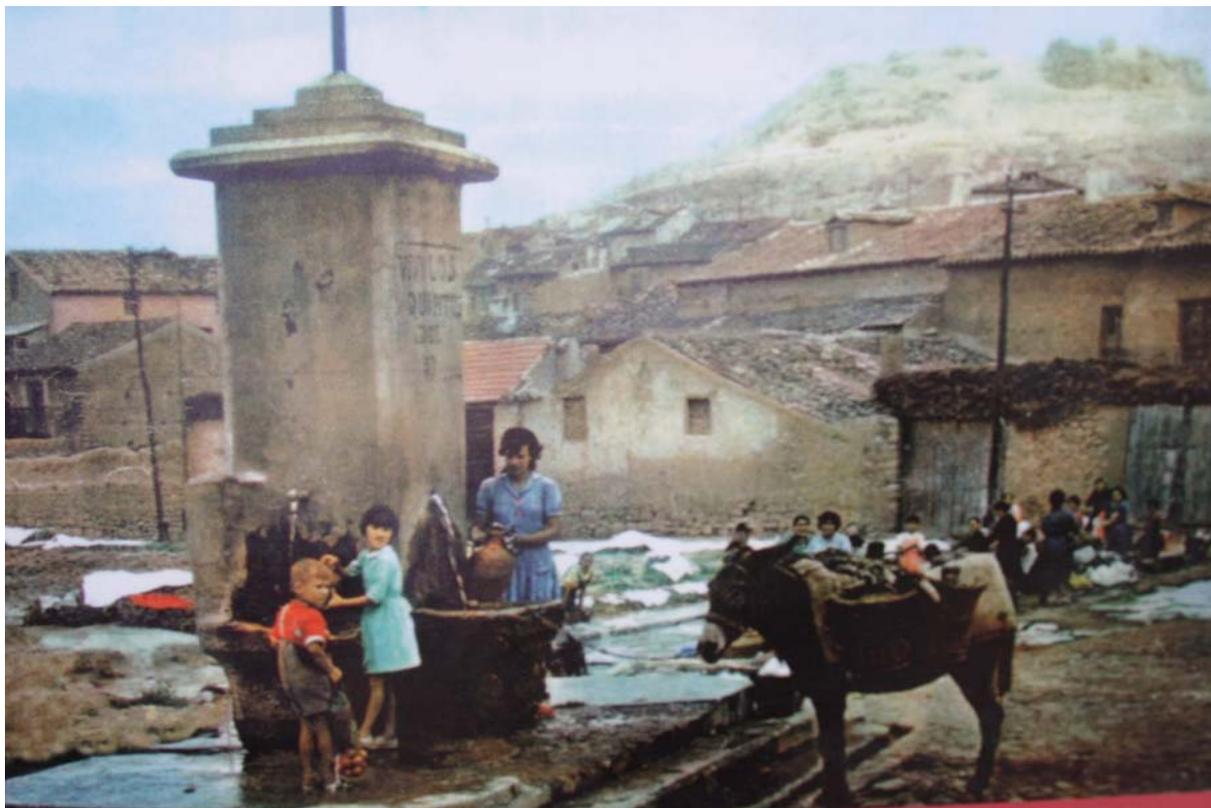
cena. Ir a la fuente podía ser tan divertido como pesado, y muchas veces llevaba su tiempo y sus disgustos.

Veamos que han contado algunas mujeres de Bahabón, Esguevillas de Esgueva, Fresno el Viejo, Mota del Marqués, Mucientes, Peñafiel, Urueña, Valoria la Buena, Villafrechós y Villanueva de los Infantes.

En ocasiones, salía tan poco agua por la fuente de la plaza que se llegaba a echar la noche para llenar los cántaros. Y no faltaban riñas entre mujeres porque alguna intentaba colarse. O lo que es peor, cuando volvías a por el cántaro o el caldero que se había dejado llenando, y había desaparecido y ya no aparecía.

Y cuando se rompía un cántaro era todo un drama, por el coste. Si había alfarero en el pueblo a lo mejor era un poco más barato.

El cántaro se llevaba en la cadera, y de la otra mano un caldero, o el botijo. Alguna llevaba además un botijo con la mano del brazo que sujetaba el cántaro. Todos los días se iba a por agua: para cocinar, para lavar la ropa, para fregar los cacharros y los suelos, para dar agua a las gallinas... En algunos pueblos había mujeres que el cántaro lo llevaban en la cabeza, sobre una rodea.



Fotografía en la fuente Nueva de Mucientes



Las hermanas Carmen y Pilar Seoane, de Castronuño.
Fotografía realizada por su hermano Félix

Cargar las aguaderas era un problema, pues se desequilibraban. Un truco era meter una piedra en las aguaderas vacías hasta que se iban cargando todas.

En Urueña, el que tenía burro subía el agua con aguaderas de 4 cántaros, y el que no, a mano. Subir la cuesta, tan empinada, con dos cántaros tenía mucho mérito pues requería mucho esfuerzo. En los años 50 había una mujer, Valeriana, muy diestra acarreado agua, pues subía un cántaro sobre la cabeza y otro del brazo.

A lavar, aunque era obligación de las chicas, los niños iban de apoyo. Pero a coger el agua los chicos no iban nunca, sólo a acompañar a las hermanas, y, además, no las cogían el cántaro, que lo traían sobre la cadera y un botijo o caldero de la otra mano... si había nevado o el suelo estaba muy mal,

los chicos acompañaban para que las chicas no se cayeran... pero no cogían el cántaro. Así como al lavadero a lo mejor se empezaba a ir ya un poco mayorcitas, a por agua nos enviaba la madre desde muy niñas.

El agua que se portaba con el cubo solía ser para fregar, y la del cántaro para beber o cocinar. Una vez el cántaro en casa, se ponía en las cantarelas que solían tenerse en el portal, y entre los cántaros se ponía el botijo.

Del cántaro se vertía en una cazuela que se tapaba con un plato y de ella se iba cogiendo el agua que hiciera falta para beber o cocinar.

Cuando iban a la fuente las mujeres llevaban dos cántaros y con frecuencia acarreaban agua para algunas vecinas. A una le daban una perra gorda por cántaro y a otra le daban 50 pesetas al mes. Bajaban por agua las veces que hiciera falta, hasta 4 o 5 veces al día.



Piedra cantarera, de una fuente de Tordesillas. Era bastante común poner estas piedras en las fuentes para colocar el cántaro sobre ella y facilitar su llenado y manipulación



Piedras cantareras en la fuente de Bahabón

A por agua se iba con un carrito cantarero en el que cabían dos cántaros, o se traía en burro cargado con cuatro aguaderas. Cuando no podías ir por agua pues lo encargabas a una chiquilla para que trajera el carrito con los cántaros llenos, y le dabas, a lo mejor, 1 peseta.

En general, dependiendo de costumbres, algunas de las piezas relacionadas con el agua utilizadas en el hogar tenían doble uso. El balde de cinz o el barreñón de cerámica, además de servir para llevar la ropa al lavadero, se utilizaba para la cocina, la higiene personal, para lavar

en casa o para la matanza —algo muy similar ocurría con la artesa—. El breguín o bregadora (nombres usados para el artefacto con dos rodillos y una manivela que los hace girar) se usaba para escurrir la ropa y para amasar. Con la herrada se llevaba ropa o agua, se sacaba agua del pozo, se utilizaba para el añil.

En definitiva, esto se correspondía con una economía y sociedad que por escasez de recursos y por sentido práctico de las cosas, acudía al estañador para los recipientes metálicos (de zinc en general), y a los lañadores para los recipientes de barro, como ya se ha dicho antes.



Carretillo para portar cántaros. Museo de Fresno el Viejo



Niñas cogiendo agua en la fuente de Alcazarén



Artesa. Museo de la Madera de Villalba de los Alcores



Barreño de cinz, Museo Orrasco, Cogeces del Monte



Breguina o bregadora, se podía utilizar indistintamente para escurrir la ropa o para hacer masa

EL CÁNTARO ROTO

Volvamos al romancero español. Este nos descubre el valor simbólico que representa el cántaro en el cancionero. Porque ¿qué expresa en realidad esta conocida jota?:

*!Ay madre! Que me lo han roto
¡Ay madre! Que me lo han roto
El cántaro en la fuente,
En la fuente ¡Ay madre! que me lo han
roto...*

O esta otra letrilla:

*Enviárame mi madre
por agua a la fuente fría;
vengo de amor herida.
Fui por agua a tal sazón
que corrió mi triste hado,
traigo el cántaro quebrado
y partido el corazón,
de dolor y gran pasión
vengo toda espavorida (...)*

*¡Ay que caro me ha costado
del agua de la fuente fría,
pues de amores vengo herida.*

... O esta...

*No vayas niña, a la fuente
a donde van los toreros,
que si empiezas a mirarlos
el cántaro se irá al suelo.*

Todas hablan, en realidad, del acto amoroso. El cántaro se sublima hasta convertirse en el vientre de la mujer: el cántaro como metáfora de la virginidad... hasta que «tanto va el

cántaro a la fuente que al fin se rompe», una expresión popular ambivalente donde las haya, porque si bien es cierto que la rutina y el tiempo hacen que las cosas se quiebren, o que la perseverancia sea una virtud que da sus frutos para conseguir un objetivo, no menos cierto es que la insistencia del galán enamorado de la muchacha puede terminar por «romper» el cántaro, que no es sino arrebatar la virginidad de la doncella.

¿Pues qué representa el popular Baile del Cántaro, sino una jota que expresa la insistencia de los mozos que, siguiendo a las jóvenes a la fuente (marco teatral idealizado, como ya hemos visto), tratan de que ellas les rindan sus amores?.

De hecho romper el cántaro es un rito nupcial en diversos lugares y etnias. En el norte de Cáceres, por ejemplo, está extendida en la celebración de las bodas la costumbre de romper un cántaro como equivalencia a la pérdida de la virginidad.



Jota del cántaro. Grupo de Coros y Danzas Besana, Valladolid

LOS AGUADORES

En las poblaciones más grandes había personas que ejercieron el oficio, permanente u ocasional, de aguador. Incluso entrada el siglo xx todavía se registra esta actividad.

Quienes ejercían de aguadores, aún siendo un oficio modesto, en muchos casos tenían unos ingresos que les permitiera llevar una vida digna para la época. De hecho, en el proceso de la desamortización de Mendizábal algún aguador, así como alguna lavandera pudo comprar la casa que hasta entonces la habitaba en alquiler y que había puesto en venta la Hacienda Nacional.

No nos detendremos mucho en este apartado, pero sí es interesante dar algunas pinceladas sobre los aguadores.

En Medina del Campo se registraban seis aguadores en 1561.

Nava del Rey también tuvo aguadores, a los cuales, una ordenanza municipal de 1744 les ordenaba llevar cántaras de tres cuartillas (es decir, 12 litros). Y algún aguador aún ejercía aún mediado el siglo xx, según testimonios verbales.

Un agotamiento del manantial que abastecía las dos fuentes del casco urbano de Tiedra, hizo en pleno siglo xx, que Patricio Martín y sus hermanos practicaron tareas de aguadores.

Veinticinco aguadores se censaban en Valladolid en 1750, una actividad de la que se tienen registros documentales de antiguo: en 1497 a un aguador se le dio la exclusiva de venta del agua de la primera fuente que se construyó en la villa —la fuente de la Puerta del Campo—. Hasta entonces el agua se cogía sobre todo del Pisuerga; también de los manantiales del entorno de la villa. De hecho, la patrona de la ciudad, la Virgen de San Lorenzo, se la conoció al prin-



Un aguador, con sus cántaras, pasa delante de la Casa de los Ingleses, en la calle del Santuario, Valladolid

cipio como Virgen de los Aguadores. Relata la leyenda que se la encontró en las proximidades del río y durante un tiempo presidió el portillo de la muralla que los aguadores franqueaban para coger el agua a las orillas del Pisuerga, en las inmediaciones del puente Mayor (por eso el portillo se anota a veces como de los Aguadores).

Las obligaciones de los aguadores se registran en la primera ordenanza de Valladolid, de 1549, reinando Carlos I. Sus obligaciones eran respetar la cantidad de agua que debía ir en cada cántaro y que la vendieran a determinado precio, so pena, en caso de infringir la norma, de pagar una multa, romperles los cántaros e incluso ir diez días a la cárcel, si el infractor era reincidente.

Aún más, podemos llegar hasta los años 60 del siglo xx para encontrarnos con aguadores, que ya en esa época compatibilizaban su trabajo con otros más estables: en el barrio Girón, Santa Clara o Belén. En este último, cuando aún no había puesto la fuente de la avenida del

Valle Esgueva, había un matrimonio, Lázaro Pérez y Antonia, que en sus ratos libres —pues él trabajaba en un fábrica—, vendían agua por las casas. La tomaban de la fuente de Chancillería y la traían por las casas, previo encargo, al precio de 1 peseta el cántaro.

Dos aguadoras se censaban en Villalón de Campos en 1752.

En el término de Villagarcía de Campos hay un camino llamado «senda del Aguador» que va desde el manantial de Cañicorrales (como a 2,5 kilómetros del municipio) hasta el caso urbano.

De aguadores hay noticias en Cuenca de Campos y Tordesillas, y de aguadoras en Pozaldez en las primeras décadas del siglo xx.

Del oficio de aguador ha quedado un dicho para referirse a un objeto de cierto tamaño: «es tan grande como zapatos de aguador». Lo que hace pensar que llevaran algún tipo de albarca para protegerse del agua durante la faena de llenado de los cántaros.



La concurrida plaza de Fuente Dorada. Obsérvese el carro con cuba de aguador que hay junto a la fuente en el ángulo inferior derecho. Los clientes de los aguadores valoraban mucho el agua de esta fuente

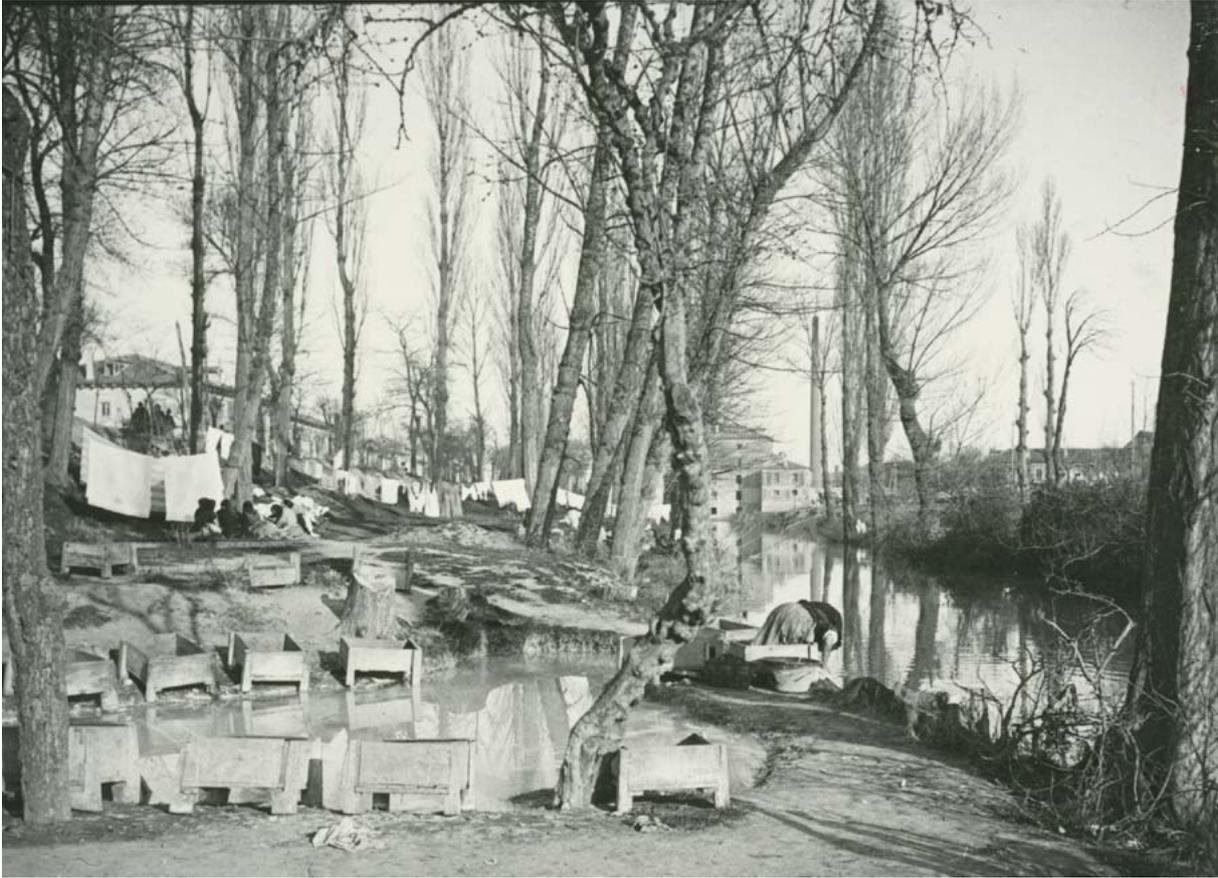
FROTAR Y TENDER AL SOL

Una de las tareas domésticas más duras, y que siempre ha desempeñado la mujer, es la de lavar la ropa. Podemos anotar una pequeña excepción: el historiador Anastasio Rojo Vega, ha dejado constancia documental de que en siglo XVI se registra la actividad de algunos varones como «lavanderas».

Hasta que el agua no llegó al interior de las casas y, más tarde, la lavadora, la tabla de lavar, el cajón, la cesta de mimbre, o el barreñón, o la herrada (o una pequeña artesa) y unos cuantos kilos de ropa, eran acarreados por las mujeres hasta el río, la fuente o el lavadero... desde el más temprano amanecer y, por lo general, a lo largo de toda una durísima jornada dedicada a frotar, aclarar y tender, fuera invierno o verano.



Lavando en el Pisuerga, junto al puente Mayor y las aceñas de Valladolid. Archivo Municipal de Valladolid



Valladolid, bancos de lavanderas, y lavanderas al fondo, en el tramo final del Canal de Castilla antes de desaguar en el Pisuerga

Los lavaderos, que proliferaron en el siglo XIX, vinieron a paliar en alguna medida aquella penosa tarea, pues permitían una posición de lavado algo más cómoda que la mera orilla del río y, si estaba techado, cubría de las inclemencias del tiempo: ya fuera del sol abrasador, de la lluvia o del rigor invernal. Muchos de aquellos lavaderos, contruidos en piedra o en cemento, incorporaban en el murete la forma ondulada de la tabla para facilitar el lavado sin este instrumento.

Las familias más afortunadas, o por que las características del terreno lo permitían, disponían de un pozo en el corral de la casa que hacía algo más llevadero el atareo del lavado, pues al menos no había que desplazarse lejos y se

estaba en las inmediaciones del hogar, lo que permitía comer caliente o calentar agua para lavar en la artesa.

Si el lugar del lavado estaba muy lejos de la casa, cosa harto frecuente, las mujeres solían llevar la comida para todo el día, o se la hacían traer de casa por algún familiar o una de las hijas mayores.

En aquel trabajo tampoco faltaban las disputas entre las mujeres por ver quién había llegado antes a ocupar los puestos más cómodos o los más cercanos al caño por el que salía el agua, o por algún descuido en la manipulación de la ropa que ensuciaba o enturbiaba inadecuadamente el agua de todas.

Según fuera invierno o verano se lavaba en un lugar u otro: el lavadero en invierno y el río en verano solían ser las opciones más habituales.

Ríos, arroyos, charcas, lavajos, fuentes, manantiales y lavaderos acogían, casi siempre en lunes, a las mujeres que tenían que resolver en una jornada la colada de toda la familia. No obstante, también entre semana se solían lavar los pañales y las toallitas que ayudaban a sobrellevar la menstruación femenina, generalmente en horas a las que no acudían el resto de mujeres.

Las lanas de los colchones y las ropas de difuntos o enfermos infecciosos requerían lugares más apartados y no usados para el lavado habitual. No obstante, en el caso de difuntos o infecciosos, en muchas poblaciones es costumbre quemar sus prendas personales.

Las Ordenanzas Municipales de Medina del Campo de 1912 establecían que las ropas de vestir y de cama, así como la lana de los colchones de los enfermos infecciosos y de los fallecidos, y de toda la población en tiempo de epidemia, no se permitían lavarlas más que en el río, entre el puente del Obispo y Casa Blanca.

En Montemayor de Pililla hay un lavadero apartado de los otros que estaban en torno a la

fuelle de la Hontana, llamado de difuntos, en la carretera de Villabáñez.

Mas, volvamos a la dura faena del lavado. Como es obvio, también había lavanderas de oficio, que lavaban a cambio de unos emolumentos que permitían aliviar las penurias de las familias más modestas o de viudas sin posibles. Estas lavanderas solían tener una clientela fija compuesta de casas particulares pero también de cuarteles, conventos y hospitales. Oficio, de lavandera, que se llevó a cabo en muchos municipios y en todas las épocas: treinta y tres lavanderas se censaban en Medina del Campo en 1561; en 1804, Marcelina Rodríguez, viuda y lavandera de Tudela de Duero, denuncia que le han sido sustraídas ropas; y en Pozaldez, hacia los años 20 del siglo xx, había lavanderas que iban por las casas para lavar la ropa... y en Pedrajas de San Esteban, y en Campaspero...

La costumbre de usar el lavadero no se perdió radicalmente con la llegada del agua a las casas e incluso con la introducción en los hogares de la lavadora eléctrica, pues dada la amplitud de los pilones de los lavaderos estos siguieron prestando un buen servicio para lavar ajuar doméstico de gran tamaño: mantas, colchas, alfombras, cortinas, etc. que no caben en la lavadora y que se manejan con incomodidad en las bañeras de las casas.



Lavaderos (cubierto y descubierto) de San Llorente



Lavando en el arroyo del Henar a su paso por Vitoria.
Foto cedida por Pompeyo Velasco

Para conocer con más detalle la dura tarea del lavado de la ropa, acudiremos de nuevo a los testimonios de unas cuantas mujeres, recogidos en Bahabón, Campaspero, Esguevillas de Esgueva, Laguna de Duero, Medina del Campo, Montemayor de Pililla, Morales de Campos, Mucientes, Olmos de Esgueva, Pedrajas de San Esteban, Peñafiel, Piñel de Abajo, Quintanilla de Onésimo, Rodilana, Saelices de Mayorga, Santibáñez de Valcorva, Santovenia de Pisuega, Valladolid, Vitoria, Villabáñez, Villaco, Villafrechós y Villanueva de los Infantes.

Aunque la gente tuviera agua corriente en casa solía frecuentar los lavaderos. Se iba cuando había ropa, y quien tenía agua corriente en casa iba lavando en ella a diario aunque dejara alguna ropa para los lavaderos... Estoy hablando de los lavaderos de Santa

Clara (Valladolid)... Fuera invierno o verano, de lunes a viernes una mujer nos hacía la colada y la pagábamos 5 pesetas cada semana; lavaba en la fuente de la Teja, en el camino del Cabildo (Valladolid)... Conocí a una viuda con varios hijos que los sacó adelante lavando la ropa de los militares de Capitanía (Plaza San Pablo). Ella ponía la ropa en unas grandes cubas de madera que contenía agua con polvos de gas, que era un equivalente a la lejía... Aquello sería sobre el año 1955.

Se lavaba en las casas o en la fuente Vieja o de Arriba (Villabáñez). Cuando se lavaba en las casas se cogía el agua de la fuente, se calentaba en la caldera de la lumbre, se echaba en la artesa (específica para lavar) que solía estar recubierta de cinz para evitar que el agua se perdiera por las rendijas de la madera, y se iba a aclarar al arroyo... Cuando se lavaba en la fuente Vieja se hacía el ciclo completo en el lugar. A veces a la fuente, donde estaban los lavaderos, se llevaba un barreño de cinz y se lavaba en él utilizando la tabla o piedra.

La ropa se frotaba y se metía en jabón en la artesa y luego se dejaba en un balde (esto cuando se lavaba en casa, que también se hacía mucho). Al día siguiente se frotaba en la artesa con la tabla y se iba a aclarar a los arroyos, o en casa también se solía hacer el aclarado. La ropa se tendía cerca de las casas: en las vallas de piedra y en las eras, donde se ponía extendida para que la diera el sol.

Las amas eran desconfiadas y obligaban a las mozas que venía del arroyo de aclarar y azulear la ropa a volver a aclararla en la casa para ver si se había quitado bien el jabón, y si no era así, otra vez al arroyo. Es más, algunas amas obligaban a que el añil se diera

en la casa y no en el arroyo, así vigilaban que se aclarara bien la ropa. Sucedió que en invierno era muy duro aclarar en el arroyo y a veces las mozas aclaraban la ropa muy someramente.

Cuando se iba a lavar a los arroyos o a las fuentes, cada una llevaba su artesa y su tabla, pero no la banca. La tabla de lavar muchas la llaman piedra de lavar y tiene una madera por debajo, como una pata, para que se sujete a la artesa y no se mueva cuando se lava. La banca se llevaba cuando se lavaba en los arroyos. Sin embargo, me han contado que en otros pueblos la tabla y la artesa se usaban sólo cuando se lavaba en casa, no se llevaba al lavadero, que para eso tenían las piedras dispuestas para facilitar el frotar.

Ir a lavar al río era para estar todo el día, y se llevaba la comida. Aquí para ir al río había que despedirse de la familia: todo el día te tirabas. Se iba más o menos desde la primavera hasta octubre, ¡cualquiera iba en invierno!. A las chicas que estaban en casa de amas les gustaba ir al Esgueva aunque fuera para estar lavando, pues era un día que disfrutaban sin estar a las órdenes de las amas. Se iba con un burro y la ropa de dos mujeres. Y no se llevaba la artesa, solo la banqueta y la tabla.

En Montemayor, como en todos los pueblos, nos mudábamos una vez por semana, y aunque antes la gente usaba menos ropa que ahora, la verdad es que cuando ibas a lavar ibas muy cargada: la tabla, un barreño de cinz en la cabeza y otro de la mano, cuando no alguna criatura de la otra. Además, a la vuelta era muy penoso subir cargadas la cuesta de la Hontana.

Muchas veces lavábamos con la caballerías u ovejas bebiendo al lado y teníamos que evitar sus babas. Y en

invierno con una piedra había que romper el hielo del río. Lavabas, ibas a casa a atender las cosas del hogar y cuando volvías, la ropa que habías dejado tendida en la hierba te la había pisado el ganado.

Otra fuente donde se lavaba era la fuente de la cañada de los Lobos (Laguna de Duero), y de ella se recuerda que los lagartos se paseaban por encima de la ropa tendida y que los chicos, encargados de espantarlos a pedradas, observaban que los lagartos, ya viejos y acostumbrados a la presencia humana, en vez de huir corrían, como un perrillo, detrás de las piedras que les arrojaban.

En invierno, sobre todo si ibas a lavar al río, se llevaba un cajón grande para protegerse y abrigarse mejor de la humedad y las salpicaduras. El cajón o la banca, como se quiera llamar, se asentaba bien en la tierra junto al arroyo o el río y en ella se encajaba la tabla, así no se movía y se lavaba más cómodamente. Cuando se lavaba en el río había que tener cuidado de no remover la pecina y el barro del fondo. La banca o banqueta se compraba o se hacía en casa si el marido era mañoso o había algún familiar carpintero.

En algunos municipios de Tierra de Campos, la tabla, o taja, tiene un agujero en su cabeza que servía para atravesar por un gran clavo e hincarlo en el borde del río para que, de esa manera, no se moviera.

Se trabajaba mucho lavando la ropa. Te tirabas todo el día. Era costumbre hacer una tortilla para llevarse al lavadero, y se dejaba la comida hecha para los del resto de la casa. Y al atardecer las chicas iban a buscar a la madre para ayudarla a traer la ropa. El resto de la semana, sobre todo si en casa había niños pequeños o no había

pozo de dónde coger agua, se iba si era necesario para lavar lo más urgente, pero te llevaba menos tiempo.

Cuando se lavaba o aclaraba fuera de casa no se llevaba a los niños, salvo que no hubiera otro remedio, porque era un peligro para ellos, pues antes bajaba mucha agua por los arroyos. Además, si estás aclarando con los chicos alrededor ni estas a una cosa ni a otra. Los chicos se quedaban con la abuela, nosotras le lavábamos también su ropa. Y sobre todo, no venían los chicos cuando se iba al Esgueva.

Dependiendo de que fuera invierno o verano, se cambiaba de lugar de lavado, pues un agua podía estar más templada que otra según la estación del año. De todas formas cada una iba a lavar donde más la conviniera por tener más cerca una fuente o un río o arroyo. Cuando se lavaba lejos de casa era frecuente que se aprovechara para, con una borriquilla las que podían o con algún carretillo, se volviera con cántaros llenos de agua a casa, además de portear la ropa de la colada. En mi pueblo, como había varios lugares donde lavar, no se juntaban todas las mujeres en el mismo lavadero, porque además de las conveniencias de cada una, estaban las simpatías y las antipatías de cada cual.

Algunas mujeres llevaban un caldero con agua caliente y un ladrillo caliente para los pies, y un cojín para la banqueta donde se arrodillaban. Y cuando se acababa el agua caliente se subía a casa a por otro caldero: el agua estaba muy fría y el jabón muy duro.

En el lavadero se comentaba todo lo que pasaba en el pueblo: quienes estaban enfermos, noviazgos de los hijos, etc. Y los chavales estaban muy atentos a la conversación de las madres,

y cuando la conversación entraba en temas delicados alguien advertía de la presencia de niños y se cambiaba de conversación o se bajaba la voz.



Mujeres de Mucientes

En cuanto amanecía, las más mayores ya se iban a lavar para coger el mejor sitio tanto en el lavadero como luego para tender la ropa. Además, la gente que quería aclarar directamente en los caños tenía que andar muy lista... Había cosas que se lavaban aparte, como las «cacas» de los niños o la ropa sucia de la regla. Y la ropa de dar a luz se lavaba en casa, pues era una cosa muy escandalosa: sábanas, toallas, trapos... o se buscaba ir al lavadero a otras horas en las que no hubiera nadie, sobre todo que no hubiera niños ni niñas.

Si hacía mucho frío se lavaba en casa y se aclaraba en el lavadero. En casa, en la artesa, que como también se usaba para la matanza, pues se limpiaba bien antes de dedicarla al lavado de ropa. También, si el lavadero ya estaba lleno de mujeres, entonces cogías agua y se lavaba aparte, en la artesa.

En definitiva... El trabajo de lavar era muy penoso, incluso a algunas les sangraban los nudillos de tanto frotar, pues antes los hombres estaban toda la semana con la misma muda... En invierno, para lavar en el arroyo había que romper los hielos de las orillas...

algunas mujeres volvían a casa muy, muy cansadas, como enfermas: el esfuerzo, el frío o el sol, todo el día a la intemperie...

En Villafrechós, como en otras localidades:

[...] el sábado o el domingo temprano, el lavadero lo limpiaba el Ayuntamiento o una señora a la que se pagaba entre todas. Y donde se lavaba no abrevaba el ganado.



Todos los utensilios propios para el lavado. Banca, tabla, artesa, jabón, azulete y barreño de zinc. Ecomuseo de Tordehumos

EL JABÓN

Un complemento imprescindible para la buena práctica de lavar era, sin duda, el jabón. Hasta que el jabón industrial (y antes que él, el afamado jabón Lagarto), se introdujera en los hogares, el jabón se fabricaba en las casas:

[...] con sosa y sebo...; el sebo se deshacía, se le añadía la sosa y unos polvos e incluso a veces el añil... (alguna mujer ha hablado del «jabón de muro») ... con sosa y aceite o grasa de marrano o de chivo...; aceite o grasa, agua, sosa cáustica, venga a darle vueltas para que cuaje, se vierte en un cajón, se deja reposar y al día siguiente se corta en trozos...; se usaba de un año para otro porque se ponía más duro y así lavaba más...; para blanquear, bolas de sosa, y para dejar la ropa blanca impecable, añil.

Llegados a este punto conviene hacer un paréntesis para ver en qué consistían los ciclos de lavado que se han comentado, y que dependían de las costumbres de cada lugar, de las condiciones climáticas y de la época del año. Pero, básicamente, podemos anotar tres tipos de ciclos.

Llamémoslo ciclo corto del lavado: enjabonado, frotar, un agua, se tendía todavía algo enjabonada en la era o en la hierba para que blanquera humedeciéndola de vez en cuando (sobre todo en verano), y posterior aclarado completo añadiendo añil, y se tendía definitivamente a secar en las piedras, tapias o cuerdas

de la casa. El ciclo normalmente se hacía en el día, aunque fuera invierno.

En el que llamaremos ciclo medio se empleaban dos días. Uno para enjabonar y restregar, y tender la ropa aún enjabonada (manteniéndola húmeda para que no amarilleara). Luego se recogía la ropa y se llevaba a casa en el bargueño. Al día siguiente se volvía al lavadero, se aclaraba y se tendía.

Veamos el que pudiéramos llamar ciclo largo: los lunes se frotaba y se dejaba en remojo. Los martes, frotar, somero aclarado, y tender. Había que tener cuidado para no dejar la ropa extendida con mucho jabón porque se podía poner amarilla. Los miércoles aclarar por completo y tender para secar...

...Y luego, a planchar cuando se podía... otra tarea muy pesada.



Jabones, Museo Orrasco, Cogeces del Monte

POLVO DE CENIZAS

Hemos empleado la palabra «colada». Pues bien, nadie de las personas preguntadas ha sabido indicar de dónde viene el término, y se da por supuesto que se refiere a la actividad de lavar la ropa y ya está. Pero sí existe una explicación de la palabra: colada, dice el diccionario de la Real Academia, tiene, entre otros significados, el de «lejía en que se cuele la ropa». Hemos de irnos a buscar la palabra lejía para saber que la misma es un «agua en que se han disuelto álcalis o sus carbonatos». Y que la lejía se obtenía, antes de un proceso industrial, «cociendo ceniza». Si acudimos a la etimología de lejía, nos dirá que esta palabra al menos ya existía en el siglo xv, como abreviación del latín «aqua lixiva» (agua de lejía), un agua empleada en la colada de ceniza. Mas, las mujeres no tuvieron que estudiar latín para llegar a saber que si ponían ceniza en un paño (para que no manchara el resto de la ropa depositada en la herrada o la artesa) y sobre la ceniza vertían agua caliente, esta —la ceniza— reaccionaba produciendo un líquido que blanqueaba la ropa, es decir, la primitiva lejía.

El empleo de productos químicos, aunque de limitado número, ha sido una constante en el atareo del lavado: el jabón, como es lógico, aunque originariamente de elaboración casera, la ya citada lejía, y antes su natural producción mediante ceniza. Azulete o añil, polvos de gas y otros productos similares forman una pequeña lista de productos que, las más de las veces, dejaban una marca indeleble en las manos de las mujeres.

El lavado de la ropa no era algo que pasara inadvertido a las autoridades, sino veamos que en el caso de Valladolid, ya las primeras ordenanzas de la villa, de 1549, imponían normas para el lavado de la ropa, de tal forma que se castigaba el que la ropa, en vez de lavarse a manos, se apaleara, porque esa práctica rompía los tejidos.

Y en las ordenanzas de 1886, el ayuntamiento prohibió que las lavanderas utilizaran productos químicos que perjudicaran la ropa, refiriéndose sobre todo a los polvos de gas para blanquearla, pues las prendas se rompían, además del mal olor que exhalaban.

LAVANDERAS DE LEYENDA: PEDRAJERAS Y MINGUELERAS

Algunas mujeres de Pedrajas de San Esteban agotaron sus vidas lavando ropas ajenas por una peseta al día. Desde Pedrajas hasta Sacedón, distante 3 kilómetros y donde hay una ermita, iban las mujeres a lavar la ropa para ellas mismas o a jornal. Unas a pie cargadas con talegos llenos de ropa y otras con burros. Solían portar banca de madera y «table-ro», o lo guardaban entre retamas próximas a las balsas para evitar ir cargadas con ellas. La balsa preferida por las lavanderas era la que había junto a la fuente, y a la otra la llamaban estanque. Tras la Guerra Civil se comenzó a usar jabones más blandos fabricados en la resinera del municipio. Como pasaban todo el día, se llevaban algunas viandas consistentes las más de

las veces en patatas y tortilla. Las más religiosas aprovechaban para encender alguna vela a la virgen, y si ese día había misa, abandonaban su trabajo para acudir a la liturgia. Cuando se acababa la faena, y en todo caso al anochecer, vuelta a Pedrajas: si podían, las que disponían de burro portaban también la carga de alguna vecina que acudía a pie a Sacedón, y también era frecuente que les ayudaran los mozos que esperaban el regreso para cortejar a las mozas. El atareo de lavar la ropa en Sacedón se mantuvo hasta los años 60 del siglo xx, década en la que ya entró el agua en todas las casas, y porque hasta la fecha nunca llegaron a construirse lavaderos en el interior de la población.



Uno de los dos lavaderos que se utilizaron junto a la ermita de la Virgen de Sacedón, Pedrajas de San Esteban, reconvertidos en estanques. En la imagen, el autor y Carlos Arranz



Restos de la fuente del despoblado de Minguela

Carlos Arranz Santos, pedrajero e historiador relata que al menos desde 1578 se conoce la existencia de una fuente junto a la ermita de Sacedón, y que en 1623 ya se citan el aprovechamiento del agua de la fuente para lavar la ropa.

Además de las jóvenes o amas de casa que lavaban para ellas, en las primeras décadas del siglo xx fueron famosas algunas lavanderas a sueldo que aún se recuerdan en la localidad: Eulalia «la Habanera», Paca «la Cancina» y la señora Restituta, «la Tablesa».

Pero si en la provincia hay una saga de lavanderas, esas son las que se han dado en llamar «mingueleras»: mujeres campasperanas que acudían a lavar a la fuente del despoblado de Minguela.

Minguela es un antiguo pueblo que a principios del siglo xvii ya había perdido toda su población. Sus restos, aún identificables, están en la cabecera del arroyo Valcorba, a 5 kilómetros de Campaspero. Buena parte de los antiguos habitantes de Minguela, en el proceso de extinción emigraron a Campaspero. Pero Campaspero ha tenido un problema tradicional: la falta de agua. Eso hizo que desde tiempo inmemorial muchas mujeres de la localidad acudieran regularmente a la fuente de Minguela y al inicio del Valcorba —que nacía allí mismo— a lavar la ropa. El camino que une Campaspero con Minguela se conoce como el de las Mingueleras o camino de Minguela. También, por un documento del xviii se conocía como «camino de las lavanderas».



Teodora (i) y Felisa (d), octogenarias mingueleras de Campaspero. Fotografía de José María Cabezas

Así relatan sus particulares recuerdos Felisa, Teodora y Hermógenes, vecinos de Campaspero (pues en pleno siglo xx aún se acudía a Minguela):

Para ir a lavar había que espabilar, se madrugaba para coger el «ojo» de la fuente, es decir el primer lugar, donde nace la fuente. Era el lugar mejor, de agua más limpia, pero también la más fría.

Había competencia para llegar las primeras a la fuente. De todas formas se madrugaba mucho: se salía de noche. Iban grupos de unas veinte mujeres que se juntaban, según las cuadrillas de cada barrio. El día anterior se avisaban unas a otras: «mañana voy a lavar», «bueno, pues también iré yo». Desde luego, nunca íbamos solas, íbamos por grupos, como se ha dicho, o con una amiga o una vecina. A los niños pequeños normalmente no se les llevaba.

Se iba con burras aderezadas con las «alforjas mingueleras» cargadas con lo sacos de ropa, más la tabla y el duerno de madera para las rodillas. Con el duerno las rodillas se protegían de las piedras. Y la que no tenía burro, lo pedía a otra persona. La ropa se llevaba en un saco de lino hecho a propósito para esta finalidad. Un saco en cada alforja, así la carga iba equilibrada. Los burros andaban sueltos por las praderas, o comían cebada y paja si llevaban cebadera.

Era un trabajo muy duro pues se quería lavar mucha ropa en cada ocasión, además ropa muy sucia: «los labradores gastaban camisa blanca, y cuando acababa el verano las ponías así y se tenían, se quedaban de pie, de lo sucias que estaban». El afán era lavar mucha ropa aunque para ello tuvieras que comer a última hora, incluso a veces se hacía tarde y volvías a casa con algunas piezas sin lavar. También



Mujeres lavando en la fuente de Minguela en los años 40. Imagen cedida por Carlos Hernando de la Rosa

se iba a lavar las lanas de los colchones. Lógicamente, íbamos para todo el día, y si se ponía a llover o nevar nos subíamos a refugiarnos en las cuevas que hay allí. A veces llegaban los pastores y las ovejas pisaban la ropa que estuviera tendida en los majanos, por lo que para evitarlo, cuando se veía que venían los rebaños, nos poníamos a recoger la ropa. Con las de Bahabón a veces había sus disputas, porque ellas decían que te ponías a lavar en sus tierras, aunque las de Bahabón no iban a Minguela.

Cuando acababas estabas casi ocho días con dolor por las agujetas. De todas formas, algunas mujeres cantaban mientras lavaban o cuando iban por el camino: cuando se iba por el camino las mujeres silbaban a los campesinos que andaban por las tierras. Y sobre el planchado de la ropa, sólo se planchaban las camisas buenas.

No obstante, también había lavanderas a jornal. Algunas mujeres de Campaspero no iban a Minguela, sino a la fuente del Suso, en el término de Cogeces del Monte, y al arroyo de Valdecascon. Y... «otros grupos, como de a 5 o 6 mujeres, no lavaban en la fuente, sino en las charcas del arroyo (Valcorba): la Fragua, el Colmenar, la zona del puente y más hacia Bahabón, hasta la fuente el Piejo».

ALGUNOS LAVADEROS

Se conservan en la provincia numerosos lavaderos pues prácticamente todos los municipios, por pequeños que sean habilitaron lavaderos bien cubiertos bien descubiertos. A la conservación de los lavaderos cubiertos ha contribuido que muchos, una vez que se dejaron de usar para el cometido que fueron

construidos, se habilitaron como almacenes municipales, bares, etcétera. Además muchos municipios los han recuperado para hacer zonas de ocio en su entorno, o jardines... en definitiva, hacer que su puesta en valor sea uno de los lugares de la memoria colectiva.



Fuente y lavadero cubierto de Torrecárcela en 1964. Foto cedida por Jesús Minguela Pascual



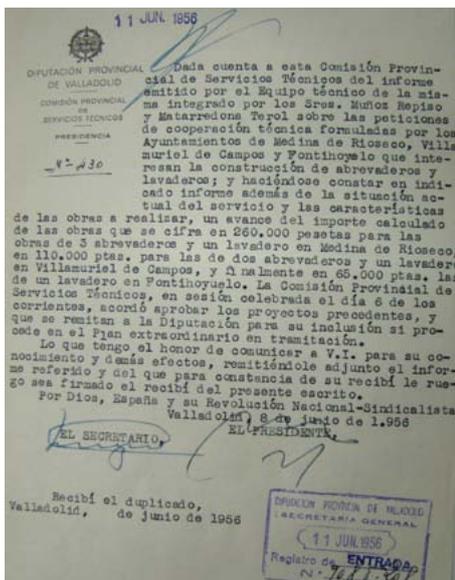
Aspecto actual del lavadero y fuente de Torrecárcela

Buena parte de los lavaderos cubiertos se construyeron, al igual que se hizo con las fuentes, bajo el impulso de la Diputación Provincial: se pusieron en marcha planes especiales o se in-

cluían en los planes provinciales de obras. Bajo aquel impulso, en los años 50 y 60 del siglo xx se construyeron numerosos lavaderos cubiertos.



Caño y lavaderos cubierto de Velliza



Acuerdo de 1956 de la Diputación Provincial para la construcción de lavaderos en varios municipios de la provincia



Lavadero de Boecillo



Interior del lavadero cubierto de Velliza



Medina del Campo. Detalle de la panorámica de Wyngaerde (siglo XCI). En primer plano, la Fonta

MEDINA DEL CAMPO

Por la importancia que tiene la villa, pero sobre todo porque dispuso de dos importantes lavaderos que se usaban incluso por pueblos de alrededor, nos vamos a detener en Medina del Campo que, además, sirve para ilustrar la importancia que se daba en las poblaciones el disponer de lugares adecuados para el lavado de la ropa.

Según estudio del historiador Antonio Sánchez del Barrio, en el plano de Van den Wyngaerde, de 1565, junto al humilladero del Cristo de Piedra antes de entrar en Medina del Campo puede verse un hermoso lavadero que Wyngaerde lo señala como «La Fonta», y que actualmente se conoce como Cañuelo. Y por aquella época había también otro lavadero que se conocía como el de la Cárcel, que también se usaba para coger agua, cerca de las antiguas Casas Consistoriales.

Había un par de lugares habituales de lavado en aguas libres: en el Adajuela, concretamente en la laguna Barrientos (cerca del Hospital, de ahí el nombre de la laguna), sita poco antes de desembocar en el Zapardiel; y en el Chorro, to-

pónimo actual de la antigua laguna de San Nicolás. En este punto, ya en el siglo xx se habilitó un pilón lavadero de hormigón.

En el siglo xix, se sabe que en Medina del Campo se lavaba en el charco Lavaculos, en el río Zapardiel, y en un lavadero cubierto que se construyó en 1886; y ya en el siglo xx en dos importantes lavaderos: el de Santiago, el más grande y cubierto; y el del Chorro, descubierto.

El lavadero de 1886 se dejó de utilizar en algún momento de las primeras décadas del xx, y el del Chorro estaba impracticable hacia 1968. Del de Santiago sabemos que tenía tres pilones: uno para lo más sucio, otro para lo que ya estaba limpio, y otro para el aclarado. Se lavaba de rodillas.

Pero, vayamos un poco más despacio.

El origen del primer lavadero que se construyó hay que buscarlo en una memoria municipal de 1865, que decía que a pesar de ser la población de Medina del Campo una de las más abundantes en aguas potables de la provincia no tenía, sin embargo, ningún lavadero público, e indicaba que el lavadero más frecuentado



Medina del Campo, mujeres lavando en el río Zapardiel

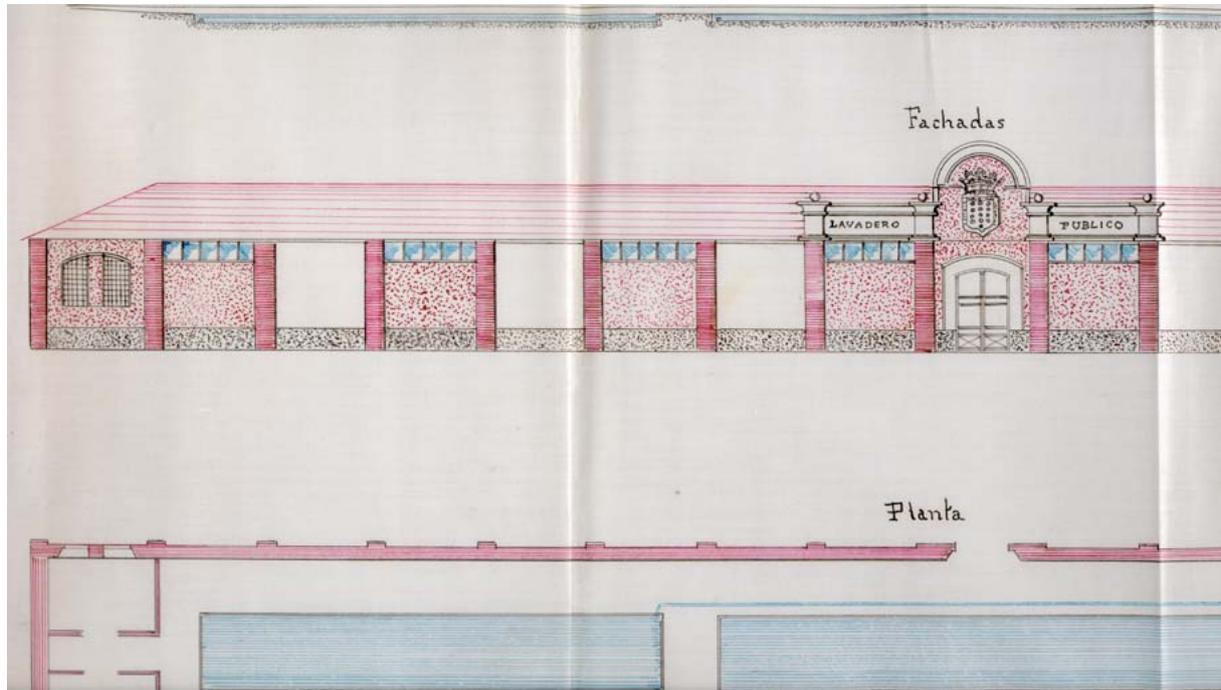
estaba en un sitio pantanoso, lo que producía, además de los inconvenientes de las inclemencias del tiempo, frecuentes calenturas intermitentes, por lo que se consideró conveniente la construcción de un lavadero cubierto para procurar comodidad, a los que tengan que acudir a lavar la ropa y preservarles de los rigores del sol y de la lluvia. En 1886 el lavadero ya estaba construido, pero habían tenido que pasar más de 20 años para que el consistorio ejecutara las intenciones manifestadas en 1865.

No obstante, el lavadero se reformó al año siguiente porque se consideró que las balsas existentes no eran suficientes y era necesario su prolongación para obtener la capacidad que se necesitaba.

Apenas unas pocas décadas después, la Junta de Sanidad advierte que el antiguo lavadero público era deficiente para atender las necesidades de la población y que, además, el Ayuntamiento había prohibido lavar en todo el

trayecto del Zapardiel comprendido entre los puentes de Aguacaballos y del Obispo, por lo que se imponía la necesidad de construir otro nuevo lavadero. Aquella prohibición obedecía a que el caudal del río era escasísimo y que para que se pudiera lavar había que represar el agua, lo que generaba la descomposición de la misma produciendo miasmas malsanas y olores pestilentes.

Ante esta penosa situación, en 1913 se construyó un nuevo lavadero en un prado situado en la parte norte del Hospital de la Piedad, aprovechando el agua abundante y limpia que brotaba del pozo que se había perforado el año anterior. Se trataba de un gran lavadero para que pudieran lavar con comodidad de ciento ochenta a doscientas personas. Además, se preveía la construcción de cuatro cuartos: dos para el servicio del personal encargado del mantenimiento de los lavaderos y otros dos para que quienes no hubieran terminado la tarea de lavado



Vista parcial del plano del lavadero que se construyó en Medina del Campo en 1913

en el día, pudieran dejar la ropa guardada hasta el día siguiente. Las instalaciones contaban con personal dedicado a mantener las condiciones higiénicas del lavado, asegurar que el agua corriera por las pilas y que el lavadero estuviera iluminado y adecuadamente aireado. Este lavadero se conocía como el lavadero de Santiago o, simplemente, el Lavadero.

De estos lavaderos algunos testimonios relatan lo siguiente:

Junto al Chorro había otro lavadero al aire libre, pequeño, como para diez personas, que se usaba incluso en invierno porque el agua que salía estaba más templada que la del lavadero cubierto... Se iba a lavar todos los lunes y a los lavaderos iban muchas mujeres, porque incluso en los años 60 algunas casas no tenían agua corriente. Los lunes, en el Chorro se juntaban más de veinte mujeres.

En el lavadero había una señora que lo cuidaba y que te alquilaba la banqueta y la tabla si no la llevabas de casa...

El lavadero de Santiago lo cuidaba una señora que estaba todo el día, y se la pagaba una pequeña cantidad. Además, nos regaba la ropa húmeda puesta al sol si veía que se secaba. También se encargaba de pasar cada rato un rastrillo por el agua para arrastrar la suciedad que pudiera haber. Así quitaba la telera que se formaba en la superficie... Al lavadero se llevaba a los chicos pequeños para que regaran la ropa puesta a secar y la cuidaran para evitar robos. Para restregar la ropa se llevaba un cepillo... La técnica que usaban muchas mujeres era poner sobre el tajo (borde) del pilón una sábana, y sobre ella iban enjabonando el resto de la ropa... venían de otros pueblos, sobre todo de Rodilana, con burros cargados con la ropa.



Caño Nuevo, Olmedo, con el abrevadero y el lavadero cubierto al fondo



Interior del lavadero

OLMEDO

Ya hemos hablado de la fuente monumental del Caño Nuevo (1789), sito en la calle Baja del Caño Nuevo. Inmediato a la fuente y abastecido por ella, hay un gran lavadero cubierto construido en 1927. Ya no está en uso sino muy esporádicamente por alguna mujer que lo utiliza para lavar piezas grandes, como alfombras, persianas, colchones o edredones.

QUINTANILLA DE ONESIMO

Los lavaderos, ahora están descubiertos. Antes dos de ellos, los más próximos al río, estaban bajo cubierta. Los caños que los llenan de agua son dos antiguos bujes de carros. Se usaron hasta los primeros años 70 del xx. Luego fueron útiles para lavar las tripas del cerdo en la época de la matanza, y para que las peñas metieran en agua carrales en desuso durante un par de semanas para que se hinchara la madera y poder llenarlos de vino.



Lavaderos de Quintanilla de Onésimo, próximos al Duero



Dos bujes de carro reconvertidos en caños del lavadero



Fuente y lavadero (a la izquierda de la fotografía) de Traspinedo

TRASPINEDO

Recientemente se ha recuperado la fuente y los pilones y el lavadero descubierto que había en el municipio. Otro lavadero, cubierto y más moderno, fue luego matadero y, finalmente, almacén municipal.

VALLADOLID

En unos momentos u otros de su historia, se ha lavado en las orillas del Esgueva y del Pisuerga (donde, aún avanzado el siglo xx, había un servicio de alquiler de tablas y jabones); en los manantiales de las orillas de Esgueva (sobre todo en el Prado de la Magdalena, pues ahí el río no había entrado en la ciudad y por tanto tenía las aguas bastante limpias); en las Puertas de Tudela (Plaza Circular); en el Canal de Castilla; en los lavaderos del Rastro (frente a la casa de Cervantes); en la fuente de la Puerta del

Campo; en los lavaderos de la Catedral; y en numerosos pozos y manantiales privados. Lavaderos, descubiertos o cubiertos, y públicos o privados, hubo en diversos puntos de la ciudad, sobre todo en los siglos xix y xx: las Moreras, la Overuela, cuesta de la Maruquesa, calle de la Estación, calle Ferrocarril, calle Colón, calle Higinio Mangas, calle Cervantes, calle Padre Claret, calle Gabilondo y otras.

Merece la pena señalar que en 1933 el ayuntamiento decide poner en marcha un servicio de lavaderos públicos cubiertos. Para ello se construyeron hasta cinco, repartidos por los barrios de la Victoria, Santa Clara, San Ildefonso, Delicias y San Juan.

Bastantes de estos lavaderos, fueran públicos o privados, estuvieron en uso hasta la segunda mitad del siglo xx.



Años 60 lavadero en La Rubia. Archivo Municipal de Valladolid

Un hecho curioso aconteció en la ciudad en 1865 que obligó al Ayuntamiento a tomar medidas: hasta él llegó la noticia de los abusos que cometían algunas lavanderas profesionales pues para economizar empleaban polvos de gas para blanquear la ropa, pero eran muy agresivos para los tejidos y se detectó que las prendas se rompían con facilidad a causa de los ácidos que contenían dichos polvos. El caso es que unos años después —1886—, el Ayuntamiento prohibió mediante ordenanza que en los lavaderos se usaran productos susceptibles de perjudicar la ropa.

MISTERIOSAS DAMAS

Plinio, en el siglo I d.C. escribió que en toda fuente reside una divinidad. Y Séneca, de la misma época, no le fue a la zaga en su consideración sobre la importancia de las fuentes, cuando escribió, textualmente:

[...] veneramos las fuentes de los grandes ríos, levantamos altares donde los arroyos surgen repentinamente de ocultos interiores. Adoramos los manantiales de agua caliente como si fueran divinos, y consagramos muchas charcas a causa de la oscuridad y profundidad de sus aguas...

Ambos autores resumen muy sabiamente el valor religioso y misterioso que tradicionalmente se ha atribuido a las fuentes, y que también en Valladolid tiene su plasmación.

Los interiores de fuentes y pozos (al igual que ocurre con muchas cuevas) tradicionalmente se han considerado lugares ocultos, misteriosos, con connotaciones religiosas. Lugares habitados por seres mágicos —casi siempre femeninos— que han producido una irresistible atracción para las personas. Lugares oscuros, impenetrables, inaccesibles que, además, pueden servir para transitar entre el mundo real y los mundos ocultos en el subsuelo. Cuevas, fuentes y pozos acogían a diosas y dioses, personajes mitológicos, seres benefactores o seres malignos... En ellos la imaginación popular ha ubicado la morada de ninfas, moras y vírgenes: «demonios hembras», «damas de agua», o «mozas del agua». En Villanubla cuentan los mayores que antaño, a los niños, para evitar

que se acercaran peligrosamente a los pozos, se les decía que en ellos habitaba una mora, que para la imaginación popular se trataba de un ser terrible.

Pero, sobre todo, ha prevalecido el sentido religioso de las fuentes, de las aguas dulces en general, pues no en vano todas las culturas han asociado el agua a la fertilidad, al origen de la vida y la salud. Así, las religiones han tenido, y tienen, alguna deidad que reina y gobierna las aguas de las fuentes, de los ríos y de la lluvia.

En Babilonia, Ea era el dios de las aguas dulces, al que dedicaban todas las fuentes y corrientes de agua. Isis, en el Egipto antiguo,



Detalle de El Nacimiento de Venus, de Sandro Botticelli. Pintado en 1485

era la diosa de los ríos y las fuentes. Y en la India las Apsaras eran las ninfas de las aguas

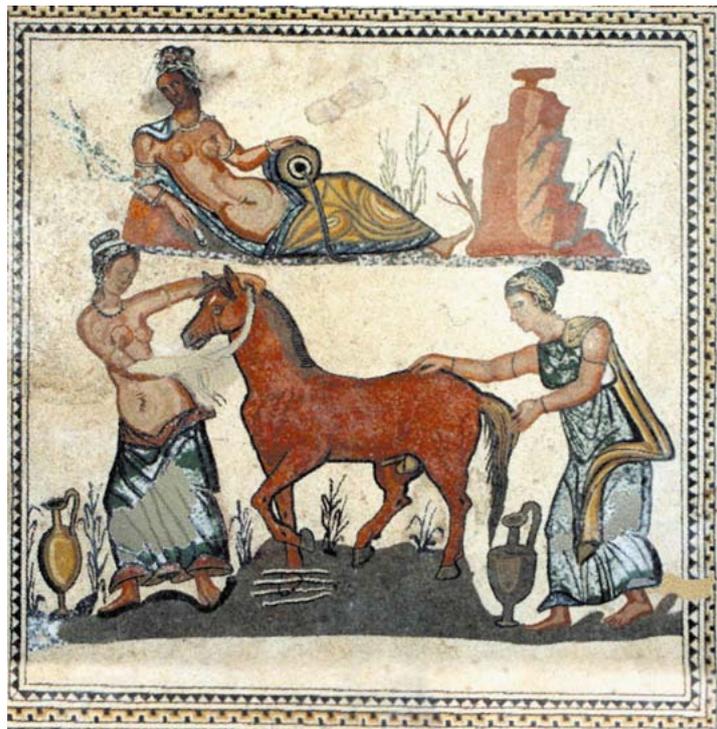
En la Grecia clásica se llegó a sostener que las aguas que manaban en las fuentes procedían de los abismos donde residía el agua en la tierra, y que volvía a la superficie a través de las grietas, grutas y cavernas del interior de la tierra. El agua de fuentes, arroyos y manantiales tenía, por tanto, un valor sagrado y para ello la guardaban las jóvenes ninfas, náyades (o naiades) y creniades. Por eso, los griegos levantaban las fuentes públicas en las ciudades. Y frecuentemente se construían cerca de los templos. De la diosa Hera, esposa de Zeus, que cada año se bañaba en la fuente de Kanathos para recobrar la virginidad, ya se hizo referencia al principio de este libro.

Para la Roma Imperial, Fons era el espíritu divino que habitaba en fuentes y manantiales.

Y en las Sagradas Escrituras, Jesucristo, y sobre todo la Virgen María, son fuente de vida. En los ritos cristianos el agua cobra gran importancia, no en vano el sacramento de bautismo es el que da la entrada en la comunidad de creyen-

tes a los recién nacidos, como hizo Jesús en el Jordán de la mano de Juan, el santo asociado a los ritos junto a los ríos y fuentes: la noche de San Juan.

Una bella representación de la cultura que relaciona divinidades y fuentes se puede ver en uno de los más importantes mosaicos que se conservan en la villa romana de Almenara de Adaja. La escena relata en imágenes la historia de Pegaso (el caballo alado), cuando llega a los pies del monte Helicón, enviado por Poseidón para solucionar el crecimiento desmesurado del monte que había empezado a hincharse de complacencia al escuchar los cánticos de las Piérides y las Musas. Pegaso (en este caso sin alas) opta por golpear con uno de sus cascos en el suelo para deshincharla e inmediatamente brotó la fuente de Hipocrene, al mismo tiempo que el monte se va deshinchando paulatinamente. En el mosaico se ve a Pegaso ayudado de dos ninfas y al fondo a la izquierda, la fuente representada por una joven con una vasija de la que mana el agua y tocada con corona de algas, mientras que a la derecha se ve el monte Helicón, morada de las Musas.



Escena del Pegaso y el monte Helicón. Azulejo de la Villa Romana de Almenara, provincia de Valladolid



Iconografía de la Virgen María, como fuente sellada (en referencia a la virginidad). Museo de San Antolín, Tordesillas

A partir del siglo XIV, en Occidente se extendió la iconografía mariana por la cual la Virgen María representa la fuente de los huertos, el

pozo de las aguas, la fuente sellada (en referencia a su virginidad)... «Fons hortorum... hortus conclusus... fons signatus» se lee en el Cantar de los Cantares. ¿Extraña, por tanto, la prolija relación de supuestas apariciones de la Virgen o de su imagen en forma de estatuilla, en fuentes, pozos y grutas?

Consecuencia de todo ello son las divinidades, ritos y tradiciones que cada pueblo ha ligado a las fuentes. Y a unos cuantos casos nos vamos a referir a continuación.

La patrona de Valladolid, Virgen de San Lorenzo, fue conocida en un principio como Virgen de los Aguadores. Entre las diversas leyendas sobre como ocurrió la aparición de su imagen, allá por el año 1125, nos quedaremos con aquellas que la sitúan en una cueva a orillas del Pisuerga o en un hueco de la muralla, muy cerca de la puerta por la que los aguadores accedían a la orilla del río próxima al puente Mayor donde llenaban sus cántaros. Durante un tiempo la imagen se colocó sobre aquella puerta, que se conocía como de los aguadores. En 1250 fue trasladada a la ermita de San Lorenzo, lo que contribuyó a que adoptara el nombre definitivo por el que se la conoce.



Detalle de una lámina del siglo XIX en la que se representa una escena de los aguadores de Valladolid pasando por la puerta coronada con la imagen de la Virgen de San Lorenzo. AHPV



Junto a la ermita de Nuestra Señora de las Fuentes, Aguilar de Campos, está la fuente en la que la tradición dice que se apareció la Virgen

Da la casualidad que en la misma iglesia parroquial donde está entronizada la imagen de la Virgen de San Lorenzo hay un cuadro que representa a Nuestra Señora del Pozo. Esta virgen, que también se la conoció como de la Cabeza, recibe su nombre definitivo de cuando un día de Nochebuena, el hijo de un sacristán cayó a un pozo sito al lado de la ermita. La madre de muchacho invocó a esta virgen y obró el milagro de que el agua del mismo subiera tanto que el niño pudo ser rescatado de la superficie del agua sano y salvo.

En Olmedo, y en municipios del entorno, se venera la Virgen de la Soterraña. Nombre que le viene porque ante el avance sarraceno su imagen fue guardada en un pozo, y tras la victoria sobre el moro Avenfaje, y la reconquista de Olmedo en 1085, los cristianos se pusieron a cavar en un lugar donde el día antes el rey Alfonso VI de Castilla había visto un gran resplandor. Otra versión indica que la Virgen salió a flote por sí sola elevada desde el fondo del pozo.

Otra versión relata que la imagen estaba enterrada en un pozo junto a la muralla. Una imagen al parecer olvidada desde cuando fue

escondida para protegerla del avance musulmán por la península. Algún historiador indica el dato de 330 años el tiempo que permaneció la imagen en el pozo. Y sobre aquel pozo se levantó una cripta sita en el interior de la iglesia de San Miguel en la que está entronizada la que terminó siendo nombrada Patrona de Olmedo.

Una Nuestra Señora de las Fuentes se venera en Aguilar de Campos. Cuenta la tradición que por tres veces se apareció la Virgen a una pastorcilla pidiéndola que en aquel lugar en que estaba se construyera una iglesia, y que al cavar hallarían su imagen. Convencido el vecindario ante la insistencia de la muchacha, cuando se pusieron a cavar encontraron una bóveda con agua y sobre una especie de altar, la imagen de la Virgen sentada en una silla de madera y con su hijo sobre el brazo izquierdo. Añadiendo más curiosidades a la leyenda, los mayores del lugar dicen que el color azul del agua de la fuente es el reflejo del manto de la virgen. Patrona de la villa, las apariciones se datan hacia el año 1424. Sita en la iglesia parroquial de Santa María, en su fiesta se la lleva en romería hasta la ermita inmediata a la fuente donde la tradición sitúa su aparición.



Ermita de la Virgen de Fuentes, a las afueras de Villalón de Campos

En Pedrajas de San Esteban hay una ermita que alberga la imagen de Nuestra Señora de Sacedón. Situada a 3 kilómetros de la villa, antes que esta hubo otra ermita inmediata a la fuente donde según cuenta la tradición se le apareció la virgen a un pastor. Alguna crónica fija el siglo XIV-XV como época del acontecimiento. A esto se añade que, tratando los de Olmedo de llevar a su villa la imagen, los bueyes de la carreta en la que los olmedanos cargaron la imagen, se negaron a abandonar el lugar.

La Virgen del Pozo Bueno, con su ermita, está en Olmos de Esgueva. La leyenda relata que la escondieron en el pozo que hay junto a la ermita para salvarla de los musulmanes; y parece que también la guardaron en el mismo lugar para protegerla de la francesada. Ahora la imagen está en la iglesia parroquial del municipio, desde donde se la saca en romería hasta la ermita.

En el término de Barruelo del Valle, cuenta la leyenda que la Virgen de Villaudor se apareció a unos pastores en un pozo, mandándoles construir junto a él una ermita.

La Virgen del Villar, en Gallegos de Hornija, a las afueras del pueblo se apareció a un pastor en un pozo, donde ahora está levantada la ermita.

Nuestra Señora Santa María de Troya se presentó a un pastor que estaba junto a la fuente del Prado, a las afueras de Valdenebro de los Valles. Y desde aquel lugar, curas, vecinos y autoridades la trajeron en procesión hasta el pueblo.

Virgen de Fuentes hay en Villalba de los Alcores, referida al lugar en el que fue venerada, ahora el despoblado de Fuente Ungriello.

En Villalón de Campos hay una ermita de Fuentes, donde se guarda la patrona de la Villa y cuyo nombre hace referencia a los manantiales que hay en sus inmediaciones. También en Curiel hubo una ermita llamada Virgen de las Fuentes.

Más lugares hay en la provincia en los que se relatan apariciones junto a fuentes, pozos o lagunas: Aldealbar, Aldeamayor de San Martín, Cigales y Tordesillas.

Aunque no estrictamente perteneciente a la provincia de Valladolid, por el aprecio, veneración y proximidad geográfica, en esta relación de apariciones marianas no quiero dejar de anotar a la Virgen del Henar. Perteneciente al municipio de Cuéllar, en la raya con Vitoria, relata la historia de que hacia 1580 la Virgen se apareció a un pastor en la actual fuente del Cirio, junto al Monasterio que en aquel lugar acoge la imagen de la Virgen del Henar. Otra versión indica que lo que ocurrió es que el pastor se encontró una imagen que estaba enterrada en un pozo, oculta durante ocho siglos para protegerla de los sarracenos. Sigue narrando esta versión que al descubrir la imagen se halló un cirio encendido al lado de una fuente de abundantes aguas que surgió de la nada.

La verdad es que no es fácil explicar el fenómeno de las numerosas tradiciones sobre apariciones de imágenes religiosas aunque, como más arriba hemos anotado, algo viene explicado por la iconografía mariana que asocia a la Virgen con la fuente de vida. No obstante, dejaremos apuntadas algunas teorías.

Efectivamente, durante el avance musulmán por la Península fueron muchas las imágenes religiosas que se ocultaron para evitar su destrucción y que, por tanto, con el paso de los años fueron apareciendo, sabida o no su existencia, y se convertía en un acto milagroso. Otra propuesta indica que hasta el 2º milenio, la devoción a la Virgen se expresaba de forma vaga y más por iniciativas piadosas particulares. Pero, especialmente entre los siglos XII y XIV, la devoción mariana empezó a tomar forma organizada en las prácticas devocionales, tanto en los monasterios y santuarios como entre las órdenes religiosas. Eso se tradujo en una devoción popular que dio lugar a toda clase de misteriosas manifestaciones de la Virgen. Y una tercera propuesta apunta a que las apariciones en fuentes, pozos, cuevas y árboles tiene que ver con elementos identitarios, de tal manera que la Virgen se manifiesta mostrando una especial predilección por los del pueblo y por el lugar (por eso solicita que se erijan iglesias y ermitas

o se niega a abandonar el lugar para ser trasladada a otro emplazamiento), de tal manera que los agraciados convecinos de los videntes marcan una seña de identidad frente a los pueblos colindantes. Bien.... dejémoslo aquí.

LAS MORAS Y EL PEINE DE ORO

Con mucha menos proliferación, pero no carente de una cierta tradición (por otra parte, no exclusiva de España) es la presencia del «moro» en la vieja sociedad. El moro entendido no como un tipo racial o religioso concreto, sino como la expresión del temor. Como un hombre del saco o un sacamantecas de la infancia. Esto se ha traducido, sobre todo en la versión femenina: la mora.

Leyendas recurrentes en muchos lugares son las «moras» que habitan en cuevas o fuentes. Musulmanas, sarracenas o agarenas, que sólo salen de su escondite al atardecer, o que se dedican a atraer a su interior a jóvenes incautos. También hay fuentes de la mora no porque en ellas habite una, sino por ser el sitio al que la agarena acude a coger agua o lavar sus ropas por la noche, o los domingos a la hora en que la población está en misa. En definitiva, se trata de no ser vista.

Sean moras o ninfas, lo cierto es que con frecuencia se repite el relato de la misma escena: la mujer misteriosa está sentada al atardecer junto a la fuente peinándose con un peine de oro (en ocasiones se la representa hilando con madejas de oro), o ataviadas con trajes dorados, acaso todo con la finalidad de atraer al joven, al galán, hacia ella y hacerle entrar en la fuente para apoderarse de él, donde queda atrapado sin poder salir... ¿seducido por el amor... , prisionero de lo que en realidad se revela como un ser maligno...?

Fuentes llamadas de la mora hay al menos en Aldealbar, La Mudarra, Sieteiglesias de Trabancos, Torre de Esgueva y Valladolid.

Aunque con otras connotaciones no tan literarias pero sí tan mistericas, hay alguna fuente del Moro, como es el caso de Vega de Ruiponce.

LA LEYENDA DE SIETEIGLESIAS DE TRABANCOS

La fuente de Sieteiglesias de Trabancos, situada a 1 kilómetro del casco urbano en el camino del Evan, es una de esas que se suelen atribuir a los romanos, según consta en algún texto del XIX y que sostienen los lugareños. Llamada del Carrevan, es como fuente de La Mora (también la hemos leído como «de los moros») como se la conoce popularmente. En algunos planos se la cita como fuente de Alcaraván. La fuente, excavada como una gruta en la ladera del teso, está formada por dos galerías que salen a izquierda y derecha y de las que manan las aguas que se recogen a nivel del suelo. Las gentes del municipio dicen que el manantial de la izquierda es de buenas aguas, y el de la derecha, aunque también potable, es de peores aguas.

Presenta una fachada de sillería pero en su interior encierra una construcción abovedada de ladrillo en el vestíbulo y sendos túneles de apenas unos metros de profundidad, que comienzan con construcción de cañón abovedado de ladrillo y remata en piedra viva. En su fachada de acceso a las galerías tiene grabado el año 1862, fecha en que se construyó su traza actual o se reformó. Se trata de una verdadera gruta excavada en la ladera de un teso.

Como toda buena fuente que se precie, también se la suponen propiedades curativas (de diuréticas se consideran sus aguas desde mucho tiempo atrás). Y esa tradición continua, pues además de las facultades que se le atribuyen para favorecer la diuresis, también se le adjudican propiedades para curar el dolor de cabeza. De estas aguas se afirma que cura los bronquios y cualquier enfermedad. Margarita Álvarez, que ha escrito la historia de Sieteiglesias de Trabancos, relata que algunas gentes del pueblo sostienen que tan afamadas eran sus aguas, que hasta la Reina Isabel la Católica venía a beber de ellas.



Fuente de la Mora, después de su restauración



Interior de la entrada a la fuente de la Mora



Una de las dos pequeñas galerías en las que se divide la fuente de la Mora

En torno a la fuente se ha tejido una leyenda que relata que en su interior habitaba una mora con poderes sobrenaturales, y que cuando el sol se ponía, salía de ella a peinarse con peine de plata. Aunque también se le atribuye otra actividad, cual es la de que a quién anduviera por la calle entre la puesta del sol y el amanecer corría el peligro de que lo cogiera la mora.

La leyenda así se relató en el pregón de las fiestas de San Pelayo de 2008, que se celebran cada 25 de junio:

La leyenda más famosa/ que vamos a interpretar/ es la fuente de la mora/ que queremos resaltar/... Y relata la Mora en primera persona: Desde la mudéjar fuente/ vuestra sed habéis saciado/ en mis pasadizos os he curado/ bebiendo el agua corriente./ La reina Isabel/ a mí vino en ocasiones/ para saciar su sed/ sin cobrarle comisiones./ Por las noches perdidos/ no andéis por los caminos/ que sabéis por conocidos/ la maldad de mis hechizos./ La fuente vigilo/ cerca de mi morada/ peinándome en sigilo/ con peine de plata./ Si bebes agua cris-

talina/ procurar hacerlo de día/ pero cuídate de visitar/ la fuente en la oscuridad.

Si preguntamos en Aldealbar, también nos contarán que la fuente de la Mora del lugar era el sitio en el que, al atardecer, la mora que habitaba en la cueva que hay un poco más arriba, salía a tomar el aire y peinarse los cabellos.

UN DIOS INFERNAL

Por pozo airón se entiende un pozo profundo, también un pozo morisco. Vulgarmente se llama pozo airón a un pozo de gran profundidad en el que lo que en él cae no vuelve a aparecer o se olvida.

Pero Airón también fue un dios arraigado en la Hispania prerromana. Un dios que habitaba en las aguas de pozos y lagunas, también en las simas, y al que parece que se rendía culto en esos lugares. Algún solviente estudio indica que era un dios relacionado con el inframundo, una divinidad infernal de las aguas. Un dios con dos caras: la de la vida, pues del fondo de los pozos y lagunas emerge la vida, y el dios de la muerte,

pues para los hispanos prerromanos, las almas de los muertos iban al inframundo.

Con el nombre de Airón o sus derivados (pozairón, lairón...) hay en España unos cuarenta topónimos vinculados a pozos, fuentes, lagunas o arroyos, así como algunos otros referidos a simas y grutas. En Valladolid hay varios lugares: un pozo en Cuenca de Campos, otro en el Castillo de la Mota (donde también hay un sima con ese nombre), un pozo en Valoria la Buena, que llaman Pozairón, y, finalmente, cuentan en Pesquera de Duero que en una de las cuevas horadadas en las Pinzas, había un pozo que llamaban Airón, que, por los testimonios recogidos, más bien era una profunda grieta en la peña que, y viene la leyenda, comunicaba con el río.

Un entremés del siglo XVII (El borracho) narra el acontecimiento de una bella dama arrojada al pozo Airón de Medina del Campo: un pícaro soldado trata de distraer la atención de un anciano para robarle la cartera, contándole el terrible episodio de una hermosa dama arrojada al pozo de Medina y rescatada con vida por unos soldados, dice el soldado, mientras que con sus manos trata de llegar a la cartera de inocente anciano:

En la torre de Babel, junto a Medina del Campo, a una dama hermosa y rica en el pozo Airón la echaron. Nunca más salió a ver luz, y lastimados del caso, pretendieron cierto día sacarla cinco soldados. Entraron los dos por ella; mas estaba tan abajo, que alcanzarla no pudieron. Pero los tres que quedaron... (Siente el vejete que le andan en la faldriquera y pregunta...) ¿Sacáronla? y contesta el soldado: La sacaron.

La torre de Babel no parece sino la torre del castillo de la Mota, en cuyo interior está el que se llama pozo Airón, que tiene la triple función de airear las galerías de tiro de los cañones, servir de salida oculta del castillo y de abastecimiento de agua de los moradores de la fortaleza.

En conclusión, si leemos los romances, en torno a las fuentes se configura un mundo de fantasía: niñas, doncellas, ninfas, donceles, belleza, suerte, sanación de enfermedades, festividad, enamoramientos, erotismo, esperas, bellos animales (como el ciervo), promesas... las aguas en la noche de San Juan; también de tragedias y crímenes horrorosos.

FUENTES MINERALES

En este trabajo sobre las fuentes necesario es hacer referencia, aunque sea brevemente, a las fuentes y aguas reputadas como minerales.

El ingeniero jefe de Minas, Daniel de Cortazar, en su estudio del mapa geológico de Valladolid publicado en 1877, anota como minerales las siguientes fuentes: Benafarces (Ictericia), El Campillo, Castromonte (la Salud), Castronuevo, Palazuelo de Vedija, San Cebrián de Mazote (fuente Tudos o Estudios), Sieteiglesias de Trancos (Carrevan), Villanueva de San Mancio y Wamba (Foncalada). Según las creencias populares unas u otras fuentes combatían las enfermedades de estómago, la ictericia, las piedras del riñón, afecciones de pecho, la hipocondría o eran buenas para la vejiga, y como purgantes.

La Guía Anuario de Valladolid y Provincia, editado por Casa Santarén en 1927, indica que en las primeras décadas del xx había en la provincia algunas fuentes que se consideraban minerales y, por tanto, de recomendado consumo. Entre las que se citan, hay una coincidencia elevada con la relación del ingeniero Cortazar (acaso porque la Guía se base en su estudio o porque en realidad se trata de fuentes de vieja y conocida tradición terapéutica —con independencia de la realidad—). Se anotan las de Alcazarén, Portillo, Wamba, Benafarces, Castromonte, Palazuelo de Vedija, San Cebrián de Mazote, Siete Iglesias, Villanueva de San Mancio y Medina del Campo. De esta relación se destacan las de Medina del Campo (clorurado-sódicas,

sulfurosas, bromo-ioduradas), que las considera únicas en España por su riqueza de mineralización, y las de Castromonte, recomendadas por ser débilmente alcalinas y de antiguo renombre.

A todas estas fuentes, la tradición popular añade algunas otras, como por ejemplo la de Castrodeza (fuente Bercero), Peñaflor de Hornija (fuente de la Salud) y Valladolid (fuente de Dios, barrio de Parquesol). Y aunque la literatura española especializada en aguas minero medicinales no haya prestado demasiada atención a las fuentes vallisoletanas, lo cierto es que hasta el siglo xx se envasaron y comercializaron las marcas Castrovita (embotellaba en la fuente del Sayud de Castromonte), Aguas de Geribáñez (en Tordesillas), y Aguas Alija (que cogía las aguas de un manantial del barrio de España, en Valladolid).

Hemos de referirnos a la tesis doctoral realizada por Eva María Palacín Minguez en 2004. Este estudio anota la existencia en Valladolid de un establecimiento balneario en Medina del Campo (actualmente hay dos: Medina del Campo y Olmedo), de las tres plantas embotelladoras ya citadas, y de treinta y siete fuentes que son utilizadas por el público con fines terapéuticos (sin reconocimiento oficial). Pero lo cierto es que en su estudio llega a la conclusión de que desde el punto de vista de la Hidrología Médica, la provincia de Valladolid tiene escaso interés, además de tratarse de aguas de escasa diversidad: poca mineralización y frías.



La antigua empresa de Aguas de Castrovita, en el término de Castromonte, de reputadas aguas medicinales, ahora abandonada y en completa ruina

Un estudio patrocinado en su día por la Junta de Castilla y León y el Instituto Geológico y Minero de España encargado a la empresa SIEMCALSA para explorar la posible explotación económica de aguas de Valladolid, anota la siguiente relación de fuentes y manantiales con declaración minero medicinal: Granja del Molino (Mayorga de Campos), fuente de la Salud (Castromonte), fuente de la Salud (Mojados) y fuente Palacios (Olmedo).

Añade una relación de fuentes y manantiales con indicios históricos de carácter mineral, muchas ya indicadas más arriba: Cabaña Silva (Olmedo), Ictericia (Benafarces), del Caño o

Lavadero (Palazuelo de Vedija), los Estudios o del Cristo (San Cebrián de Mazote), San Pelayo (San Pelayo), la Salud (Peñaflor de Hornija), Monte Tenadillo (Castromonte), Bercero (Castrodeza), Cañicos (Torrelobatón), Carrelete (Matilla de los Caños), la Merced Alta (Pollos), Geribañez (Tordesillas), Alcaraván o de los Moros (Sieteiglesias de Trabancos), fuente María (Nava del Rey), Chucho (El Campillo), los Manantiales (Valladolid), barco de San Llorente (Castronuevo de Esgueva), Fuensanta (Portillo), Alcazárén, y finca la Alquería (Valladolid).

Algunas de estas referencias no son más que meras prospecciones sin construcción visible.



En el término de Castrodeza está la fuente Bercero, de la que la gente sigue cogiendo sus aguas



Fuente de la Salud, en el término de Peñaflor de Hornija, de la que se sigue cogiendo agua para consumo de boca

UNAS CUANTAS IMÁGENES

A lo largo de este libro hemos introducido algo más de doscientas imágenes que van ilustrando el texto, pero son miles las fuentes, pozos y lavaderos que hay por toda la geografía vallisoletana. Muchas de estas

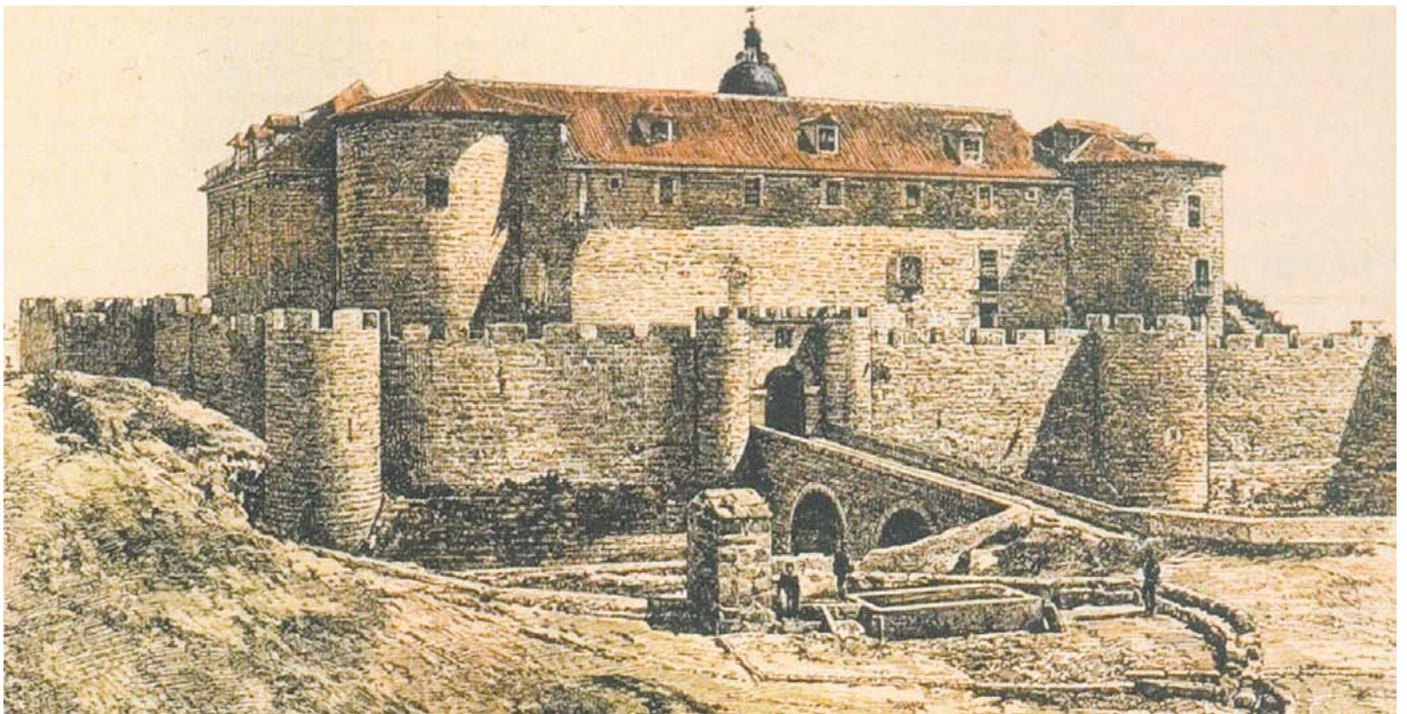
construcciones son notables e interesantes, por lo que ofrecemos al lector una especie de colección de fotografías que tratan de completar lo hasta ahora narrado... y aún así nos quedaremos cortos. Disfruten.



Aldeayuso, fuente el Pozo



Amusquillo



Antiguo grabado del Archivo de Simancas. En primer plano, fuente y abrevadero, ahora reinstalada en el interior del municipio



Artística coronación de la fuente de Corrales de Duero junto a la iglesia



Artística fuente en Cigueñuela, en el Camino de Santiago de Madrid



Caños de la fuente de Roturas



Característico lavadero cubierto en Alcazaren, que promocionó la Diputación en los años 60



Curiel de Duero, fuente de la plaza



Curiosa fuente en La Unión de Campos



El Caño, en Villabáñez, con el pintor Floreal Saster, hijo del pueblo



El Caño, Velilla



En el pago de los Villares, de Castromembibre, está esta escondida fuente que se considera como posible origen romano, y que también se atribuye a los templarios



En el valle del Batán, que conduce desde Vitoria al Henar, se excavaron varias fuentes, como la de Morales, para recoger las aguas subterráneas



Filtro de agua del siglo XIX. Museo de la Santa Espina



Fuente Anguilera, donde los monjes del monasterio de San Bernardo (Valbuena de Duero), conservaban las anguilas destinadas a sus cocinas



Fuente artística en las escuelas de Viana de Cega



Fuente de hierro de la plaza del Castillo en Nava del Rey



Fuente de los Cuatro Caños, también llamada del Prado, en Arroyo de la Encomienda, que ha pasado a formar parte de una zona ajardinada del municipio



Fuente de Olivares de Duero, junto al puente del siglo xv



Fuente de Santa María, en Castrillo de Duero



Fuente del municipio de La Mudarra



Fuente del Valdovar, ermita y parque en Peñafiel



Fuente el Tayo, Tiedra



Fuente la Piedra, en el término de Velascalvaro



Fuente monumental en la Colegiata de Villagarcía de Campos, abastecida con el agua de la traída de Cañicorrales



Fuente monumental y pilón en Piñel de Arriba, ya desaparecida. Foto de Lauro Rodríguez Mariscal



Fuente sita en las piscinas de Villanubla 1929



Fuente y abrevadero de Palazuelo de Vedija. Al fondo restos de un puente del tren burra



La Cisterniga, recuerdo de la Fuentejuana. Escultura de Membiola



La Trillona, a la salida de Bercero. Algún desalmado robó el pináculo de coronación original y se repuso con una piedra recién labrada



La vieja fuente de San Roque, que estaba en la plaza Mayor de Viana de Cega, se trasladó junto a la chimenea de la antigua fábrica de Envases Serrano. En la imagen, Luis Díaz Viana



Lavadero de Morales de Campos



Pedrosa del Rey



Fuente la Piedra, en el término de Velascalvaro



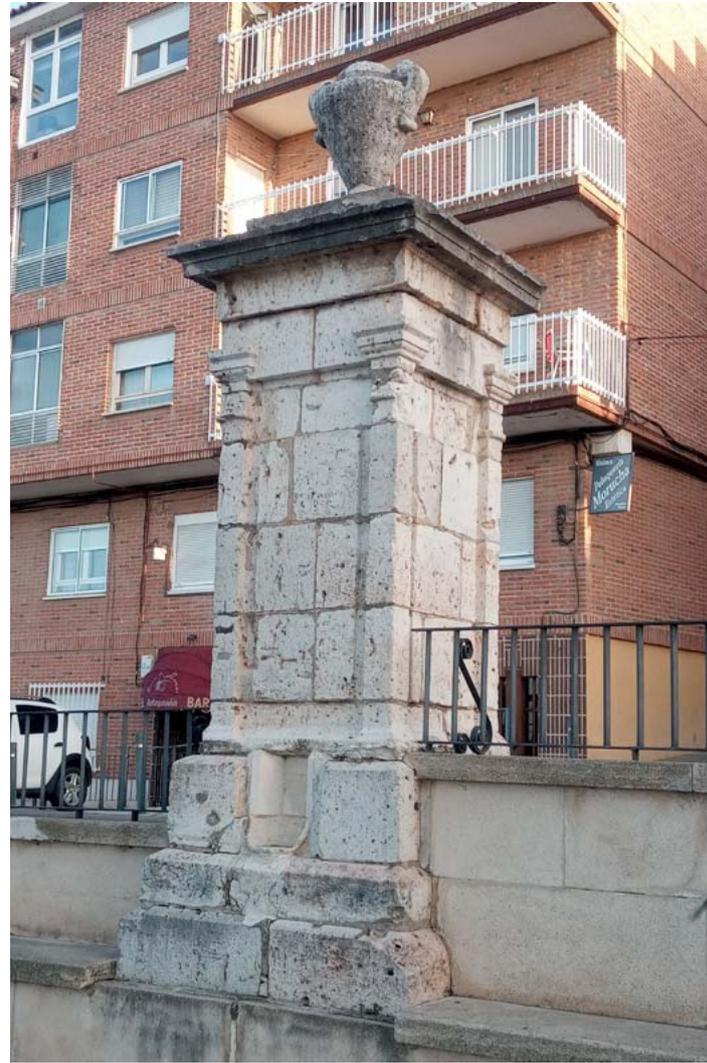
Fuente de manivela en Villanueva de los Caballeros



Pozo en medio de las tierras de Cervilego de la Cruz



Pozo junto a la ermita del Villar, en Gallegos de Hornija



Tordesillas, restos de una fuente neoclásica que se reinstaló en los jardines del Palacio



Torrelobatón, fuente de hierro fundido, 1909

EPÍLOGO EN VERSO

En la Muela, de Castronuño, que es un balcón maravilloso sobre el Duero, hay una escultura de mujer con cántaro en la cabeza titulada «La Cantarera», de la artista castronuñera, María Acosta Hernández. La instaló el Ayuntamiento en marzo de 2019 para rendir homenaje al trabajo realizado por las mujeres portando el agua para sus casas desde tiempo inmemorial.

La escultura inspiró el poema «La niña barro», a la joven poeta, de familia castronuñera (o galdarra, que así también se conoce a los oriundos de Castronuño) María Sotelo, que le incluyó en su libro «Ya no hay excusas».

La niña de barro

*La fuente ya siente su canto;
del caño, cascada limpia,
para la mujer que viene cargada.*

*En su cabeza, un cántaro,
en el vientre, vida,
otro cántaro en cadera,
y, sobre sus hombros la familia.*

*Mujeres que lograban mantenerse en calma,
a pesar de que por dentro de dejaban fluir ideas,
como manantiales,
pensando en sus hijas
en qué sería de su familia.*

*Pero aún así, caminaban firmes
para que la savia llegara a casa intacta,
para que no se hiciera añicos
el esfuerzo ya cotidiano
todos los días,
trabajo impuesto,
como la soga que ataba el asa,
cada jornada.*

*Mujeres, como cántaros,
dentro de nosotras albergamos vida,
con nuestra curva de barro
en la que hospedamos futuro.
Futuro incierto al que nos enfrentamos.
Futuro que nos habla
en boca de otra niña que se une a la lucha
y dice: yo no madre, yo no
yo no quiero cargar con este cántaro
este cántaro de afligida saga.
Futuro que veía en el agua
miles de letras formando palabras
y quiso cambiar el barro en sus manos
por la tinta, por los libros
a costa de perder su nombre por el de un hombre
o tras el anonimato.*

*Mujeres alfareras de porvenir,
que, con palma moldeadora,
empuñaron los gritos de cólera*

*para que sus hijas no renunciaran
a conocer la infancia
a vivir la vida que eligieran.*

*Ellas, que a pesar de tener en sus manos
Parte esencial de la vida de los demás,
No tenían poder sobre las suyas.*

*Pero a nosotras nos legasteis la lucha
y la acunamos como a una hija en brazos,
con esa fragilidad que desprende
de lluvia,
de ánfora tallada con todas vuestras hazañas
que ahora nos suenan lejanas.
Aunque ellas fueron nuestras abuelas,
madres,
y hoy, como hijas,
no dejaremos que vuestro cántaro se quiebre
antes de ver sueño cumplido:
la niña barro, ahora es mujer.
Ni un paso atrás.*



Escultura de la Cantarera, en el parque de la Muela, Castronuño. Foto de Unai Sordo

VOCABULARIO

A lo largo de los años de recorrer la provincia y hablar con cientos de personas, he ido recogiendo numerosos vocablos relacionados con las fuentes, y las costumbres y usos a ellas asociados. El lector o lectora sabrá entender que el uso popular (a veces muy local) de algunos de estos términos no se corresponden necesariamente con los académicos, ni coincide entre unas localidades u otras.

AGUADERA: Recipiente hecho de cáñamo o esparto, mimbre, madera o lienzo basto. Los recipientes, unidos por su parte central, se colocaban a lomos de la caballería, y en cada uno de los receptáculos se ponía un cántaro. Igualmente se llama aguadera al carretillo (o carretón) de transportar los cántaros. En algunos lugares también se llama aguadera al cantarero. Ver serón y angarillas.

AGUADOR: persona que vendía agua por las casas. Solía trabajar por encargo y por venta a discreción por la calle. El agua la tomaba de los ríos, fuentes, manantiales o pozos. El agua la portaban en caballerías, carros con cuba (cherriones o chirriones) o carretillos aguadores. En Valladolid, junto al puente Mayor, los aguadores tendían unas tablas que se adentraban en el cauce del río y tomaban el agua de las partes más limpias de la corriente, un tanto alejadas de la orilla. También se les contrataba para regar las calles principales en días señalados (festivos o previos a la visita de un personaje importante), especialmente si disponían de carros con cuba. Al aguador también se le conocía por azacán.

ALARIFE: Arquitecto, maestro de obras, albañil aventajado. Es un término que se ha usado hasta el siglo xx y que ha convivido con el de maestro de obras.

ALBERCA: Depósito descubierto de agua, balsa, estanque. También alberque.

ANDALUVIOS: Torrentes que forma el agua de lluvia durante una tormenta.

ANGARILLAS: Armazón de dos varas y un tabladillo de esparto o mimbre, con cuatro senos para meter los cántaros.

AÑIL: Sustancia de color azul que en forma de polvos o pastillas, se utilizaba para dar un tono azulado a la ropa blanca. Muy empleado antes en el aclarado de las sábanas y camisas blancas. Una bola que se envolvía en un trapo y se disolvía en el agua de un caldero, donde se metía unos minutos la ropa blanca ya aclarada y que se quería lucir con un blanco ligeramente azulado, que lo hace más luminoso. Más tarde el añil se podía adquirir también en sobres individuales. También se llama azulete.

ARCA: Depósito que se hace en los acueductos para distribuir el agua a las fuentes: servía para acceder a los conductos para desatascos y reparaciones, así como para que entrara oxígeno en la conducción que facilitara la circulación del agua. Arca madre: arca principal o primera, normalmente de mayor tamaño que las demás de la conducción.

ARCADUZ: Encañado por donde se conduce el agua en los acueductos.



Fuente de los Ángeles (Villanubla)

ARROYERO: Persona que limpiaba (mondaba) los arroyos, fuentes y manantiales del campo para que el agua no dejara de manar y pudiera correr fácilmente. Para su trabajo solía usar una pala de mango muy largo y de punta cuadrada conocida como pala arroyera. Su actividad se conoció aún entrado el siglo xx.

ARTESA: Cajón de madera, cuadrilongo y más estrecho en su base porque sus cuatro lados se construyen de forma oblicua hacia el fondo. Presenta una forma similar a la de una canoa o barquichuelo. Según poblaciones y costumbres, a las artesas se las da un uso único para cada función o se emplean para varias cosas, como pueden ser lavar ropa, fregar los cacharros, tratar el grano, dar de comer al ganado o hacer la matanza. Las hay que se recubrían de chapa. Las hay también de forma redondeada, como

un medio tronco vaciado. También se la conoce como duerna, gamella, gamellón o camellón.

ATAQUÍN: Tierra tan llana como Valladolid tiene, sin embargo, buen número de vocablos para referirse a los puntos altos o laderas del paisaje que, en algún caso dan nombre a un paraje o a un municipio. Si vamos al diccionario veremos sus definiciones, e incluso alguno, como ataquín, no se recoge (tal vez sea el único lugar de España en el que existe este término). Nos estamos refiriendo a alcor, cotarra/o, cerro, loma, mota, otero y teso. Estos términos los escuché en diferentes lugares cuando se me trataba de indicar la ubicación de un manantial o una fuente, y cada persona los utilizaba según lo tradicional del lugar, aunque no se correspondiera con exactitud a lo que el diccionario define de cada vocablo.



Fuente de San Pelayo

ATARJEA: Construcción, normalmente de ladrillo en la actualidad —antiguamente de lajas de piedra—, que recubre las cañerías para protegerlas. También conducto por el que las aguas residuales van al sumidero. También atajea o tajea.

AZACÁN: Ver aguador.

AZACANARSE: Andar ajetreado, atareado. Estar agobiado por el trabajo. Andar de un lado para otro. Por ejemplo el aguador que va y viene vendiendo agua. También azacanao y zacanear.

AZULETE: Ver añil.

BÁLAGO: Espuma que forma el jabón de lavar.

BALDE: Ver barreño.

BANCA: Especie de cajón con el que las lavanderas protegían las rodillas de la dureza del suelo, la humedad y las salpicaduras. Tiene muchas otras acepciones: banquillo, banquilla, banco,

banqueto, duerno, cajón. En poblaciones grandes había personas que alquilaban los bancos y las tablas de lavar en las orillas del río o en los lavaderos para los casos de las mujeres que carecían de él o lavaban esporádicamente.

BANQUETO: Ver banca.

BARCO: Depresión, valle pequeño que se inicia en las laderas del páramo; barranco poco profundo, formado muchas veces por un manantial en su cabecera. También se conocen como hoyos y vallecillos. Numerosos pagos de la provincia tienen este nombre, o el de barquillo.

BARREÑO: Recipiente de cerámica o zinc muy abierto. Era de gran utilidad y versatilidad en el hogar, pues se empleaba para ablandar legumbres, higiene personal, salmueras, pelar pollos, poner a remojo ropa o pañales de los niños, etc. y también se utilizaba para la matanza y hacer jabón de sosa. También se conocía como barreñón.



Fuente del Chicharro (Villalón de Campos)

BARRILA: Ver botija.

BOCINO: Lugar por donde sale el agua de la fuente al pilón (seguramente una deformación de bocín, que en los molinos de cubo es el agujero estrecho por donde sale el agua a presión hacia el rodezno). También caño y canilla.

BOTIJA: Botijo de campo, con una o dos asas. Se distingue del botijo en que no tiene más que una boca y suele tener forma aplanada. También barrila.

BOTIJÓN: Botija grande.

BREGUÍN: Dos rodillos movidos por una manivela para aplastar lo que pase entre ellos que se emplea en panadería. Pero también se ha usado como escurridor de la ropa. También brigadora y escurridor/a.

BRIGADORA: Ver breguín.

BUJE: Pieza hueca cilíndrica de hierro o cobre que guarnece interiormente las ruedas de los carros de madera para disminuir el rozamiento de los ejes. Los bujes con frecuencia se han utilizado como caños para las fuentes.

CAJÓN: Ver banca.

CALVERA: Ver jalbegue.

CAMBIJA: Arca de agua elevada sobre las cañerías de la conducción.

CAMELLÓN: Ver artesa.

CANGILÓN: Recipiente de barro o metal, que junto con otros se arma una noria que sirve para sacar agua de los pozos o los ríos. Individualmente también se utilizaba para medir líquidos.



Fuente del Cura Viejon (Piñel de Abajo)

CANILLA: Ver caño.

CANTARERA: Poyo o armazón de madera para poner los cántaros. Solía ponerse en el zaguán o vestíbulo de la casa, también podía estar en la cocina.

CANTARILLO: Cántaro pequeño. También cantarilla.

CÁNTARO: Vasija de barro, generalmente grande, para portar líquidos. Los hay de diversos tamaños, aunque posiblemente el más utilizado sea el que ronda los 12 litros. La cántara tiene una capacidad de 16 litros.

CANTERO: Trozo de jabón fabricado en casa. Hay diversas maneras de fabricarlo: testimonio de una señora de 85 años: 3/4 de aceite, 3/4 de agua y 125 gr. de sosa cáustica. Se da vueltas

hasta que espesa y luego se vierte en un cajón de madera o una lata (de membrillos) en la que previamente se han hecho cuadrículas con listones de madera, para que cuaje y endurezca. Además del aceite (usado) también se empleaba sebo o manteca. Era costumbre, una vez de vuelta a casa, ponerlo junto a algún punto de calor (la chimenea o la bilbaína) para que de nuevo se endureciera. A veces se quedaba tan duro que había que restregar el jabón impregnado de tierra para que lo «rallara» y desprendiera el jabón. También se conoce como jabón de muro.

CANTIL: Término para indicar el borde del páramo o de una altura, como un cerro, donde éste termina de forma un tanto abrupta y se inicia la varga, es decir, la parte más empinada de la ladera o cuesta.



Matilla de los Caños

CAÑO: En algunos lugares utilizan el término para diferenciarlo de fuente, pues mientras esta última es una construcción hacia la que se conduce el agua captada en otro lugar, un caño es el lugar en el que mana el agua de un manantial que se encuentra allí mismo. Pero el uso de ambos términos puede ser, también, el inverso. Por caño también se entiende en general el punto por donde sale el chorro de agua en la fuente. También canilla.

CARRA: También carre. Camino acondicionados para el tránsito de carros. El término se usa en muchos pagos de la provincia.

CARRUCHA: Polea. También garrucha. Roldana.

CASTAÑA: Botellón de vidrio envuelto en mimbre que se utilizaba para guardar y transportar líquidos.

CATARRAÑA: Recipiente en forma de cantimplora forrado de mimbre.

CESTAÑA: Cesto de mimbre. En él llevaban la ropa a lavar.

CESTO: Cesta de mimbre.

CIGONAL: pértiga apoyada sobre un pie de horquilla y dispuesta de modo que atando una vasija a un extremo y tirando de otro, puede sacarse agua de pozos poco profundos (hasta aquí lo que dice la RAE). También se llama cigüeña, pértiga o pértigo. En la práctica la horquilla está hincada en el suelo y lleva un contrapeso al lado opuesto de la cuerda consistente en una piedra o similar.



Piña de Esgueva

CHORTAL: Lagunilla formada por un manantial poco abundante que brota en el fondo de ella. Fuentecilla a flor de tierra.

COLADA: Término popular para indicar el lavado de ropa sucia. Pero, en realidad, se trata de una palabra que viene del acto de blanquear la ropa lavada mediante lejía que, de forma natural, se obtenía vertiendo agua sobre cenizas o cociendo estas para recoger el líquido resultante y emplearlo como blanqueante.

COMPONEDOR: Persona que repara cacharros, estaña o pone lañas a las cántaras, cazuelas, fuentes o platos.

CUÉRNAGO: Cauce, acequia.

CUNCASA: Tapón para los cántaros. Su nombre seguramente provenga de las cuncas, cuencos muy utilizados en Galicia para beber el ribeiro y que por su tamaño y forma convexa, rodeada

por un trapo, encaja muy bien en las bocas de los cántaros.

DUERNA: Ver artesa.

DUERNO: Ver banqueta o banquilla.

ENCAÑO: También encañado. Manantial encauzado para que el agua no se derrame sobre la tierra y se desaproveche.

ESCURRIDOR: Utensilio formado por dos cilindros y una manivela que los hace girar para escurrir la ropa. Breguín.

ESTREMILO: Lienzo para hacer la colada.

FARDEL: Fardo lleno de ropa.

FUENTE MUERTA: De la que ya no brota el agua, manantial que perdió el agua que lo alimentaba.



Roturas

GAMELLA: Ver artesa.

GARRUCHA: Ver carrucha.

GOLPEAR: Acción de dar el primer aclarado de la ropa cuando se hacía la colada a mano.

GOTERA: Encharcamiento que se forma en el campo. Estas surgencias se forman a partir de un manantial bajo tierra que, hinchado de agua, no encuentra salida ni cauce por donde correr y que acumulando aguas comienza a mover y reblandecer la tierra circundante creando peligro para los tractores que pueden ver como sus ruedas se hunden en la gotera. Su existencia se suele avisar colocando algunas piedras o plantando algún arbusto. Este fenómeno se ha aprovechado en ocasiones para perforar un pozo de regadío. También ojo de agua.

GREDA: Arcilla arenosa, corrientemente de color blanco que se utiliza para desengrasar y quitar manchas de los tejidos. He oído este término también para indicar una tierra muy dura, como piedra.

GUARDA DE CAMPO: Sus cometidos dependían en parte de las características agrícolas y ganaderas del municipio. Por ejemplo, en determinadas épocas del año su tarea era evitar que el ganado entrara en los sembrados, de que no se deterioran los manantiales, etc. Cuidaban, también, de las plantaciones de árboles. Este trabajo es antiguo y hereda, sin duda, los cometidos de los extinguidos «mesegueros» (vigilantes de la mies) y «viñadores» (guardianes de las viñas).

GUIJO: Tierra rica en piedra menuda. Guijos: cantos rodados, piedras empleadas en empedrar y rellenar los caminos. Hay fuentes llamadas «del guijo», acaso por componerse su suelo con piedras menudas.

HENCHIDERO: Lugar del río apropiado para llenar de agua los cántaros.

HENCHIR: Llenar de algo una cosa, llenar de agua las tinajas o los cántaros, por ejemplo; llenarse de agua una fuente.

HERRADA: Caldero de cinc con asa para portar agua o sacarla del pozo. También se empleaba en la colada.

HONTANA: Fuente. Lugar de manaderos: hontanar. Coincide frecuentemente con un manantial profundo al que se accede mediante algunos peldaños.

JABÓN DE MURO: Ver cantero.

JALBEGUE: Blanqueo de las paredes hecho con cal o arcilla blanca. Lechada de cal dispuesta para blanquear: jalbegar o enjalbegar. También lo he oído como empleado para blanquear la ropa cuando no se dispone de otros productos más refinados.

LAVADERO: Zona de lavado, también se llama así a la tabla de lavar.

LAVANDERO: Tabla, o también para indicar el lavadero.

LENTA: Dícese de la ropa húmeda, cuando aún no está bien seca después de lavada.

MADRE/S: Manaderos donde nacen los ríos o los arroyos. Salirse de madre un río o una fuente: desbordarse. Bajar las madres: las fuentes o ríos tiene poco agua. Arroyo Madre; Arca Madre: ver arca.

MINA: Acequia, conducción de agua construida por el ser humano. Qanat.

MINGUELERA: En Campaspero, las mujeres que acudían a lavar a la fuente del despoblado de Minguela. Práctica que existió hasta los años

60 del siglo xx, en que ya se metió el agua en fuentes y casas del municipio. Existe un «camino de Mingueleras» que une Campaspero con Minguela (unos 5 km.).

MOCHA: También mocho. Árbol truncado. De los tallos de las mochas en algunos lugares se hacían los timones u otras piezas de los arados.

MOCHIL: Joven recadero de los trabajadores del campo que se encarga de hacer recados, llenar las cantimploras, traer la comida. También motril o motil.

MOZA DE CÁNTARO: Mujer, joven generalmente, que entre las criadas de las casas tenía como especial dedicación ir a por agua a la fuente.

OJO DE AGUA: Ver gotera.

OJO DE LA FUENTE: Lugar inmediato al caño y, por tanto, el agua más limpia si de lavar se tratara.

PANADERAS: Tierras de cereal ricas, fértiles, de primera calidad, o que eran las que más producían. Hay en Castromonte una fuente de las panaderas, que a buen seguro viene de estar en alguna parcela de abundante producción de cereal.

PÉRTIGA, PÉRTIGO: ver cigonal.

PICHETA: Botijo. El nombre viene por la forma de llamar al pitón (o pitano) por el que sale el agua para beber.

PIOJO: También piejo. Pequeñas semillas pegadizas a la ropa, difíciles de quitar. Hay muchas fuentes con este nombre o, también, «piejo».

POBO: Álamo o chopo en general. Pobeda: bosque de pobos.

POLVOS DE GAS: También se suelen conocer como polvos de blanqueo. Clorohipoclorito cálcico, que se usaba para el blanqueo de la ropa. Sustituto de la lejía, se vertían en calderos o cubas con agua y en ellos se introducía la ropa.



San Miguel del Arroyo

POZAL: Cubo de zinc para sacar agua del pozo. Herrada. También pozo, o zona encharcada. Ver zaque.

POZALETA: Recipiente de zinc en el que se hacían coladas, se lavaban a los niños, se utilizaba para la matanza y otros usos.

POZO AIRÓN: Pozo muy profundo. Llamen así a los pozos en los que lo que se cae al fondo ya no aparece. El término «airón» también puede responder a un dios hispano prerromano.

QUANAT: Ver mina.

REMANADIZO: Manantial, fuente.

REMANAL: También remanoso: lugar de manantiales

REMANAR: Aparición del agua en determinados pozos o manantiales de forma ocasional dependiendo de las estaciones y pluviosidad.

RIMERO: Montón de ropa lavada que se iba apilando en espera de aclarar o tender.

ROLDANA: Polea.

ROMPER LA FUENTE: Cuando, sobre todo en la primavera, después de las lluvias o el deshielo, comenzaba a brotar el agua en las fuentes que hasta ese momento estaban secas.



Torrelobatón

SALHUERA. Suena salgüera. Agua sosa, dulce. Sin embargo, salguera, salgueral, se utiliza para denominar tierras muy salitrosas.

SALIR DE MADRE: Ver madre.

SERÓN: Pieza de esparto que se acoplaba al lomo de las caballerías para transportar objetos. También podía ser de mimbre. Si se construía con dos senos o cantareras a cada lado, para transportar los cántaros, solía llamarse aguadera.

TABLA DE LAVAR: Tabla de madera ondulada sobre la que se frota o restriega la ropa. Acaso el utensilio relacionado con el lavado que más

acepciones tiene: tablero, banco, taja, tajo, tajo, tarja, banquillo, lavadero, lavadero, piedra... El origen de la tabla tal vez haya que buscarlo en una antigua utilización de las piedras planas o lajas que hubiera en las orillas de los ríos, y que las mujeres utilizarían para restregar la ropa sobre ellas. He observado que tabla y banca, aunque no son realmente lo mismo, con frecuencia se emplean indistintamente. Tajo lo he oído aplicado a la piedra rugosa e inclinada hacia el agua en el murete del lavadero.

TAJA: También tajo o tarja. Ver tabla de lavar.

TAJEA: Ver atarjea.

TAJO: Borde del lavadero, rugoso e inclinado hacia el agua.

TAPADERO/A: Tapa con la que se cierra la boca de los cantaros tanto en su estancia en las casas como en su transporte, para evitar que entre suciedad. En algún lugar: cuncasa.

TELERA: Capa jabonosa que se formaba en los lavaderos y que había que retirar para poder aclarar la ropa.

TINAJA: Pieza de cerámica de gran tamaño. Se utilizaba para almacenar el agua que se traía en los cántaros. Los hay de diferentes tamaños y capacidades: entre tres cántaras (48 l.) y 150 litros.

TIRADOR: Lo he oído solo en Campaspero. Se refiere a las personas que se dedicaban a sacar el agua de los dos pozos del municipio para abastecer un pilón y los cántaros. Para ello «tiraban» a pulso (haciendo rozar la cuerda con el brocal del pozo) de un recipiente de cuero en cuya boca se sujetaba un aro y dos aspas donde atar la soga y evitar que el cuero se cerrara al contacto con el agua. Quizá sea la forma más antigua que la humanidad empleó para sacar el agua de un pozo. Esta práctica persistió hasta los años 60 del siglo xx. Dicho popular: «En Campaspero sacan el agua con un cuero».

TROCHA: Vereda o camino angosto que se suele utilizar como atajo; senda abierta entre la maleza.

VARGA: Ver cantil.

VECINO: Unidad familiar que habita en una vivienda del municipio y que, antiguamente estaba representada por el cabeza de familia. La población se medía por vecinos, que era tanto como decir casas habitadas y, por tanto, había que multiplicar por cuatro, cinco o lo que convencionalmente se considerara para saber cuántos habitantes había en el municipio.

VENERO: Manantial de agua. Algo que tiene u origina en abundancia una cosa.

VINA: Montón de lana que se hacía en los lavaderos, con el objeto de que esta se blanqueara con el rocío.

ZACANEAR: También zaquear. Ver azacanear.

ZAGUÁN: Espacio cubierto de una vivienda inmediato a la puerta de la calle. Era el lugar donde se solían tener los cántaros y las tinajas.

ZAHORÍ: Persona a la que se atribuye la facultad de ver lo que está oculto, aunque sea bajo tierra, particularmente aguas subterráneas. Una actividad que fue muy apreciada en el pasado y que, sin embargo, aún se ejerce en pleno siglo XXI.

ZAQUE: Recipiente de cuero para contener líquidos, se empleaba sobre todo para los recipientes que contenían agua. En algunos lugares usan zaque para definir el cuero con el que se sacaba el agua de los pozos. Odre. Relacionada con azacán (aguador). Zaquear es transportar líquidos en odres o andar trasvasando agua de unos recipientes a otros. También se utiliza para indicar una persona que anda de un lado para otro.

INFORMANTES

Ordenados alfabéticamente por localidades

Gregorio Vázquez, Valentín González y Baldomero Martínez (Aguilar de Campos)

Guillermo Blanco Guerra (Alcazarén)

Ascensión Molpeceres Herguedas y Julia Repiso Pascual (Bahabón)

Antonio Reguero y Raimunda Ortega Salán (Cabezón de Pisuerga)

Teodora García García, Felisa García García y Hermógenes García Acebes (Campaspero)

Mariano González (Castrillo de Duero)

Fortunato Morales Tordable (Castrillo-Tejeriego)

Juan Carpintero (Castronuevo de Esgueva)

Teodomiro Monedero (Corrales de Duero)

Faustino González Miguel (Cuenca de Campos)

Victorina Samaniego, Pilar Yagüe, Patrocinio Calvo, Margarita Calvo, Josefa Curiel, Eloísa García, Modesta Santiago, Magdalena González. (Esguevillas de Esgueva y otros pueblos del valle)

Carlos Carreras y Pedro Carreras (Foncastín)

Elena García Parrado, Pablo Juan Rodríguez Mata y María Josefa García Briso—Montiano (Fuensaldaña)

Félix Álvarez Ortega (Herrera de Duero)

Pablo García Castaño (La Cistérniga)

Luis Gómez Maeso (La Seca)

María José Ramos Castellanos y Ángel Arribas (Laguna de Duero)

Eduardo Sebastián Marinas (Medina de Rioseco)

Mariana Encinas, Margarita Flores y Julián Crespo Sánchez (Medina del Campo)

Teófilo Gago Gago (Monasterio de Vega)

Alejandro Escribano (Montealegre de Campos)

Alejandro Bachiller, Anastasia Sanz Sanz y Luis García (Montemayor de Pililla)

Laura Urueña del Rey (Morales de Campos)

María José de Castro Casado (Mota del Marqués)

Alfonso Panedas Tuvilla, Carmen Juárez Redondo y Emiliana Centeno (Mucientes)

José Ramón Quintana Samaniego (Olivares de Duero)

Antonio Sastre (Olmedo)

Carlos Arranz Santos (Pedrajas de San Esteban)

José Luis Posac Zarza (Peñafiel)

Rafael Valdivieso, Martín de la Fuente Tordable (Piñel de Abajo)

César de la Fuente y Juana Izquierdo (Piñel de Arriba)

Pedro Pascual (Portillo)

Jesús Sáez (Pozaldez)

Francisco de Gracia Gil (Quintanilla de Onésimo)

Miguel Avilés González (Ramiro)

Juan Rebollo y Esther Velasco (Renedo de Esgueva)

Jaime de la Fuente (Roturas)

Daniel García Sánchez (Rubí de Bracamonte)

Soledad Giménez Pariente (Rueda)

Ignacio Bustamante (Santiago del Arroyo)

Rosa Escalante (Santibáñez de Valcorba)

Visitación González, Silvia Ortega, Socorro González, Germán Tejedor, M^a Mercedes Blanco, Milagros Soladana y Francisco Javier Pérez (Santovenia de Pisuerga)

Luis Alonso Laguna (Serrada)

Patricio Martín González, Nunilo Gato (Tiedra)

Aquilina Pariente Hidalgo (Torrecilla del Valle)

Alejandro Hernández Hernández (Torrelobatón)

Pilar Sastre, Francisco Herarte, Amparo Herrero y Félix Sanz (Tudela de Duero)

Bernardo Rodríguez y Celedonio Hernández (Urueña)

Jesús Pastor, Máximo Baza Pastor (Valdunquillo)

Carolina Peláez García, Araceli Pérez Morate, Matea Corbella y Lola Maté Martín (Valladolid)

Severino González González (Velliza)

Luis Díaz González de Viana y Ángel Pérez Pilar (Viana de Cega)

María Ángeles Fraile de la Fuente, María de las Heras Alonso, Agustina Gómez Sayalero, Milagros Palomares Aguado, Teófanos Velasco, Fernando Antorán y Pompeyo Velasco (Viloria)

Floreale Saster, Eugenia Rojo Saster y Juan Ávila (Villabáñez)

José Herrero Pérez «Pepín», y Abel Villa y Guerra (Villabrágima)

Ignacia Torices Valencia, Félix Loya Cubero y Julita Ramírez (Villafrechós)

Pablo Gallardo Gallardo (Villalba de los Alcores)

Domingo González y Javier González Trapote (Villalón de Campos)

Antonio Amens y Pablo Pérez (Villanubla)

Felisa Merino Martín (Villanueva de los Infantes)

Diego Recio Curiel (Villavaquerín)

Nati y Joaquín —matrimonio— (Villavicencio de los Caballeros)

Y buen número más de personas cuyos nombres no se anotaron por la brevedad de la conversación.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD VARELA, Manuel: «La moneda como ofrenda en los manantiales». *Revista Espacio, Tiempo y Forma*, 1992.

AGAPITO Y REVILLA, Juan: «Los abastecimientos de aguas en Valladolid». Publicado en *Arquitectura y urbanismo del antiguo Valladolid*. Grupo Pinciano / Caja España, 1991.

AGUADO DE LA FUENTE, Juan María: *Piñel de Abajo*. Diputación Provincial de Valladolid, 2007.

ALEGRE PASTOR, Pedro: *La Historia de Valdunquillo y la Orden de la Merced Descalza*. Diputación Provincial de Valladolid. 2005.

ALÍN, José María: *Cancionero tradicional*. Clásicos Castalia, 1991.

ALONSO, Dámaso: *Cancionero y romancero español*. Salvat Editores, S.A. y Alianza Editorial, S.A. 1970.

ALONSO, Dámaso y BLECUA, José Manuel: *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional*. Editorial Gredos, S.A. 1975.

ALONSO ROMERO, Fernando: «La flor del agua, el saúco y el rocío en las tradiciones hídricas de la Europa céltica». *Anuario Brigantino* 2006, número 29. Pág. 63 y ss.

ÁLVAREZ MARTÍN, Margarita: *La villa de Siete Iglesias de Trabancos*. Diputación Provincial de Valladolid, 2002.

ANTA ROCA, Jesús: *Fuentes de vecindad en Valladolid*. Ayuntamiento de Valladolid/Aguas de Valladolid, 2008.

ARIAS, Gonzalo: *Repertorio de caminos de la Hispania Romana*. Editado por el autor. 2ª edición, 2004.

ARRANZ SANTOS, Carlos: *Nuestra Señora de Sacedón. Patrona de Pedrajas de San Esteban*. Autoedición 2012.

ARRANZ SANTOS, Carlos: *Villa y Tierra de Íscar*. Comunidad de Villa y Tierra de Íscar, 1995.

BERZAL DE LA ROSA, Enrique: *Historia de Trigueros del Valle*. Diputación Provincial de Valladolid, 2007.

BLANCO, Carlos: «Sobre el ciclo festivo castellano. El caso de Valladolid». *Fundación Joaquín Díaz. Revista de Folklore*, número 128, 1991.

CALLEJO, Jesús y CANALES, Carlos: *Seres y lugares en los que usted no cree*. Editorial Complutense, 1998.

CANTERO, Pedro A.: *Arquitectura del agua. Fuentes públicas de la provincia de Sevilla*. Diputación de Sevilla, 1995.

CARRICAJO CARBAJO, Carlos: *50+1 construcciones vernáculas en la provincia de Valladolid*. Diputación Provincial, 2011.

CARRICAJO CARBAJO, Carlos: *El viaje de las Arcas Reales*. Ayuntamiento de Valladolid / Aguas de Valladolid, 2003.

- CARRILLO FRANCO, José Antonio: *Apuntes sobre Gordaliza de la Loma*. Diputación de Valladolid, 2001.
- CASTILLO DE BOVADILLA, Jerónimo: *Política para corregidores y señores de vasallos*. Primera edición, 1597. Consultada la edición facsímil editada por el Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid 1978 (de la edición de 1704 realizada en Amberes).
- CORTÁZAR, Daniel de (ingeniero jefe del Cuerpo de Minas): *Memorias de la comisión del mapa geológico de España. Provincia de Valladolid*. Imprenta y función de Manuel Tello, Madrid 1877.
- DE LA TORRE ARRANZ, Jesús y Raúl: *Fompedraza ayer y hoy*. Diputación de Valladolid, 1997.
- DÍAZ GONZÁLEZ DE VIANA, Luis: «Amantes que se desvanecen en el tiempo: la memoria etnográfica o la compleja significación de las leyendas». *Revista de Antropología Social*, 2008.
- DÍEZ ESPINOSA, José Ramón: *Desamortización y economía agraria castellana. Valladolid (1855-1868)*. Diputación Provincial de Valladolid, 1986.
- DUQUE HERRERO, Carlos: *Villalón de Campos. Historia y patrimonio artístico. Del siglo XVII hasta nuestros días*. Cultura y Comunicación, 2005.
- DUQUE HERRERO, Carlos: *Mucientes: historia y arte*. Grupo PÁGINA, 1997.
- ESCAPA, Ernesto: *Corazón de roble*. Gadir Editorial, 2011.
- FERNÁNDEZ-POLANCO FERNÁNDEZ DE MOREDA, Fernando: *Las huellas del agua*. Universidad de Valladolid, 2009.
- FORD, Richard: *Las cosas de España*. Ediciones Turner, 1974.
- GARCÍA BENITO, Agustín: *Cerámica tradicional de Peñafiel*. Diputación de Valladolid, 2002.
- GARCÍA CAMPO, Oroncio Javier: *El trabajo en un pueblo de Castilla: Campaspero 1870-1970*. Diputación de Valladolid, 1999.
- GARCÍA CHICO, Esteban: «La orden franciscana en Medina de Rioseco». *Boletín de la Academia de Bellas Artes de Valladolid*, 1936.
- GARCÍA LÓPEZ-DÓRIGA, Ignacio María y Juan Jesús, y GALLARDO GONZÁLEZ, Lourdes: *Naturaleza*. Biblioteca básica de Valladolid. Diputación de Valladolid, 2008.
- GARCÍA MONJE, Isaías: *Villalón de Campos. Una aproximación histórica*. Diputación Provincial de Valladolid, 2002.
- GARCÍA TAPIA, Nicolás: *Ingeniería y arquitectura en el Renacimiento Español*. Universidad de Valladolid/Caja de Ahorros de Salamanca, 1990.
- GARCÍA VELASCO, Miguel Ángel: *Moraleja de las Panaderas*. Diputación de Valladolid, 2008.
- GARCÍAS-MURILLO BASAS, Eusebio-Raimundo: *Historia de Olmedo*. Ayuntamiento de Olmedo, 1986.
- GAUTIER, Théophile: *Viaje a España*. Ediciones Cátedra S.A. 1998. (el original se publicó en 1840).
- GOIG SOLER, María Isabel: *Fuentes, fuentecillas y manantiales de Soria*. Autoedición, 1996.
- GIL ZARZOSA, Ignacio (Coord.): *Campaspero. Las imágenes de nuestra vida 1900-1980*. Gatón Editores, 2011.
- GONZÁLEZ, Primitivo: *Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid*. (2 tomos). Colegio oficial de arquitectos en Valladolid y Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1988.
- GONZÁLEZ PASCUAL, Javier: *Proyecto de recuperación de las fuentes presentes en los términos municipales de Villalón de Campos, Boadilla de Rioseco, Herrín de Campos y Villafrades de Campos*. Palencia. Tesis doctoral, 2004.
- González Sánchez, Vidal: *Fresno el Viejo. Una de las nueve villas del Valdegüareña*. Editada en Madrid, 1986.
- JUARISTI, Victoriano: *Las fuentes de España*. Espasa Calpe SA, Madrid, 1944.
- LAMBÁS CID, Fidel: *Mi calle favorita*. Medina del Campo. Diputación Provincial, 2007.
- LÓPEZ GARAÑEDA, Jesús: *Crónica de Tordesillas*. Diputación Provincial de Valladolid, 1992.
- LORRIO, Alberto: *El dios celta Airón y su supervivencia. Pasado y presente de los estudios celtas*. Fundación Ortegalia, 2007.
- LLORENTE DE LA FUENTE, Alberto: «Un foco de cólera con centro en Esguevillas». *Fundación Joaquín Díaz. Revista de Folklore*, 1988.
- LLORENTE DE LA FUENTE, Alberto: *La epidemia de cólera de 1885 en Valladolid y Provincia*. Universidad de Valladolid, 1993.
- MADOZ, Pascua: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar (Valladolid)*, 1850.
- MAÑANES PÉREZ, Tomás: *Arqueología Romana*. Diputación de Valladolid, 2009.
- MARTÍN CUADRADO, Arturo: «Antiguas creencias populares». *Fundación Joaquín Díaz. Revista de Folklore*, número 217, año 1999.
- MARTÍN MARTÍN, José María: *Ensayo histórico sobre Boecillo*. Simancas Ediciones SA. 1985.
- MARTÍN DE UÑA, Joaquín: *Valladolid, una ciudad contada*. Ayuntamiento de Valladolid, 1999.

- MERINO BEATO, María Dolores: *Urbanismo y arquitectura de Valladolid en los siglos xvii y xviii*. Tomos I y II. Ayuntamiento de Valladolid, 1989.
- MIJARES PÉREZ, Lucio: «El viaje de Argales». Conocer Valladolid (III curso de patrimonio cultural). Ayuntamiento de Valladolid y Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, 2009-2010.
- MORALES BLOUIN, Eglá: *El ciervo y la fuente. Mito y folklore del agua en la lírica tradicional*. José Purrua Turanzas, S.A. 1981.
- ORTEGA RUBIO, Juan: *Los pueblos de la provincia de Valladolid (1895)*. Edición facsímil. Grupo Pinciano, Caja de Ahorros Provincial del Valladolid, 1979.
- ORTIZ ARANA, Asunción: *Las Vírgenes de la provincia de Valladolid*. Diputación Provincial, 1989.
- OTERO TORAL, Manuel: *Fuentes rurales del término de Toro*. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Diputación de Zamora, 2009.
- PALACÍN MÍNGUEZ, Eva María: *Estudio de las aguas minerales de la Provincia de Valladolid*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Medicina, 2004.
- PALACIO ATARD, Vicente: *Carlos III, el rey de los ilustrados*. Editorial Ariel, 2006.
- PALOP, Pedro y WATTENBERG, Federico: *Carta arqueológica de España, Valladolid*. Diputación Provincial de Valladolid, 1974.
- PANIZO RODRÍGUEZ, Juliana: «Religiosidad popular de Aguilar de Campos». Fundación Joaquín Díaz. Revista de Folklore, número 225, 1999.
- PÉREZ CHINARRO, José María: *Edificios municipales en la provincia de Valladolid*. Diputación Provincial de Valladolid, 1986.
- PÉREZ GARCÍA, Andrés: *El libro de Cuenca de Campos*. Encuadernación de Juan Guerra, Villalón, 1886.
- PINEHIRO DA VEIGA, Tomé: *Fastiginia, vida cotidiana de la corte de Valladolid*. Ámbito editorial y Ayuntamiento de Valladolid, 1989.
- PINO REBOLLEDO, Fernando: *Inventario de la documentación especial*. Ayuntamiento de Valladolid, 1988.
- PUCHE RIART, O.: «Historia de la hidrología y de los sondeos de agua en España y en el Mundo, desde sus orígenes hasta finales del Siglo XIX». Boletín Geológico y Minero. Vol. 107-2 año 1996.
- QUIÑONES DE BENAVENTE, Luis: *El borracho. Entremés de 1645*. Edición digital.
- REGIDOR GARCÍA, Luis: *Visita a Castrillo de Duero*. Diputación Provincial de Valladolid, 2007.
- REVILLA, Federico: *Diccionario de Iconografía*. Ediciones Cátedra, 1990.
- ROLDÁN MORALES, Francisco Pedro: *Arquitectura popular de la Provincia de Valladolid*. Diputación Provincial de Valladolid, 1996.
- ROSELL CAMPOS, Fernando: *Historia del Saneamiento de Valladolid*. Ayuntamiento de Valladolid/Agua de Valladolid, 2009.
- RUBIO MARCOS, Elías: *Arquitectura del agua. Fuentes de la provincia de Burgos*. Instituto Comuner de Castilla, 1994.
- SAN JOSÉ DÍEZ, Marinao: *La villa de Cigales*. Edición del autor, 1995.
- SÁNCHEZ DEL BARRIO, Antonio: *Historia y evolución urbanística de una villa ferial y mercantil. Medina del Campos entre los siglos xv y xvi*. (2 tomos). Tesis doctoral. Universidad de Valladolid, 2005.
- SÁNCHEZ DEL BARRIO, Antonio: *Estructura urbana de Medina del Campo*. Junta de Castilla y León, 1991.
- SÁNCHEZ DEL BARRIO, Antonio; Carricajo Carbajo, Carlos: *Arquitectura popular. Construcciones secundarias*. Temas didácticos de cultura tradicional. Diputación de Valladolid, 1995.
- SANTOS DOMÍNGUEZ, Luis Antonio: «Un motivo de polémica antimorisca: «El Zancarrón de Mahoma»». Fundación Joaquín Díaz. Revista de Folklore, número 49, 1985.
- SANZ ALONSO, Beatriz: *Toponimia de la provincia de Valladolid. Las cuencas del Duero, Pisuerga y Esgueva*. Universidad de Valladolid, 1997.
- SANZ RUBIALES, Federico: *Valladolid diferente*. Ediciones Cálamo, 2003.
- SANZ RUBIALES, Federico y DOMÍNGUEZ CORTÉS, Oscar: *Valladolid en bici*. Ediciones Cálamo, 2005.
- SANZ RUBIALES, Federico: *Cañadas reales de Valladolid. Una aproximación a las rutas de la Mesta*. Diputación Provincial de Valladolid, 1996.
- THÓS Y CODINA, Silvino: *El agua en la tierra*. Editado por el autor, Barcelona, 1878.
- THURSTON, Herbert: *Devoción a la Santísima Virgen María*. Enciclopedia católica. Aciprensa.com.
- URREA FERNÁNDEZ, Jesús: «La fuente del dios Apolo en Valladolid». Artículo publicado en el Boletín nº 40 de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, 2005.
- VELEDA VALLELADO, Manuel Jesús: *Museos etnográficos vallisoletanos*. Diputación de Valladolid, 2003.
- VILORIA GARCÍA, José María: *Minguela, un pueblo muerto en su juventud*. Diputación Provincial de Valladolid, 1997.

WATTENBERG, Federico: *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Diputación de Valladolid. 1959.

YAÑEZ SINOVAS, José María: *Camporredondo y la tierra de Portillo*. Diputación Provincial de Valladolid, 2000.

VV.AA. *El Monasterio Cisterciense de Santa María de Matallana*. (Villalba de los Alcores, Valladolid). Diputación de Valladolid, 2006.

VV.AA. Felipe II. *Los ingenios y las máquinas*. Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 1998.

VV.AA. *Fuentes abovedadas romanas de la provincia de Zamora*. Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo. 2007.

VV.AA. *Las fuentes de Tierra de Campos, un patrimonio hidrológico, histórico y natural a conservar*. Departamento de Ing. Agrícola y Forestal de la Universidad de Valladolid. Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Castilla y León.

VV.AA. *Monasterios de la provincia de Valladolid*. Revista Argaya (monográfico). Diputación de Valladolid, septiembre de 2009.

VV.AA. *Mucientes. Trabajos, costumbres y ritos*. Grupo Página, 2006.

VV.AA. *Villabrágima. Historia y arte*. Diputación de Valladolid, 2007.

Anuario Estadístico Provincial de Valladolid, 1945.

Anuario Estadístico de la Provincia, 1960.

Calle Real, Boletín Cultural nº 12, Santovenia de Pisuerga, diciembre 2005.

Catálogo monumental de la provincia de Valladolid. Diputación de Valladolid. Edición DVD. 2006.

Diccionario Geográfico de España. Madrid, 1961.

Diccionario Geográfico Estadístico de España y Portugal, 1829.

Guía anuario de Valladolid y provincia. Casa Santarén, 1927.

Diario de Valladolid

El Día de Valladolid

El Norte de Castilla

bibliotecadigital.jcyl.es

valladolidenbici.wordpress.com

www.canales.nortecastilla.es/pueblos

www.pueblos-espana.org

www.mispueblos.es

www.wamba.org/geografia

www.funjdiaz.net

www.cervantesvirtual.com

www.delsolmedina.com

www.diputaciondevalladolid.es/turismo

Es necesario hacer referencia a la larga colección de publicaciones de la Diputación de Valladolid, algunos de cuyos libros me han proporcionado información que me han servido para ponerme en la pista de una más detallada pesquisa.

ARCHIVOS CONSULTADOS

Aldeamayor de San Martín

Castrillo Tejeriego

Diputación Provincial de Valladolid

Esguevillas de Esgueva

Fombellida

Histórico Provincial de Valladolid

Medina del Campo

Medina de Rioseco

Montemayor de Pililla

Municipal de Valladolid (AMVA)

Nava del Rey

Olmedo

Piñel de Abajo

Real Chancillería de Valladolid

Tudela de Duero

Villalar de los Comuneros

Villavaquerín

Y algunos otros municipales en los que no hallé documento alguno de lo que buscaba.



FUENTES POZOS Y LAVADEROS
DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID
JESÚS DE ANTA ROCA